PERDIDOS EN VENUS

CLIFF BRADLEY



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

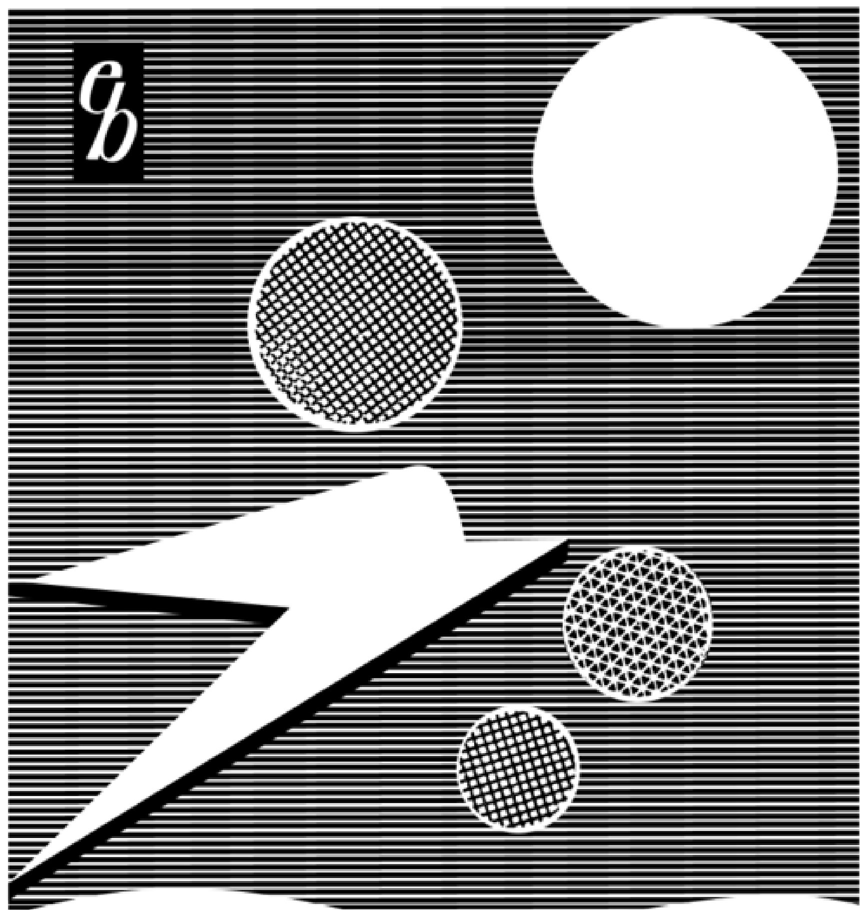
LA CONQUISTA DEL ESPACIO

PERDIDOS EN VENUS

CLIFF BRADLEY



BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CLIFF BRADLEY

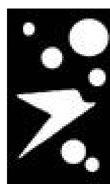
PERDIDOS EN VENUS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 70

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal B 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1971

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

65 — El poder invisible - *Keith Luger.*

66 — Tiempo invertido - *Glenn Parrish.*

67 — Un trazo de luz - *A. Thorkent.*

68 — La araña espacial - *Glenn Parrish.*

69 — El planeta de los muertos vivientes - *Keith Luger.*

CAPÍTULO PRIMERO

Yuri Kruglov despertó lentamente, sintiendo una ligera náusea. Al pronto, le pareció estar flotando en una densa atmósfera de plasma, luego se dio cuenta de que estaba vivo y al parecer, sin lesiones graves.

Se incorporó despacio. El piso de la nave hallábase en un plano inclinado, y él había quedado sujeto entre su sillón y su mesa de trabajo. Comenzaron a dolerle casi todas las partes del cuerpo y notó sabor a sangre en la boca, pero un examen somero le indicó que no había heridas grandes. De todos modos, estaba muy mareado.

De repente vio emerger por detrás de uno de los paneles electrónicos a Ilya Kuratchev. Tenía toda la cara ensangrentada y se tambaleaba como un borracho, pero le descubrió y le habló, como un hombre aturdido por duro golpe en el cráneo.

— ¿Qué pasó, Yuri? ¿Dónde estamos?

—No lo sé. Ni la menor idea. Pero juraría que hemos llegado al suelo de Venus. La nave está inmóvil, ¿no lo notas?

Ilya se movió en su dirección, agarrándose a todo.

—Lo que noto es como si me hubieran estado golpeando con martillos. ¿Y los demás?

—Ni idea. Acabo de despertarme. Tendremos que averiguarlo.

Los dos cosmonautas se reunieron, mirándose. Ilya Kuratchev comenzó a limpiarse la cara de sangre. Tenía una aparatosa brecha desde casi el centro de la frente para atrás, que seguía manando sangre. Kruglov se lo dijo, observó la herida y se la diagnosticó.

—No afecta apenas al hueso, pero estás perdiendo mucha sangre. Hay que curarte.

—Antes veamos qué ha sido de los otros.

En el cuarto de controles estaban ellos solos. Sergei Malinine y Klaus Brandt se encontraban en los mandos cuando ocurrió el desastre; Vera Oleskova y Jrazek, en sus puestos de trabajo. El comandante Suvorov dirigiendo la maniobra... ¿Qué habría sido de ellos? ¿Vivirían?

—Nos encontrábamos a veinte mil seiscientos metros sobre Venus cuando estalló aquello sobre nosotros —gruñó Kuratchev. Era ingeniero en electrónica y comandante aviador—. No tuve tiempo ni de averiguar lo que era...

—Una colosal descarga eléctrica, millones de voltios tal vez. Hizo estallar los circuitos, a pesar de los aisladores magnéticos, lo vi un instante antes de desvanecerme.

—Entonces hemos caído desde veinte kilómetros de altura. Es un milagro que no nos hayamos pulverizado...

Lo era. Aunque ellos, los científicos, no creían en milagros, habría que buscarle una explicación. Pero lo más urgente consistía en averiguar lo sucedido al resto de la tripulación de la cosmonave.

La compuerta de salida se había atascado, sin duda por la violencia del golpe. Estaban peleando con ella cuando escucharon la voz dura y agradable del comandante de la cosmonave hacia el lado de la que daba paso a la galería:

—Vaya, veo que están bien.

Se volvieron con la misma aliviada sensación. El comandante Suvorov también presentaba señales de lesiones, pero su alta figura —un metro noventa centímetros —respiraba energía serena y tranquilizadora, como siempre. Kruglov le contestó mientras iban hacia él:

—Acabamos de despertar e íbamos a averiguar qué ocurrió a ustedes. Pero la compuerta está atrancada.

—Ya lo noté. Bien, los demás se hallan en aceptables condiciones, salvo Malinine. Sufre fracturas múltiples en la pierna izquierda, también otras lesiones de menos importancia. ¿Qué es lo suyo, Kuratchev?

—No gran cosa, comandante. Un corte superficial y escandaloso.

—Me alegro. Vamos a necesitar de todos nuestros conocimientos y de mucha buena suerte para salir de aquí.

Ellos dos le conocían, dieron a sus palabras toda la importancia debida. Kruglov inquirió, tenso:

— ¿Sabe qué nos sucedió y dónde nos encontramos?

—Al parecer, entramos en un potentísimo campo eléctrico justo cuando se desataba una de esas colosales tempestades de Venus. Los datos que me estaba transmitiendo Dedushka (abuelo), indicaban una carga electrostática del orden de 10.000 Am, cuando me avisó que nuestra nave iba a actuar de condensador energético. No me dio tiempo a otra cosa, sino a conectarle la orden de disparar los retrocohetes, luego todo estalló y perdí los sentidos. Me he recuperado no hace ni cinco minutos.

— ¿Estamos en la superficie del planeta?

—Todo permite suponerlo. Aún no miré al exterior; Dedushka cerró los portones exteriores una fracción de segundo antes de que estallara esa carga eléctrica sobre nosotros.

— ¿El... está bien?

—No demasiado. Ha debido sufrir más que nosotros las consecuencias del estallido. Vamos.

Los hombres salieron sin más hablar. Todos conocían perfectamente la gravedad de la situación.

Hallaron a los restantes miembros de la tripulación reunidos, pero no todos estaban ya despiertos. Vera, por ejemplo, aún yacía por tierra en su cabina de trabajo, donde estaba descansando cuando ocurrió el accidente. La recogieron, devolviéndola a su litera.

—No tardará en recuperarse, sólo tiene conmoción cerebral, no hay lesiones visibles y el corazón funciona normalmente.

Sergei Malinine estaba bastante mal. Ahora mismo, Jrazek y Brandt, el primero todavía conmocionado —era el médico de la expedición, entre otras cosas— se disponían a reducir sus fracturas. Acogieron a los que llegaban con alivio y satisfacción.

—Ha sido mala suerte, Sergiuschka... En fin, creo que para todos pudo ser peor...

Dejando a Kuratchev allí, para que curaran su brecha, el comandante y Kruglov se encaminaron al «domicilio» de Dedushka, el enorme y maravilloso cerebro electrónico que dirigía automáticamente todos los movimientos de la cosmonave, siendo a la vez su corazón.

Allí estaba, silencioso, con su ojo rojo brillando mortecino. Cuando los dos cosmonautas se le acercaron y el comandante conectó el impulso electrónico, allí dentro sonaron una serie de ruidos ominosos, entre los cuales apenas si pudo escucharse con claridad la ronca voz del ingenio.

—Graves averías... Circuitos magnéticos quemados... Electroimanes defectuosos... Fallan los campos del sector C...

Ceñudos, los cosmonautas pusieron manos a la obra. Kruglov era especialista en cibernética, pero no alcanzaba la enorme capacidad del comandante Suvorov, un verdadero genio capaz de abarcar todo el complicadísimo campo de aquella ciencia aún a medio desarrollar en sus posibilidades. Un hombre de excepción Igor Sergeievitch Suvorov, coronel aviador, ingeniero en electrónica, constructor de cosmonaves, y cosmonauta, con cinco vuelos a Marte y a Venus en su haber, todo ello a los treinta y nueve años. Para Kruglov, que tenía treinta y tres y era comandante de ingenieros, en éste su primer vuelo cósmico de larga distancia —no contaban los rutinarios de entrenamiento de la Luna— el coronel Suvorov significaba una garantía casi total del éxito y seguridad.

Pero ahora estaban en la superficie de Venus, en algún lugar del todavía desconocido planeta, con la nave seriamente averiada...

—Tenemos destrozado el circuito transmisor principal y no hay posibilidades de arreglarlo con los medios de a bordo —la voz del coronel sonaba más áspera, algo más dura, pero igual de fría y serena —. Veamos el resto de los aparatos, luego habrá que meterse en la

barriga de Dedushka.

Casi todos los aparatos habían sufrido los efectos de la colisión, en mayor o menor grado. No obstante, muchos podían ser fácilmente reparados y otros estaban intactos. La clave del problema residía en Dedushka. Si se podían reactivar adecuadamente sus circuitos, el cerebro electrónico tal vez lograra reparar las graves averías, incluida la del receptor-transmisor de ondas de radio, puesto que había que descartar por completo a la televisión, demasiado averiados sus delicadísimos circuitos. Así podrían comunicarse con la Tierra, o con la estación espacial de donde habían partido hacía seis semanas para el vuelo de exploración aérea a Venus, tercero de la serie programada para conseguir un conocimiento más exacto del misterioso y fascinante planeta. Los dos vuelos anteriores no habían producido los resultados que se esperaba de ellos, parte por fallos técnicos, parte por las condiciones mismas del planeta; trajeron unos resultados tan contradictorios que se les encargó precisamente a ellos compaginarlos y corroborarlos, o bien descartarlos.

No debían posarse sobre el planeta. No existía ninguna seguridad aún acerca de las condiciones de su superficie en toda ella, ni muchísimo menos. Al contrario que ocurría en Marte, en Venus la densísima atmósfera, aquella colosal capa de nubes de decenas de kilómetros de altura que cubría por completo al planeta, impedía toda visión de su superficie. Y los fantásticos campos magnéticos, las colosales tempestades eléctricas, las inimaginables turbonadas, que al parecer se producían de manera incesante, trastocaban completamente los delicadísimos medios de medición del hombre, enloqueciéndolos, haciéndoles transmitir datos que se daban de bofetadas unos con otros, según el punto, la altura, la dirección...

Ahora estaban hincados de morro en la superficie de Venus, con la cosmonave seriamente averiada e incapacitados de comunicarse con la Tierra. Si alguna vez seres humanos habían estado verdaderamente solos, reducidos a sus propias fuerzas, era ahora, eran ellos.

— ¿Por qué no echamos una ojeada ahí fuera, coronel? Tal vez tengamos que salir y conviene que sepamos dónde hemos caído.

—Sí, lo intentaremos.

No resultó fácil. El choque había estropeado los circuitos de Dedushka ampliamente y el control de las compuertas de los «ojos» de la cosmonave no se libró mejor que los demás. No obstante, lograron abrir una.

El cristal exterior estaba opaco, como si hubieran caído dentro de una nube de vapor. Y cuando utilizaron el limpiador externo, los ojos de ambos cosmonautas se dilataron ligeramente. Más joven e impresionable, Kruglov silbó y dijo, roncamente:

— ¿Ve usted lo mismo que yo, o estoy soñando?

CAPÍTULO II

Los seis hombres y la mujer que formaban la tripulación de la cosmonave, hallábanse reunidos en la cámara de reposo. Todos tenían casi idénticas expresiones.

Yuri Kruglov, estatura mediana, fuerte, bien parecido, de cabellos color de oro viejo. Ilya Kuratchev, treinta y cuatro años, alto, fuerte, con su cara ancha y honrada, el cráneo blanco de vendaje. Sergei Malinine, uno de los mejores pilotos de cosmonaves de la Confederación de Repúblicas Democráticas —antigua URSS— treinta y tres años, como Kruglov, alto y esbelto, muy buscado por las mujeres y recién casado con una famosa «estrella» del Bolshoi, ahora pálido por el dolor de sus fracturas ya reducidas y entablilladas con capas de plástico especial. Klaus Brandt, físico nuclear, treinta y cinco años, uno de los más prometedores científicos en su especialidad-electromagnética y electrofísica —ciudadano de la Confederación Europea— antigua Europa al oeste de las fronteras de la antigua URSS — parecido físicamente a un Sigfrido y casi tan alto como el comandante de la expedición. Wladislaw Jrazek, médico, especialista en medicina del ultraespacio, cuarenta años, estatura media, delgado, un haz de nervios dominado por una firme voluntad, con sus ojos glaucos de pez y su cara redonda, tan pálida siempre...

Y finalmente Vera Oleskova, veintinueve años, biólogo, Premio Lenin de fin de carrera. Premio Especial de las Naciones Unidas, Premio Europa de Biología Espacial el año anterior por su magnífico

trabajo acerca de los metazoos marcianos... Alta, delgada, exquisitamente proporcionada, con sus abundosos cabellos del color de las castañas maduras, tan brillantes y suaves, su piel blanco-mate y sus enormes, expresivos, ojos color de mar... Mirándola, uno siempre se preguntaba cómo era posible que en tanta belleza y tamaña capacidad intelectual se hubieran podido reunir en aquel esbelto, delicado cuerpo de mujer. Además, dotada de unos nervios muy poco femeninos. Soltera todavía.

Bueno, estaba el comandante. El era quien aglutinaba la tripulación. Escogió personalmente a cada uno del grupo, tras estudiarlos a fondo. Todos lo sabían, también que debían tener absoluta confianza en él. Y la tenían, incluso ahora, en estas desesperadas circunstancias, por otra parte tan repletas de posibilidades excitantes...

—Esta es la situación. Estamos en la superficie de Venus, en lugar que no podemos identificar ni marcar en nuestros, por otra parte, tan defectuosos e imprecisos mapas. A consecuencia del accidente sufrido, los daños en los circuitos electrónicos de Dedushka son muy importantes, en el mejor de los casos vamos a necesitar no menos de un mes para repararlos. También se halla destruido el sistema de comunicaciones de la nave, hasta un punto que no hemos podido precisar, pero que, por lo que toca a la televisión, podemos considerarla inutilizada totalmente. Tal vez lleguemos a reparar el sistema de radioondas, pero no puedo garantizarlo. El sistema propulsor ha sufrido también serios daños. En resumen; debemos afrontar la realidad de que nos espera una estadía mínima de un mes aquí, eso con mucha suerte.

Hizo una pausa, que nadie aprovechó para hablar, luego siguió:

—Todos ustedes han podido comprobarlo por sus propios ojos, Al parecer, nos encontramos en una zona baja, llana y posiblemente pantanosa, densamente vegetal. Eso prueba que los datos obtenidos por el Venusik-31 son totalmente erróneos. Es lo más probable que los tomara en una zona de desiertos arenosos. Los del Venusik-31, en cambio, tienen en este aspecto un amplio margen de credibilidad...

— ¿Cuál supone que sea la posibilidad ahí fuera, coronel?

—Tendremos que comprobarla, Brandt. Y lo haremos inmediatamente. Pero antes debemos planificar nuestra tarea, tomar consciencia plena de nuestra situación exacta. Primero, problema alimentación. Disponemos de reservas suficientes para diez semanas.

Calculando las seis del viaje de retomo, nos restarán alimentos para un mes o poco más. Pero debemos pensar que con la nave averiada no nos será posible alcanzar la velocidad de crucero normal…

—Eso sí podemos despegar —gruñó Jrazek.

Mirándole fijo, Suvorov asintió, seco:

—Exacto, doctor. Pero si no podemos, ni tampoco arreglar el transmisor de radioondas, entonces deberemos hacer frente a otro tipo de problemas. Los derivados a la necesidad de convertimos en Robinsones.

— ¿Quiere decir… quedamos aquí para siempre?

—O al menos hasta que alguien nos encuentre.

—Interesante posibilidad. Seis Adanes y una Eva en el paraíso venusiano…

Jrazek como buen nativo de Praga, sabía ser muy ácido e incisivo algunas veces. Su observación no agradó demasiado a los demás. Vera Oleskova incluso le miró de reojo, una de aquellas miradas suyas que helaban cualquier avance amoroso, o una simple chanza, de raíz. Pero fue Suvorov quien le contestó.

—Olvide las chanzas por ahora, doctor. Y olvidemos todos, de momento, la posibilidad más desagradable. Habrá que racionar desde ahora mismo los alimentos, también el agua potable. En este caso, nuestra situación puede ser más grave, debido a la avería de los aparatos que la depuran. Usted, Brandt, se ocupará inmediatamente de ellos con Kruglov, es preciso tenerlos arreglados cuanto antes.

—Así lo haré, coronel.

—Bien. De momento permaneceremos en la nave. Usted, camarada Oleskova, va a encargarse de averiguar todos los datos posibles con respecto al exterior. Presión barométrica, composición de la atmósfera y demás. Sabemos que hay vegetación y que llueve, o mejor dicho, diluvia, pero necesitamos saber si ese aire de fuera es o no respirable, o hasta qué punto puede serlo. Usted, Malinine, deberá encargarse de todas las tareas de poca monta que pueda realizar y nos descarguen a nosotros. Los demás, pondremos de inmediato manos a la tarea de reparar los circuitos de Dedushka…

Hablaba con la serena claridad que usaba en la Tierra para

explicar a los miembros de su tripulación los problemas y características del futuro viaje interplanetario. Era un jefe nato, sabía cómo insuflar confianza en sus hombres. Dio todas las explicaciones que consideró necesarias y las órdenes pertinentes, luego envió a cada cual a su tarea. Cuando iban hacia la cámara de los depósitos de agua, Brandt lo comentó:

—Da la impresión de que para él se trata de un accidente sin mayor importancia. Como si hubiéramos caído en la cuenca del Amazonas.

Kruglov ya lo sabía. Entre el coronel Suvorov y el físico nuclear de Núremberg, existía un antagonismo de hombres motivado por Vera Oleskova. Era algo bastante lógico, aunque resultara deplorable. Además, ella no daba pie, trataba a ambos con idéntica línea de conducta. El hecho de que uno de ellos estuviera casado, y el otro fuese divorciado reciente, complicaba las cosas. Ahora, náufragos en Venus, totalmente incomunicados con el planeta Tierra, con la perspectiva de verse forzados a una larga estancia allí...

—Creo que es una gran suerte para nosotros que él dirija este viaje, ¿no le parece lo mismo, señor Brandt?

—Sin duda. Tengo al coronel en muy alto concepto, como cosmonauta y como hombre.

También era verdad. Dejando aparte su rivalidad por Vera, ambos hombres se apreciaban en lo que valían.

—Bien, confiemos en que nos será posible arreglar las averías y remontar el vuelo. Personalmente, no siento mayor interés en quedarme en Venus ejerciendo de Robinson.

No, si tenía que compartir a Vera Oleskova con los demás... Pero mejor sería no pensar en aquello. Los seis hombres habían sido psicológicamente tratados con vistas al hecho de que, durante un largo y aislado viaje por el espacio extraplanetario, deberían convivir con una joven y hermosa mujer. Todos eran hombres jóvenes y absolutamente normales, pletóricos de salud y energía. La atracción de una tan espléndida representante del sexo opuesto, lógicamente debería ser mucha. Para contrarrestarla y evitar complicaciones desagradables, a todos ellos se les hizo seguir el mismo método profiláctico de la mente. Seis semanas grabándoles en el subconsciente que la doctora Oleskova era intocable, una camarada de trabajo; que todo intento de ofenderla, o de tratar de conseguir sus caricias,

constituiría una traición a los intereses de la Humanidad, un delito punible con las penas más severas...

Había sido un tratamiento muy eficaz, había que admitirlo. Tan sólo dos, de entre los seis — ¿o tal vez tres?— no respondieron satisfactoriamente. Suvorov y Brandt, desde luego, eran los cerebros mejor dotados, más potentes, del grupo. También se encontraba en una situación más proclive a sentir el influjo de los encantos de Vera Oleskova. El, Yuri Kruglov, naturalmente gustaba de Vera, de su voz, su mirada, sus sonrisas; naturalmente que pensaba en sus encantos. Pero llevaba cuatro años casado, tenía dos hijos y seguía muy enamorado de su esposa, de su pequeña Galinushka. Soñaba a menudo con ella, muy a menudo... y no la traicionaría nunca, ni siquiera con una mujer como la Oleskova.

El coronel Suvorov regresó a su cabina, un compartimiento pequeño, donde tenía su litera, y se enfrascó sobre el tablero de trabajo en complicados cálculos, lápiz en mano. Hondas arrugas fruncían su ancha frente y estaba por completo enfrascado cuando se abrió en silencio la compuerta, dando paso a la doctora Oleskova.

Ella le miró con fijeza, una mirada y una expresión muy reveladoras. Luego suspiró hondo y emitió una leve tos de aviso que le hizo volverse aprisa.

— ¿Qué? Ah, eres tú... Pasa. ¿Qué me traes?

—Los datos que querías.

— ¿Qué tal?

—Míralo tú mismo. Los datos que me dan mis mediciones indican una atmósfera compuesta por oxígeno, nitrógeno, anhídrido carbónico, gas metano y amoníaco, sin contar otros elementos.

— ¿En qué proporción?

—Nitrógeno 53,81 %. Oxígeno, 17,04 %. Vapor de agua, 1,37; o. Argón, 0,89 %. Anhídrido de carbono, 11,93 % Metano, 9,09 %. Amoníaco, 5,78 %. Dióxido de carbono, 0,09, Hidrógeno, 0,0007.

— ¿Resultado?

—Difícilmente respirable, muy tóxica. Provocará la muerte si se respira directamente durante más de cinco minutos.

— ¿Probabilidades bioquímicas?

—Muchas. Podemos aprovisionarnos de agua potable en abundancia, mediante una depuración electrolítica. También es posible que encontremos ahí fuera vegetales comestibles, al menos después de una cocción. Igor…

—Di.

—La atmósfera que tenemos ahí fuera es muy semejante a la que debía existir en la Tierra hace unos quinientos millones de años.

Suvorov se volvió despacio, fijando en sus bellos ojos la mirada.

— ¿Estás segura?

—He realizado todos los experimentos posibles. Esa atmósfera contiene, aparte los elementos que te he indicado, otros que sólo pueden explicarse de un modo. Nos encontramos en la superficie de un planeta no sólo vivo, sino en estado de constante y violenta germinación. Esa atmósfera hiperelectrizada, esa masa uniforme de nubes que llegan casi al ras del suelo, esos diluvios súbitos, todo lo que podemos apreciar visualmente, lo confirma. Venus debe hallarse, más o menos, en el estadio evolutivo de la Tierra al comienzo de la Era Secundaria.

El coronel Suvorov suspiró hondamente. Luego tomó la cajetilla de cigarrillos que tenía encima del tablero y se la tendió a su interlocutora. La joven científico tomó un cigarrillo y esperó fuego. Fumaron despacio, sin mirarla él, como rumiando sus informes…

—Así que la Era Secundaria… Dinosaurios y todo eso…

—Posiblemente.

—Vaya… Es fantástico…

—Tal vez la evolución de la vida no haya alcanzado aún ese estadio aquí. O puede que lo haya sobrepasado. No es posible afirmar nada con base a los elementos que poseemos en este instante. Yo no he descubierto signos de vida animal ahí fuera.

—Sí, claro… ¿Temperatura?

—Uniforme. Setenta y dos grados centígrados sobre cero, cien por ciento de humedad. Será como avanzar por el interior de una

sauna.

Hubo una leve pausa. Fumaban. Luego, Suvorov dijo, despacio:

— ¿Sabes una cosa? Cuando era niño me entusiasmaban los relatos de fantaciencia, sobre todo los que traían ilustraciones, creo que ellos decidieron mi vocación. Luego estudié paleontología, entre otras cosas. Mundos habitados, seres de pesadilla, aventuras descabelladas y fantásticas… Todo aquello excitaba poderosamente mi imaginación infantil. Y ahora, ya ves, nos hemos convertido de golpe y porrazo en personajes de historieta ilustrada de ciencia ficción. Dinosaurios… ¿Qué se sentirá al verse, de verdad, frente a uno de ellos?

—No lo sé. Pero yo no estoy pensando en eso.

Su tono hizo que Suvorov cambiara de expresión y la mirase fijo. En cierto modo, pareció ponerse en guardia. Por contra, brillaban como gemas, con un brillo húmedo y magnético, los ojos femeninos.

— ¿No? ¿En qué, pues?

—En nosotros. En nuestra situación. ¿De veras crees que podremos salir de aquí, volver a la Tierra?

—Lo vamos a intentar.

— ¿Cuáles son nuestras posibilidades?

—Pues… Todavía es pronto para decirlo.

—Por favor no esquives mi pregunta. ¿Cuántas?

—De momento, mitad y mitad.

Vera Oleskova suspiró y desvió la mirada. Pero por poco tiempo.

—Eso significa que existe un cincuenta por ciento de probabilidades de que debamos quedarnos en Venus… para siempre.

—Sí.

— ¿Qué harás entonces, Igor?

— ¿Qué haré?

—Sabes muy bien a lo que me refiero. Estamos en Venus, sin

esperanza de regresar a la Tierra. Para nosotros no existirán las leyes de allá, nada de lo que debíamos acatar. Tu esposa se habrá quedado allí para siempre, a cincuenta millones de kilómetros de distancia. Tu mujer y tus hijos. Estaremos tú y yo aquí, queriéndonos. ¿Qué pasará, Igor? ¿Tú lo sabes?

CAPÍTULO III

—Usaremos las escafandras y los trajes térmicos, también los estabilizadores aéreos. Nada de audacias ni de errores, ¿entendido? Se limitarán a ejecutar las órdenes que reciban y ninguna otra cosa.

La voz de Suvorov era cortante y clara. Kruglov y Brandt asintieron con el gesto. Los demás escuchaban, no menos atentos.

—Muy bien. Vayan a vestirse los trajes. Camarada Oleskova, usted y el doctor Jrazek se harán cargo de los controles. Sergei, usted permanecerá atento a las señales del exterior. Kuratchev, usted nos seguirá por el interior de la nave.

Tres días. Setenta y dos horas incrustados en aquel pantano sombrío de la superficie de Venus, incomunicados con la Tierra, trabajando como locos en reparar las averías interiores, gravísimas, conforme había demostrado la más detenida inspección realizada después de tomar las primeras medidas de emergencia. Un mes iba a resultar poco para reparar las principales.

Y ahora, el comandante de la nave, con dos de sus ayudantes, iba a realizar la primera salida al exterior para comprobar los daños sufridos en el aparato propulsor y otros en la parte externa. Por primera vez también, seres humanos de la Tierra iban a poner pie en el misterioso planeta Venus. ¿Qué les reservaría éste?

Los informes obtenidos por Vera Oleskova y el propio Brandt en sus respectivas especialidades, al completarse, no dejaban lugar a muchas dudas. Al menos allí, donde se hallaban, Venus encontrábase en el mismo, o parecido, estadio evolutivo de la Tierra quinientos millones de años atrás. La edad de los dinosaurios...

—No es posible calcular, ni siquiera en hipótesis, lo que hay ahí fuera. —Brandt daba de nuevo expresión a lo que todos tenían en la mente, mientras se vestían los trajes térmicos—. Conocemos unos cuantos datos referentes a las condiciones del aire y el ambiente, eso es todo. Ni siquiera nos ha sido posible la visión directa del terreno circundante más allá de unas pocas docenas de metros por causa de esa tenaz lluvia y esa niebla constante, densa, provocada por la evaporación en un medio tan cálido y húmedo. Puede haber una docena de grandes dinosaurios a doscientos metros de distancia sin nosotros saberlo.

— ¿Usted cree que los habrá?

—A eso mejor podría contestarle la doctora Oleskova. Pero sí le puedo decir que la vida existente ahí fuera, si existe vida animal, será de aspecto, características, hábitos, probablemente muy distintos a los de aquellas especies de la Era Secundaria terrestre que conocemos por sus fósiles. No hay ninguna razón válida para creer en una identidad entre ambas. Y hasta es posible que no encontremos ninguna clase de vida animal, aunque personalmente no lo creo.

—Haya lo que haya ahí fuera, a su debido tiempo lo comprobaremos —dijo secamente Suvorov—. Ante todo, debemos comprobar los daños sufridos por el sistema exterior de propulsión y el propio casco de la nave.

—Supongamos que en efecto haya dinosaurios, o cualquier clase de animales. Pueden existir entre ellos algunos que sean carnívoros, o sea, cazadores. No me agradaría acabar en el estómago de uno de ellos. Y no tenemos armas, ¿verdad, comandante?

La pregunta tenía su intríngulis. Bajo las miradas de los otros dos, Suvorov guardó silencio unos instantes; luego, contestó:

—Esta expedición se planeó para no poner los pies nosotros en el suelo de Venus. Lógicamente, no se previno un aprovisionamiento de armas. Sin embargo, nada fue dejado al azar, se tomó en cuenta la posibilidad de un aterrizaje forzoso y también la de que en Venus existiera alguna forma de vida lo bastante desarrollada como para

resultar hostil y peligrosa. Hay un pequeño arsenal a bordo.

— ¡Vaya! Es un alivio.

—No lo tocaremos si no es absolutamente necesario.

— ¿Y dónde está? ¿Por qué no se nos dijo...?

—Está en lugar adecuado. Y no se les comunicó porque no se consideró necesario. Yo lo sabía desde un principio. Si ya están listos, vámonos.

—¡Un momento! —Brandt había fruncido el entrecejo y endureció la voz—. No me parece justa ni razonable su actitud, coronel. Opino que todos deberíamos conocer dónde se guardan esas armas, y también que deberíamos llevarlas al salir ahí fuera.

Mirándole fijo, Suvorov le replicó, con acerada voz:

—Yo soy el comandante de esta nave, profesor Brandt, y el único responsable aquí dentro. Cuando lo crea oportuno, ustedes tendrán acceso al armamento; mientras, no.

Brandt respiró hondo. El antagonismo entre aquellos dos hombres se había manifestado con mayor claridad desde que cayeron en Venus. Ambos sabían qué lo provocaba, pero con el máximo cuidado evitaban mencionar a Vera Oleskova.

—No estamos en la Tierra, coronel, ni tan siquiera en vuelo. Incluso es muy posible que no podamos retornar.

—En tal caso, profesor, habrá dos alternativas. Continuar juntos bajo mi mando, o bien, quien lo discuta, arreglárselas solo. Cuando llegue el momento, le daré esa elección; ahora obedezca mis órdenes. Vámonos.

Lo dijo de tal modo, sin alzar la voz, que Brandt prefirió ceder. Kruglov había guardado silencio, irritado con el alemán, pero disgustado también por otras razones que ni siquiera acertaba a definirse. Sólo sabía que un antagonismo en aumento entre aquellos dos hombres podía resultar muy peligroso para todo el grupo, en tales circunstancias. Como militar, su deber estaba bien claro: obedecer a rajatabla al comandante de la nave. Pero Brandt no era militar, ni siquiera era ruso. Lo mismo que Jrazek...

Los tres hombres se ajustaron las escafandras y se aseguraron de

que las conexiones de las mismas con los tubos de oxígeno, los instrumentos de medición de la temperatura dentro de los trajes térmicos y demás artilugios se encontraban en perfecto estado de funcionamiento. Luego se dispusieron a abandonar la cosmonave.

La compuerta de salida había sufrido también los efectos del choque contra la blanda superficie del pantano, pero afortunadamente pudieron arreglarla. Ahora se abrió lentamente, con una serie de ruidos detonadores de que aún quedaban ligeras dificultades. Una bocanada de densa niebla gris penetró. El aire de Venus...

El primero en asomarse al exterior fue el coronel Suvorov. En previsión de lo que suponían les esperaba, habían sido acopladas a las anteojeras de las escafandras unos verdaderos limpiaparabrisas que Kruglov fabricó y se podían accionar electrónicamente, mediante una conexión con el mismo aparato que mantenía en constante funcionamiento el radioteléfono acoplado a las escafandras y el radiotermo que mantenía dentro de los trajes una temperatura constante de veinte grados centígrados. Aquellos limpiaparabrisas demostraron en el acto su utilidad, porque la diferencia térmica y el ambiente exterior empañaron instantáneamente el polivinilo melamínico, cegando a los cosmonautas.

Suvorov comprobó inmediatamente algunas de sus suposiciones. Por ejemplo, la absoluta imposibilidad de descender al suelo de Venus utilizando el método normal, dado que la cosmonave se encontraba hundida de morro en el légamo verdoso del pantano hasta una profundidad de unos cuatro metros, o sea, doce por debajo de la portilla de salida. La escalerilla metálica, por tanto, quedaba en posición casi diametralmente opuesta, en caso de sacarla y extenderla. Había que saltar al vacío, utilizando los transportadores individuales con rotor.

Los tenían a mano. La inclinación de la cosmonave era apenas de doce grados, en realidad. Hasta entonces, todas sus tareas habíanse visto dificultadas por ella, una de las primeras medidas a tomar consistiría en estabilizar la cosmonave en posición lo más horizontal posible. El hecho de que hubiera caído en un pantano de superficie relativamente espesa y poca profundidad facilitaría la tarea, pero por otro lado no se podía correr el riesgo de dejar que los retrocohetes se llenaran con el légamo y las plantas del pantano. En fin, era uno de tantos problemas a resolver...

Uno tras otro, los tres cosmonautas emergieron, como insectos plateados, rojos y amarillos, del interior de la astronave. El ronroneo

de los pequeños motores de los transportadores y el producido por los rotores al girar sobre sus cabezas no era percibido por ellos gracias al aislador de sonido de las escafandras. Suvorov lo desconectó apenas se vio fuera de la cosmonave conectando en cambio el micrófono de audición exterior. Si en Venus, en aquel pantano, había seres vivos, quería oírles apenas hicieran acto de presencia. Por el radioteléfono ordenó a sus acompañantes imitarle; luego, manteniendo la velocidad mínima, inició la exploración de la parte externa de la cosmonave.

Esta tenía una longitud de veinte metros y un diámetro de ocho, estaba recubierta de un compuesto altamente incombustible, color de acero bruñido, y su aspecto se asemejaba algo al de un gigantesco proyectil de artillería. Pero llevaba acopladas unas esferas de unos seis metros de diámetro a los costados y también otras excrecencias, tales como paneles solares, antenas de radioondas y demás. Parte de aquellas instalaciones externas al fuselaje habían resultado destruidas, y una de las grandes esferas metálicas, en las que se encerraban complicados, delicadísimos instrumentos, había ido a encajarse en el légamo del pantano, estaba casi tronchada la barra de unión con el fuselaje, hueca para permitir el paso de una persona al interior de la esfera. Desde dentro, los cosmonautas ya habían comprobado la importante avería, ahora descubrieron que la fractura era más seria de lo que pensaron. Habría que cercenar aquella barra de unión utilizando sopletes térmicos de láser, una tarea de al menos tres o cuatro días. Y eso significaba, para poder mantener en vuelo la estabilidad de la cosmonave, la absoluta precisión de desprenderse también de la otra esfera. Otros cuatro días de tarea...

Por lo demás, no aparecían señales de fracturas o desperfectos graves en el cuerpo principal de la cosmonave. Los retrocohetes tampoco estaban averiados, en apariencia, pero eso tendrían que comprobarlo más detenidamente, sobre todo porque no podían desperdiciar energía combustible. Durante largo rato, Suvorov y Kruglov moviéronse como cucarachas plateadas por entre los negro-azulencos tubos, tras haber abandonado los transportadores en lo alto del fuselaje bajo la custodia de Brandt, que había quedado de guardia, aunque de hecho no era posible distinguir nada claro a más de unas pocas docenas de metros de distancia. Caía una lluvia fuerte y continua, pero mansa, que golpeaba la superficie del pantano, de un color verde muy intenso, casi oscuro, con algunas manchas más claras y otras negras allí donde la densa capa de vegetación pantanosa formaba claros dejando ver el agua. La luz era idéntica a la de un día lluvioso, o amenazando nevada, en el invierno. Y sólo se escuchaba el monótono, adormecedor, ruido de la lluvia.

Un silencio que, de repente, se vio roto por un ruido profundo y crispador.

Fue algo así como el bramido de un hipopótamo, pero con un volumen dos o tres veces mayor, una especie de trueno bronco y súbito. La clase de ruido que podría producir una gran bestia.

CAPÍTULO IV

Los tres cosmonautas se quedaron rígidos, mirando hacia el punto, a la derecha de la nave, donde había sonado el espeluznante bramido. Pero éste no se repitió y tampoco se escuchó otro ruido que el manso de la lluvia. La masa de vapor acuoso, mezclado con emanaciones de metano y anhídrido carbónico, cubría el cercano horizonte como una movediza cortina gris.

Despacio, Suvorov hizo un ademán a Kruglov, que lo entendió. Los dos hombres comenzaron a trepar cuidadosamente, utilizando las cuerdas de nilón y asegurándose con las suelas magnéticas de sus botas al resbaladizo soporte metálico de los tubos de los cohetes. Allí arriba, Brandt se desojaba inútilmente mirando hacia donde el bramido resonó.

—¿Ve algo, Brandt?

—¡Nada en absoluto! Tampoco oigo ningún ruido indicador de que esa cosa ande por el pantano... ¡Un momento! Ahora sí, se mueve allí delante.

Señalaba con la mano derecha extendida hacia un punto detrás de la cortina gris de lluvia y niebla. Los otros miraron, porque a su vez habían escuchado aquel ruido, el que produciría un cuerpo muy pesado moviéndose a través del pantano.

—¡Desde luego, es una bestia grande! ¿La distingue?

—¡No! ¡Está más allá del campo de visión! ¿Qué hacemos?

Suvorov no le contestó. Esperó hasta que él y Kruglov llegaron a lo alto de la cosmonave.

—Vamos a averiguar de qué se trata. Usted regrese al interior y espérenos.

—¿Por qué razones? ¿Acaso cree que tengo miedo?

—No creo nada, doctor Brandt. Le estoy dando una orden, eso es todo. Váyase.

Brandt pareció ir a negarse, pero no lo hizo, montó en su transportador y lo puso en marcha. A su vez, Suvorov y Kruglov montaron en los suyos, se ajustaron los cinturones y se dispusieron a partir. El zumbido de los pequeños motores se mezclaba al de las aspas de los rotores en movimiento, borrando el ruido de la lluvia.

Brandt descendió hacia la entrada de la nave. Los dos rusos esperaron a verle dentro; luego, Suvorov ordenó ponerse en movimiento.

—Nos encaminaremos hacia donde sonó el ruido, pero manteniéndonos a una altura de quince metros sobre el pantano. Bastará aunque se trate de un diplodocus; además, confío en que podremos distinguirlo a tiempo.

—¿Qué haremos al verle?

Mantenernos a prudente distancia, observarlo, averiguar si está solo. Adelante.

Los dos cosmonautas despegaron y se alejaron sobre el pantano, a una altura de unos quince metros. Casi de inmediato se los tragó la bruma gris.

Allí dentro, los que se habían quedado estaban ahora con los nervios en tensión. Habían podido escuchar, por el receptor-transmisor de onda extracorta utilizado normalmente para mantener la comunicación con aquellos que salían durante el largo viaje al exterior para caminar el revestimiento de la cosmonave y el funcionamiento de los aparatos exteriores, la conversación, así como antes el asustador bramido al otro lado de la bruma. Pero nada podían

distinguir visualmente por los ojos de buey, de ahí que su excitación fuera mucha, especialmente la de Vera Oleskova, lógica por su especialidad… y otras causas. Cuando vio entrar a Brandt lo interpeló, ansiosa:

—¿Qué se proponen?

El venía hosco, pero aclaró el ceño al hablarle, y respondió, suave:

—Pregúnteselo usted misma a Suvorov. No me ha dejado acompañarles, como si se tratara de ir a una acción de comandos donde no hay puesto para los civiles.

Ella no le contestó. Apretó levemente la boca, luego retornó a la escucha y llamó, con una nota tensa en la voz:

—¿Divisan algo, coronel?

—Todavía no. Es difícil ver nada en… ¡Un momento! Algo se mueve delante de nosotros!

—¿Qué es?

—Algo muy grande, un animal… ¡Dioses! Nunca creí rué llegaría a ver nada parecido.

Nunca Vera Oleskova ni los demás habían escuchado aquella nota excitada en la voz fría y serena del coronel Suvorov.

Había una excelente razón para que estuviera tan excitado. Allí, delante de sus ojos y los del mucho más excitado Kruglov.

Un dinosaurio… Una gran bestia de lomo pizarroso y reluciente, pero áspero, con un cuello no demasiado largo terminado en una cabezota de pesadilla. Así, a ojo, calculando a través de la densa cortina de lluvia y la no menos densa niebla gris, Suvorov se dijo que el corpachón, hundido hasta el arranque de las patas en el légamo verde del pantano, debía tener unos seis metros de longitud. El cuello, tal vez tres, la cabeza de forma fusiforme, con ojos tan grandes como platos soperos, redondos, encajados a ambos lados de la parte superior de la misma en unos alvéolos óseos recubiertos por una piel algo más clara de un modo realmente grotesco, que recordaba ciertos faros de los más primitivos automóviles usados a comienzos del siglo anterior, ; no menos de un metro. Aquella cabezota estaba vuelta j hacia los cosmonautas y uno de aquellos ojos increíbles parecía mirarles

fijamente, con clara irritación. La boca partía en dos la mitad delantera de la cabeza y de ella colgaban una especie de barbas y bigotes verdes que no eran sino masas de plantas del pantano, sin duda su j alimento habitual. Dos protuberancias de unos treinta centímetros de longitud alzábanse en la parte delantera de la boca, terminando en grandes orificios. ¿Unas narices? Y entre ellos, a todo lo largo del cráneo para terminar en lo alto del mismo, entre los ojos, había una especie de sierra de dientes cónicos, amarillentos, que aumentaban su tamaño conforme iban al hocico. Allí terminaban en un cuerno rectilíneo, de tal vez un metro de longitud y punta afilada. Toda una preciosa criatura emergida ante los ojos atónitos de los cosmonautas como una imagen del más remoto pasado de la propia Tierra de donde ellos procedían.

Evidentemente, la gran bestia era herbívora. Evidentemente, aquellas defensas de su cráneo no le habían crecido para escarbar con ella las hierbas del pantano. Evidentemente también, la bestia estaba irritada, intrigada, por la aparición entre la niebla de aquellos dos insectos zumbadores que se mantenían unos metros cobre su cabeza y a prudente distancia. De repente, emitió un bramido aún más horrísono que el anterior atacó.

Atacó como lo haría un hipopótamo enfurecido. Sólo que debía pesar como diez veces un hipopótamo terrestre. Sus curiosas narices emitieron un doble chorro de agua fangosa y su enorme bocaza, armada de dientes muelas trituradoras, algunas, las mayores, de quince o más centímetros de diámetro, se abrieron en una dentellada que mostró el interior de las fauces, de un color rosa violáceo. Fue un ataque sorprendentemente rápido para la mole de la bestia, que al iniciarlo sacó una larga cola terminada en una doble punta córnea, una especie de timón látigo de unos cinco o seis metros de longitud con la cual azotó la superficie del pantano produciendo un chasquido violento como un cañonazo.

Un ataque con todo torpe y mal medido, que le falló al coronel por unos cinco o seis metros. De todos modos, tanto Suvorov como Kruglov se apresuraron a colocarse a más distancia, mientras el primero comunicaba, ligeramente excitado, información a la mucho más excitada Vera Oleskova.

—¡Es fantástico! ¡Un verdadero dinosaurio! ¡Se ha enfurecido y trata de cazamos a dentelladas como haría un león con dos moscardones molestos!

—¡Descríbamelo, coronel!

—¡No tiene descripción posible este espectáculo, hay que estar aquí! ¡Después se lo dibujaré, ahora nos alejamos con él, separándolo de la cosmonave! ¡Debe pesar sus buenas diez o doce toneladas, podría resultar peligroso!

En efecto, los dos cosmonautas atrajeron a la enfurecida bestia lejos de la cosmonave, hasta que de repente se encontraron con la orilla.

Surgió de la niebla y la lluvia como un muro verdinegro, como un cerrado escuadrón de gigantes empenachados de los cuales sólo fuesen visibles los pies y piernas y poco más. Eran árboles colosales cuyos troncos medían, como mínimo, dos o tres metros de diámetro, lisos, de un color gris-verdoso, relucientes, con las marcas del crecimiento y también las de la defoliación provocada sin duda por animales como el que les perseguía. Desde una altura de más de diez metros comenzaban a brotar de tales troncos gruesas ramas terminadas en una especie de palmitos de hojas grandes de casi un metro, lanceoladas, gruesas, con una especie de barbas colgantes en sus bordes y el dorso mucho más claro, casi blanco. Una selva tropical...

Los dos cosmonautas esquivaron con facilidad las tarascadas de la bestia, que al llegar a la orilla del pantano perdió bastante de su ímpetu, saliendo del mismo entre resoplidos y mostrando cuatro patas relativamente cortas y tan gruesas como troncos de árbol. Las pezuñas se trifurcaban, terminando en enormes garras córneas unidas entre sí por membranas. Sin ninguna duda, la bestia estaba mejor adaptada para vivir en el pantano que en tierra firme, si podía llamarse así a una tierra sobre la que caía una lluvia constante al parecer.

Por el momento, los cosmonautas tenían bastante. Suvorov ordenó el retorno a la nave y lo hicieron dando un relativamente amplio rodeo. Minutos más tarde entraban en la nave y se cerraba tras ellos la puerta.

Encontraron a los demás excitados por la aventura, pero sobre todo Vera Oleskova, que se hizo repetir detalladamente la descripción de la bestia y después dibujarla, cosa que realizó el coronel con maestría. Tomando el dibujo, la biólogo lo examinó ansiosamente, con máxima reconcentración.

—Es, sin duda, un saurópodo muy semejante a los que existieron sobre la Tierra hace cientos de millones de años. Pero no se parece a ninguno de los animales de ese tipo que allí conocemos por sus fósiles.

Naturalmente, eso no significa demasiado, puesto que los paleontólogos están de acuerdo en que únicamente conocemos una pequeña parte de los saurópodos y tecodontos que debieron existir a lo largo de más de ciento veinte millones de años. Por el aspecto general de éste, lo asimilaría a los paleosauros del Triásico. Y pensar que ustedes han podido ver a uno de estos seres, desaparecidos en la Tierra hace más de sesenta millones de años...

—Me pregunto cuánto tardará en descubrimos, si estará solo en este pantano y en qué momento vamos a vernos cercados por una manada de tan agradables bichos —gruñó Jrazek, con su acidez habitual.

Ella le miró casi enfurecida.

—Es usted muy poco científico, profesor. ¿Acaso concibe algo más importante y fascinante para nosotros que ser los primeros humanos que hayan visto .con vida a un dinosaurio?

—Soy un científico, doctora Oleskova. Y también un hombre práctico. Todavía no nos ha dicho el coronel la índole e importancia de los daños exteriores de la nave y qué probabilidades hay de que logremos regresar a nuestro planeta. Personalmente, lo considero de mayor importancia que la aparición de ese dinosaurio.

Desde luego que la tenía. Suvorov resumió a su modo claro y conciso lo observado por ellos afuera, terminando :

—Habrá que trabajar duro durante más del tiempo primeramente calculado; pero si no aparecen otras averías de mayor importancia en los circuitos de Dedushka, o en los turborreactores, creo que podremos escapar de esta trampa. Eso sí, una vez comprobada la existencia de animales enormes y peligrosos, siquiera por su misma mole, no vamos a poder descuidamos. Por el momento creo que debemos trabajar a fondo en las reparaciones interiores, ninguna necesidad urgente existe de realizar las exteriores. Más adelante, procuraremos realizar algunas exploraciones alrededor de este lugar. Ya sabemos que el pantano termina a unos quinientos metros escasos hacia el oeste magnético, que más allá parece extenderse una gran selva. Pero ignoramos la extensión del pantano en las otras direcciones y lo que pueda haber más allá.

—Entonces se propone realizar exploraciones a larga distancia...

—No más allá de donde la prudencia lo aconseje y sólo para reunir la mayor cantidad de datos posibles acerca de esta región

venusiana. Intentaremos capturar algún animal de tamaño pequeño, o incluso mediano, tomaremos películas del terreno y de los animales de gran tamaño, recolectaremos semillas, hojas, ejemplares vegetales y minerales… En una palabra, señores, hemos caído en Venus, debemos permanecer aquí un lapso de tiempo relativamente grande por fuerza y nuestro deber consiste en aprovecharlo al máximo para aumentar nuestros conocimientos del planeta. Si podemos regresar a la Tierra, habremos realizado una gran tarea.

Esa era la gran incógnita que ninguno de ellos, él ¡ incluido, podían arrojar de sus mentes. Volver a la Tierra… ¿Podrían?

CAPÍTULO V

—Igor, quiero salir. Hay que aprovechar todas las oportunidades, tú lo has dicho. Y ahora se nos presenta una excelente, que no sabemos lo que puede durar.

—No me atrevo, Vera. Podemos tropezamos con animales peligrosos…

—¿Y crees que esa posibilidad me atemoriza, o me hará quedarme aquí dentro? Aún no me conoces lo bastante.

—Hay mucho que hacer aquí dentro. Si sales, tendrás que hacerlo escoltada…

—Acompáñame tú. Será la excursión más emocionante de nuestras vidas. Solos ambos en la tierra de Venus…

Estaban solos, momentáneamente, en la cabina de él. Y lo que había comenzado como una discusión profesional, degeneró aprisa en algo mucho más íntimo. Ahora una de las delicadas y bellas manos de Vera estaba acariciando la blusa de seda natural de Igor Suvorov, que evidentemente acusaba la caricia. Ligeramente pálido, pidió, con una nota ronca en la voz:

—No me toques, Vera. Y olvida esas ideas.

—¿Puedes olvidarlas tú?

Estaba casi pegada a él y era su actitud tremendamente provocadora, dentro de un apasionamiento limpio que llenaba sus ojos y entreabría su boca. Toda ella ahora era una violenta tentación. El coronel Suvorov tragó con esfuerzo, luego la aferró por un hombro como para separarla.

—No me tientes, te lo ruego. De sobra conoces mis sentimientos, pero soy el comandante de esta nave.

—Y también eres un hombre, como yo soy una mujer.

—Estamos en una situación muy comprometida.

—Ya lo sé. Y eso, precisamente, es lo que me impulsa a exigirte que olvides, siquiera sea por un momento, que eres el coronel Suvorov, comandante de una nave interplanetaria, y me dediques algo más que tus pensamientos. Bésame, Igor, bésame…

Igor Suvorov era un hombre normal, después de todo. Además, estaba perdidamente enamorado de ella. No pudo resistirlo, la cogió y la besó ardorosamente, con el mismo ardor que Vera Oleskova puso en su beso.

Y entonces se abrió la puerta, dando paso a Klaus Brandt.

El alemán no había solicitado permiso. Ahora, al descubrir la escena, palideció intensamente y una llamarada de celosa ira, de amargura, le llenó los ojos mientras se le crispaban las facciones.

Luego, dijo, rasgando las palabras:

—Magnífica escena. ¿Forma parte de las prerrogativas del comandante de la nave?

Sobresaltados, Suvorov y Vera separáronse. En los ojos de ella ardía una mezcla de cólera, pasión y temor. En los del coronel había, a la vez, disgusto, cautela y un sentimiento de culpabilidad. Fue quien repuso, con dureza:

—¿Por qué no pidió permiso antes de entrar?

Brandt esbozó una sonrisa malévola.

—Me habría perdido tan interesante escena.

—¡Escuche, señor Brandt…!

Se había ido adelante, pero Vera le contuvo, mirando a Brandt con una frialdad desdeñosa y ofensiva.

—Déjalo estar, Igor. No merece la pena.

Había hablado en ruso, en vez de utilizar el idioma = básico internacional, especie de esperanto formado sobre raíces filológicas de los siete idiomas más hablados en la Tierra, gracias a la tarea de los ultraperfeccionados cerebros electrónicos que habían entresacado de todas ellas las palabras más fáciles de aglutinar, idioma que desde comienzos del siglo era obligatorio aprender en la enseñanza media de todos los países y así se había convertido en lengua franca de la Humanidad.

! Pero Brandt conocía también el ruso.

—Probablemente, no —dijo con intención—. Pero si usted, coronel, que está casado y manda oficialmente esta expedición, ha decidido ya que puede disfrutar de la doctora Oleskova, permítame decirle que no tiene ninguna autoridad, ni legal ni mucho menos moral, para Impedirnos a los demás hacer lo mismo.

—¡Usted es un canalla, profesor Brandt!

Furioso, el coronel se le vino encima, agarrándolo por la pechera del traje espacial. Pareció que iba a golpearlo, pero se contuvo en seco, lo soltó y retrocedió, respirando con fuerza. Por su parte, Brandt tenía una actitud agresiva, aunque no hizo por agredirle.

—¡Salga de aquí inmediatamente!

—Si lo hago, será para informar a los demás de lo que he visto y pedirles que saquen sus propias consecuencias. Todos no son oficiales rusos, coronel.

Se hincharon las venas del cuello y la frente de Suvorov. Pero fue más rápida la mujer. Afrontando a Brandt, le habló con una suavidad cortante que de tan incisiva hacía verdadero daño:

—Antes de irse a contarles a los demás que me ha encontrado besando al coronel, le ruego piense en esto. En primer lugar, soy dueña de mí y puedo darme a quien me plazca, negándome a quien me parezca. Puedo, ñ es necesario, darme a todos los miembros de este grupo, pero le aseguro que usted va a quedar excluido.

Klaus Brandt se quedó tan pálido como si le dejaran sin sangre

en el cuerpo. Por contra, la mirada se le ennegreció. Pareció ir a contestar, apretó mucho la boca, dio media vuelta y salió de allí. Suvorov respiró hondo y gruñó, casi sin mirar a Vera Oleskova:

—Has sido demasiado dura. Sin duda, él te quiere.

—Ya lo sé. Pero yo sólo puedo querer a un hombre.

Quedó un silencio tenso entre los dos. Lo rompió ella.

—¿Temes que cuente lo ocurrido?

—No es ese mi temor. Vera, te lo suplico, no vuelvas a ponerme en una tesitura así, he descubierto que soy demasiado débil ante tus caricias. Y Brandt tiene razón, si te convierto en mi amante mientras permanecemos en Venus, perderé toda razón legal y moral para impedir que los demás te reclamen. Tú lo sabes.

—No lo harán. En ellos sigue actuando la inhibición.

—Perderá velozmente su fuerza una vez descubrieran que nos acostamos juntos. Y no podría resistir el compartirte con ellos.

—¿Tanto me amas, Igor?

—Tanto. Por eso necesito renunciar a ti. Ahora déjame solo.

Ella le miraba de un modo intenso, una mirada capaz de hacer tambalear a cualquier hombre. De pronto, sonrió, de un modo dulcísimo, y asintió, diciendo con voz muy suave, una verdadera caricia:

—Perdóname, Igor. He sido una gran estúpida. Y te amo demasiado también.

Dicho esto, salió de allí. Entonces, el coronel se dejó caer en la silla y hundió la cabeza entre las manos, mesándose los cabellos. Porque estaba repleto del deseo de aquella mujer y no podía tocarla... ni permitir que ella se le entregase.

Ninguno de los dos, tampoco Brandt, habían notado que la tensa escena tuvo un testigo.

Media hora después, nada podía advertirse en el rostro de Suvorov cuando reunió a los demás en la sala de reposo. Tampoco Brandt daba señales de su estado de ánimo. Ni Vera.

—Llevamos ocho días en Venus. Hasta hace unas horas no ha cesado de llover de un modo torrencial, pero ahora no llueve. Ignoramos cuánto puede durar esta pausa y creo que debemos aprovecharla para realizar una inspección amplia del territorio circundante.

Calló, como esperando preguntas. No las hubo y siguió en el mismo tono:

—Nuestro deber como científicos consiste en procurar recoger la mayor cantidad posible de datos concretos sobre la superficie del planeta, su flora, fauna y composición mineral. También es de sumo interés averiguar si podemos incorporar a nuestra dieta alimenticia vegetales y carnes, así como hasta qué punto el agua de Venus puede ser potable para la especie humana. Excuso decirles la importancia que revestirá probar que el hombre, al llegar aquí, podrá cazar, pescar y recolectar productos vegetales para alimentarse. Todos ustedes conocen la índole de los problemas con que nos enfrentamos en la Tierra...

—No creo que a ningún terrestre pueda resultarle agradable la idea de venir a colonizar Venus —dijo el sempiterno aguafiestas Jrazek, con ironía—. Meterse en un pantano tropical, a temperatura de sauna y lleno de dinosaurios, sin ver jamás el sol, envuelto siempre en bruma venenosa...

—Disiento de usted, profesor Jrazek —le cortó Vera—. Seremos muchos, y digo seremos porque así lo siento, quienes con gusto vendremos a Venus...

—Un momento. Déjenme terminar. Nuestra misión ahora no consiste en elucubrar acerca de los posibles planes futuros de los gobernantes de la Tierra para colonizar Venus, sino en demostrar que, hasta cierto punto, es Venus colonizable. De modo que ciñámonos a ello.

Nadie le dijo nada. Esperaba que Brandt lo hiciera, j pero el alemán no abrió la boca. Así, siguió:

—Como no podemos abandonar todos la cosmonave, I dado que el capitán Malinine está impedido de hacerlo por sus lesiones se quedará, lógicamente. Y usted le acompañará, doctor Jrazek.

—¿Por qué? Tengo tanta curiosidad como cualquiera...

—La aplacará en nuestra próxima salida. Dado que ya sabemos

puede haber peligros a correr, y como quiera que sólo disponemos de cinco transportadores, en cada expedición iremos dos científicos y tres militares profesionales, expertos en manejo de armas y explosivos.

Hubo un leve revuelo de sorpresa.

—¿Explosivos? ¿Los llevamos a bordo?

—No. Sólo traemos tres rifles automáticos para caza mayor, con un centenar de cargas para ellos, y otras tantas pistolas de largo alcance. Pero el comandante Kuratchev y el comandante Kruglov fabricarán unas cuantas granadas de mano inmediatamente, utilizando para ello materiales de que sí disponemos. Yo mismo preparé los cascos en previsión de estas salidas, utilizando material averiado.

Kruglov y Kuratchev se miraron. De modo que aquello era lo que el jefe de la nave estuvo haciendo con los tubos de aceros especiales estropeados y con las planchas de molibdenita.

—Mientras ustedes recogen muestras de la tierra, la flora, y si es posible la fauna, nosotros nos mantendremos vigilantes. Vamos a realizar una primera inspección en un radio de cinco kilómetros alrededor de la nave, manteniéndonos en contacto con usted, Malinine. Como saben, la autonomía de vuelo de los transportadores es de cien kilómetros. No disponemos, desgraciadamente, de mucho combustible y eso también nos obligará a limitar nuestras exploraciones, no podrán ser más de seis, o siete. Según los resultados de esta primera, realizaremos un par más en círculo, o tomando por objetivo un determinado sector, y dos o tres incursiones profundas para determinar en lo posible la morfología del país. Lamentablemente, esta expedición no se planeó para explorar el suelo de Venus desde la misma superficie del planeta, de modo que nuestro material científico adecuado es mínimo, habrá que sacarle el máximo jugo. Usaremos contadores de radioactividad, sondas de radiondas, cortadoras de láser, extractores de material pesado…

CAPÍTULO VI

Continuaba sin llover. Los cinco componentes de la expedición estaban ya enfundados en sus trajes térmicos, sólo les faltaba acoplarse las escafandras. Llevaban provisión de oxígeno suficiente para tres horas. El material de investigación y recolección de muestras estaba cuidadosamente acoplado a los transportadores o sobre los tableros de materia plástica especial, tan dura como el mejor acero y transparente. Todo aquel instrumental había sido construido con materiales livianos y eran «el último grito» de la técnica, lo mismo que cuanto llenaba la cosmonave. A un lado, veíanse tres estupendas armas largas, rifles de los utilizados en la Tierra para la caza mayor en las reservas de fauna y flora controladas por las Naciones Unidas, construidos con aleaciones metálicas desconocidas veinte años atrás, irrecalentables, inencasquillables, totalmente automáticos, sin retroceso. Con cada uno, un cargador de treinta y tres proyectiles. No todos aquellos proyectiles eran compuestos, también los había explosivos. Aparte, un rifle distinto, lanzador de dardos narcóticos. Sobre uno de los tableros veíanse seis objetos plateados, cilíndricos, con una especie de cierre a presión con tapón de seguridad. Eran las granadas de mano mencionadas por Suvorov. Kruglov y Kuratchev las habían rellenado con una mezcla por ellos fabricada, un tanto burda, acaso, pero de gran potencia explosiva, acoplándoles fulminante y cerrándolas debidamente. Incluso a un dinosaurio le harían pupa aquellos proyectiles.

Suvorov había examinado personalmente todo el equipo. Ahora

dio la orden de partir. Tendrían que salir de dos en dos, a través de la cámara de descompresión, pues no cabían más con aquella sobrecarga. El salió primero.

Allí fuera, salvo la falta de lluvia, todo continuaba exactamente lo mismo que durante los ocho días anteriores. Un silencio que ahora a los cosmonautas se les antojaba ominoso, ni el menor soplo de viento, de vez en cuando un leve chapoteo, sin duda producido por algún pequeño anfibio, o un pez del pantano. Hasta aquel momento, y salvo el incidente con la bestia cornuda de los ojos de plato, los cosmonautas no habían tenido contacto con ninguna otra criatura de Venus, ni volvieron a salir al exterior. Habían trabajado como locos, por tumos, reparando averías, y aún les quedaba mucho por reparar antes de poder realizar el intento de escape de la superficie de Venus. Ni siquiera estaban seguro, en su fuero interno, de que podrían escapar; eso habíales provocado una tensión nerviosa y emocional no exenta de peligros, como lo probaba el incidente en el camarote de Suvorov. De ahí que acogieran con alivio la salida y subsiguiente expedición. Era otra cosa...

Vera estaba muy excitada, como científico y como mujer. Se fue inmediatamente a colocarse al lado de Suvorov. Kruglov, que portaba entre otras cosas la cámara tomavistas de mano, capaz de rodar cien metros de micropelícula, dosificando electrónicamente el pase de la misma a voluntad del filmador, se colocó un poco atrás y a la izquierda de Suvorov. Brandt y Kuratchev lo hicieron a su zaga, pero no más de cinco a seis metros distanciados.

El ronroneo de los transportadores producía la grata impresión de un enjambre de abejorros sobrevolando el pantano. Brandt abrió el registro del contador de radioactividad, no mayor que un paquete grande de cigarrillos, y en el acto oyeron su voz los demás.

—¡Atención! Estamos en pleno campo radiactivo.

Hasta entonces no se habían preocupado en averiguarlo, obsesos en los problemas de la nave. Y podía obedecer a causas muy distintas. Suvorov inquirió:

—¿Qué índice?

—Radiaciones Beta, 0’011 roentgen. Radiaciones Gamma, 0'008. Dieciséis microcuries. Elementos de carbono, señales de radón y torón, pero no de estroncio ni de cesio.

—Entonces no se trata de ningún escape de nuestro reactor —

había alivio en la voz del coronel, el mismo que embargaba los corazones de los demás—. Evidentemente, esa radiactividad procede del ambiente de Venus. ¿Qué opina, profesor Brandt?

—Es una radiación fuerte, pero soportable perfectamente por nuestros trajes. Habrá que analizar el agua de Venus para comprobar el grado de radiactividad de la atmósfera baja.

—Sí. Bien, tomaremos dirección Norte magnético durante un máximo de ocho kilómetros, para tratar de hallar los límites del pantano por ese lado. No se separen en ningún momento más de seis metros entre sí.

Y tampoco desciendan a menos de seis metros de la ¡ superficie del pantano. ¿Temperatura?

—Setenta y seis centígrados sobre cero. Humedad, cien.

—Vamos.

Era como avanzar a través de algodones grises sobre una alfombra verdinegra en cuya superficie, acá y allá, estallaban continuamente grandes y medianas burbujas de metano. No había ni rastros de viento, ni más ruidos que los emitidos por los transportadores, los cuales apagaban cualesquiera otros provenientes del pantano y producidos por las burbujas o, acaso, por animales pequeños. Vera se desojaba rastreando la masa de líquenes, algas, plantas... Ni la menor nota de color alegraba aquel fúnebre manto del pantano. Dos o tres veces creyó distinguir un movimiento rápido, huidizo; pero era demasiado difícil identificar visualmente cualquier pez, o pequeño anfibio, entre aquella densa bruma que agobiaba el ánimo, en aquella luz de crepúsculo invernal.

Marchaban a unos treinta kilómetros hora, velocidad media de crucero de los transportadores, pero pronto Suvorov ordenó reducirla a diez. Lo acertado de su orden lo descubrieron de repente apenas cinco minutos después, cuando se hallaban a unos tres kilómetros en línea recta de la astronave.

—¿Qué es eso? ¡Cuidado! ¡Atrás, atrás!

A pesar de sus nervios bien templados, Vera Oleskova no pudo evitar un grito de pánico. Estaba justificado, pues era sin duda la primera mujer terrestre que veía alzarse súbitamente ante sus ojos a un diplodocus.

No exactamente un diplodocus, al menos no idéntico a los que se conocían gracias a reconstrucciones de fósiles en la Tierra. Pero para los hechos daba igual.

Había sido Suvorov, ligeramente adelantado y más atento que nadie a la masa algodonosa que tenía delante, el que vio agitarse de repente la superficie del pantano y emerger la cabeza del monstruo. Su entrenamiento, sus nervios de acero, estar ya preparado para algo así por la experiencia anterior, le hicieron reaccionar instantáneamente del modo adecuado, desviándose y elevándose a toda prisa mientras algo más atrás, Vera contemplaba, fascinada, aquella increíble aparición de remotas edades.

Una cabeza que no tendría más de medio metro de longitud total y se parecía de modo remoto a la de los diplodocus, o más bien a un plateosauro. Dos ojos diabólicos, rojizos, con la pupila amarillenta, aparecían situados altos a ambos lados de la cabeza. Un cuello enormemente largo, de tal vez siete u ocho metros, reptilíneo, color gris pizarra, de apariencia escamosa, se había distendido en arco, alzando la cabeza casi a la misma altura a que volaban los cosmonautas. Y allí abajo, entre las plantas del pantano, emergía el curvado lomo de la bestia, sin duda alarmada en su plácida digestión de vegetales dentro del lodo acuoso. Un ser de pesadilla, ni más ni menos.

—¡Vera, atrás, atrás!

El grito de Suvorov la sacó de su fascinación, a tiempo de ver salir del pantano algo parecido a una enorme serpiente negruzca que se alzó veloz y agresiva en el aire. Tuvo el tiempo justo para intuir el peligro y reaccionar, disparando al transportador hacia atrás y arriba. Un instante después, la punta de la cola de diez metros del saurópodo venusiano golpeaba el punto donde había estado con un chasquido seco, como de un latigazo aumentado cien veces.

Con una agobiante sensación en la boca del estómago, la biólogo se apresuró a colocarse lejos del radio de acción de la gran bestia. Kruglov estaba ya tomando fotogramas al tiempo que hacía girar lentamente al transportador a distancia prudencial; tanto Suvorov como Kuratchev tenían los rifles empuñados. Brandt se limitaba a mirar, no menos fascinado, al saurópodo, que se había enfurecido ante la aparición de aquella inusitada escuadrilla de «insectos» y buscaba eliminarlos a tarascadas y coletazos, provocando con sus movimientos un remolino y un estruendo ensordecedor, por contraste con el intenso silencio de antes.

—¿Cómo está, Vera?

—Bi...bien... Es... increíble...

Lo era. Y no podían alejarse de allí, pero había que continuar. Suvorov lo ordenó y se perdieron entre la bruma, escuchando a su espalda los extraños silbidos, como de una máquina de vapor, del saurópodo, los ruidos que hacía buscándoles...

—Es un verdadero saurisquio, un fytosauro como los que había en la Tierra hace cuatrocientos millones de años.

—Kruglov lo ha tomado bien. ¿No es así?

—Sí, coronel. Vaya un bichito... De cabeza a cola debía medir lo menos veinte metros. ¿Cuántos habrá dentro de este pantano?

—¿Usted qué opina, Vera? Es su especialidad.

—No puedo saberlo. Esos animales necesitan ingentes cantidades de plantas para alimentarse, pero a todas luces el pantano abunda en ellas. Puede que haya unos pocos y puede que sean docenas. Compréndanlo, en la Tierra hemos tenido que basamos en restos fósiles a menudo muy fragmentarios y en el estudio estratigráfico de los terrenos para sentar hipótesis absolutamente incomprobables. Esto es como retroceder a la Era Secundaria y tener ante los ojos, al alcance de la mano, todos los materiales de estudio en vivo.

Lo que en ella había de científico, y era al menos la mitad de su ser, estaba excitado al máximo ante la escena que acababa de vivir. Los demás no se sentían me nos excitados. Brandt dijo, dando voz al pensamiento de todos:

—El Tiempo Relativo... Somos científicos terrestres del siglo XXI, seres inteligentes abiertos al futuro, tripulamos grandes máquinas voladoras a través del Cosmos, manejamos ingenios electrónicos, dominamos la Física y la Mecánica... y todo ello nos ha servido para ir a caer de lleno en plena Edad de los Reptiles. Agobia...

Dos minutos después alcanzaban la orilla del pantano.

Por poco si no tuvieron otra catástrofe. Porque inesperadamente, de entre las densas vedijas de bruma y ante ellos emergió un farallón color de sangre seca, fantasmal y amenazador. Tuvieron que frenar a toda prisa y desviarse de su rumbo para no estrellarse contra él.

Los cinco cosmonautas se elevaron despacio, a distancia de unos cuatro o cinco metros del farallón, examinándolo.

—Arenisca pura... Miren esas grietas y bocas de cueva. Es una fractura colosal del terreno, o tal vez un hundimiento en bloque, formador del pantano...

Aquel murallón tenía entre setenta y ochenta metros de altura. Arriba, se extendía un denso bosque y el piso estaba cubierto por una no menos densa vegetación.

—Equisetos, helechos, licopodiáceas, cordiaitáceas... Lepidodendros, Calamites, Sigilarías, Walchias... Es extraordinario, increíble... Por favor, hemos de detenemos aquí arriba, tengo que inspeccionar de cerca toda esta flora...

—De acuerdo. Vamos, descenderemos en ese espacio despejado. Usted y el profesor Brandt pueden trabajar durante media hora, luego reanudaremos la inspección.

CAPÍTULO VII

—¿Cómo se siente, doctora?

Vera miró a Kruglov, que era quien le había hecho la pregunta.

—Imagíneselo, Yuri Andreievitch. ¿Cómo se sentiría usted si tuviera la oportunidad de ser el primero que en su especialidad profesional pudiera realizar algo hasta ahora considerado absolutamente imposible? Creía ser de nervios muy templados, pero me siento exactamente como el día en que me concedieron el Lenin de fin de carrera, o peor aún, como cuando por primera vez me dejaron realizar un experimento en la Facultad.

Era verdad. Tenía los nervios tan alterados que estaba consumiendo más oxígeno del prudente, y no era para menos. Encontrarse en Venus una flora y una fauna desaparecidas de la Tierra cientos de millones de años atrás, poder llevarse —si lograban salir de Venus— consigo muestras vivas de tal fauna y tal flora, ser el primer biólogo terrestre, la primera mujer del planeta, que tal cosa haría…

No sólo había recolectado un montón de muestras vegetales para estudiarlas a bordo tranquilamente, sino que también logró cazar una docena de ejemplares de la fauna de Venus. Una fauna evidentemente tan variada como lo fue la terrestre en la Era Secundaria y no toda compuesta por colosos…

Ayudada por Kruglov, Kuratchev y el propio Suvorov, había conseguido atrapar una docena de insectos diferentes, incluidos una enorme libélula de casi cuarenta centímetros de envergadura de alas, un animal feroz, carnívoro, tan temible dentro de su talla como pudiera serlo en la suya un dinosaurio, y un hermoso escarabajo verde, negro y de élitros plateados, de cinco centímetros de diámetro. De hecho, cada uno de aquellos insectos era un tesoro para un biólogo. Hubo que adormecerlos, inyectándoles narcótico con agujas especiales. La libélula resultó un problema, poseía unas mandíbulas enormes, capaces de taladrar el material de los trajes térmicos. Y aunque en la atmósfera venusiana no habría provocado automáticamente una catástrofe, mejor no tentar la suerte.

Brandt estaba también realizando hallazgos y recolectando materiales. Y lo mismo hacían los tres cosmonautas rusos, aunque siempre uno de ellos permanecía alerta a posibles peligros. El aire continuaba encalmado, el ambiente tranquilo, el silencio, ahora que no zumbaban los transportadores, resultaba denso, opresivo, De cuando en cuando, los cosmonautas escuchaban ruidos, chasquidos, cloqueos, rasgueos…, indicadores de vida animal abajo, en el pantano, allí, en el denso bosque. Aunque era menos densa la niebla que a ras del pantano, permanecía pegada al suelo y la visibilidad resultaba nula a treinta metros de distancia, el bosque, simplemente, era un enigma total.

De repente, Kuratchev, que se movía vigilando en semicírculo alrededor de sus compañeros, emitió una violenta interjección en ucraniano y saltó como picado por algo. Saltó con el mismo impulso que lo habría hecho en la Tierra, pero la gravedad de Venus era mucho menor, debido a la menor densidad del planeta —0’89 de la de la Tierra—, y, por tanto, su fuerza de atracción —0’86 de la terrestre —. Eso motivó que se elevara a unos dos metros de altura y fuese a caer tres metros más atrás, perdiendo el equilibrio y quedando sentado en postura un tanto ridícula. Los demás corrieron a su lado de inmediato.

—¿Qué sucede, Kuratchev?

—Un escorpión, coronel. Pero vaya escorpión… Ahí, junto a ese matorral.

Era un denso matorral de drepanofico, de metro y medio de altura. Suvorov y Kruglov se aproximaron a él con las debidas precauciones, mientras se incorporaba Kuratchev y Vera, así como Brandt, iban también a mirar.

—¡Tengan cuidado! ¡Es un megaescorpión!

Y tan megaescorpión. Del tamaño de una langosta terrestre y casi del mismo color, con un aguijón de cinco centímetros. Si la relación carga de veneno-tamaño estaba emparejada con la de los escorpiones terrestres, aquel animalito podría sin duda tumbar a un dinosaurio. Había sido irritado por Kuratchev, se movía ahora de un lado para otro enarcando la temible cola...

—¿Podríamos capturarlo, Igor?

—Lo intentaré. Kruglov, corte una de esas ramas.

Kruglov utilizó su cuchillo para seccionar uno de los leñosos tallos, terminados en un penacho de hojas apretadas, lo peló y aguzó uno de sus extremos. Tomándolo por el otro, Suvorov colocó al enfurecido megaescorpión con el vientre hacia arriba y, con sumo cuidado, mientras lo mantenía así, lo atravesó con su propio cuchillo. Hasta que el gran arácnido dejó de convulsionarse, no lo metieron en una de las bolsas de plástico, y aun así, Vera lo envolvió con el máximo cuidado.

—Bueno, aquí arriba ya hicimos buena caza. Sigamos, contornearemos la orilla del pantano hasta el punto donde encontramos a la bestia cornuda.

Volviendo a montar en los transportadores, los cosmonautas descendieron al pantano, pero manteniéndose a media altura del acantilado. Luego se encaminaron al este magnético. No podían utilizar casi ninguno de los instrumentos terrestres de orientación debido al enorme campo magnético de la atmósfera venusiana, a la alta radiactividad del suelo y la total imposibilidad de valerse del sol, o las constelaciones.

Como a dos kilómetros del punto donde lo abordaron, el murallón de arenisca comenzó a declinar, al tiempo que se alejaba hacia el noreste magnético. Casi inmediatamente, los cosmonautas se vieron delante de otra selva, todavía más densa que la anteriormente percibida sobre el farallón.

—¡Miren eso! —la voz de Vera volvió a sonar algo excitada—, ¡Es increíble!

—¿El qué?

—Esos árboles. Son protoaraucarias, o al menos de un género

muy parecido. En la Tierra aparecieron doscientos millones de años después que lo hicieran las más de las plantas y los semiarbustos arborescentes que hemos encontrado sobre el farallón, cuando ya éstos se habían extinguido. Pero aquí conviven.

—Bueno, Venus puede haber tenido sus propias leves evolutivas.

—De eso no caben dudas. Creo que Venus y la Tierra son planetas gemelos. El mayor alejamiento del nuestro con respecto al Sol le permitió acelerar su evolución física y biológica. Probablemente hace quinientos millones de años estaba tan cubierto de nubes y con parecida atmósfera que Venus ahora. He observado que persiste la elevada radiactividad. Ese farallón de arenisco tiene las mismas características que la arenisca roca del Triásico, y juraría que no hace ni un millón de años de su formación final. No podré comprobarlo hasta haber vuelto a la Tierra, pero apostaría a que no estoy equivocado. En cambio, la zona del pantano es característica del Carbonífero terrestre. Indudablemente existen muchas analogías entre la formación y subsiguiente evolución de Venus y la Tierra, pero también una amplia gama de diferencias, por otra parte lógicas, en cuanto al desarrollo de las etapas sucesivas.

—¡Fíjense en eso! Yo creí que las grandes coníferas del Altái y de la región del alto Yenisei eran los árboles más imponentes del mundo, pero estos gigantes los dejan chicos.

Gigantes vegetales, era la palabra. Arboles cuyos troncos medían, en algunos casos, probablemente entre cinco y seis metros de diámetro, que debían tener al menos una altura diez veces superior. Eran troncos lisos, oscuros, de rugosa corteza, separados por distancias que no excedían de quince metros ni bajaban de diez, como si los hubieran plantado titanes. Debido a la eterna niebla, perdíanse a la vista hacia lo alto, y el bosque, a ras de tierra, producía la impresión, por demás extraña, de una inmensa columnata de un palacio fantasmal habitado por colosos.

Los cosmonautas descendieron a irnos cinco metros del suelo, a la orilla del pantano, rastreándolo.

De repente, Kruglov gritó, excitado:

—¡Ahí delante, miren eso!

Otro de aquellos seres de pesadilla. Un lagarto de tal vez diez metros de longitud, pero con el dorso cubierto de placas óseas y tres cuernos del tamaño de los de un toro terrestre formando triángulo

sobre las narices, reptaba, saliendo del pantano, por entre las altas hierbas, los gigantescos helechos y los arbustos arborescentes. Kruglov tomó de él bastantes fotografías, volando a su alrededor mientras trataba de escabullirse, terminando por volverse al pantano y hundirse en su légamo.

—¡Atención! ¡Alta radiactividad!

Un campo de lodos negros, entre los que fluía, entrando en el pantano, una corriente de aguas también negras, al menos en apariencia, semicubierta por la vegetación de un verde monocromo. El contador señalaba veinte veces la radiactividad del pantano alrededor de la cosmonave. Mientras los demás manteníanse algo separados, pero muy alerta, Brandt descendió lentamente con su transportador, examinando el lodazal y la corriente de aguas negras y lentas que desembocaba en el pantano. Luego retrocedió a reunirse con los demás.

—Lodo radiactivo, pero no creo que la radiactividad provenga de aquí. Lo más seguro es que la arrastran esas aguas desde algún punto donde se producen fenómenos eruptivos continuos. Al ir depositándose el lodo en esta ribera, el índice de radiactividad se ha incrementado. Es peligroso permanecer expuestos a la misma por demasiado tiempo, nuestros trajes no son suficientemente protectores.

Aquella corriente era bastante ancha, de unos treinta metros. Pero muy pronto descubrieron que sólo era uno de los brazos del que, a no dudarlo, debía ser un río bastante importante, incluso teniendo en cuenta el régimen pluviométrico de la región. De hecho se encontraron con un delta de casi dos kilómetros de extensión, formado por una docena de canales entre los cuales había islas de lodo negro cubiertas por una densísima vegetación. Y también por una gran cantidad de reptiles de fantásticas formas y tamaños que iban desde el moderado, casi pequeño, de irnos lagartos verdosos de lengua trífida, velocísimos al ocultarse, hasta el gigantesco dinosaurio cornudo que ya vieran días atrás, en su primera salida. Durante acaso una hora, los cinco cosmonautas vivieron la más apasionante de las experiencias, pero, eso sí, sufriendo continuos sobresaltos porque aquellas bestias de los pantanos emergían de la vegetación, o el lodazal, o entre la niebla, a menudo inopinadamente, atraídas las mayores por el zumbido para ellas nuevo y desconocido de los transportadores. Ni una sola vez pudo Vera Oleskova descender al ras de aquel vivero de criaturas de pesadilla, porque no se lo permitió Suvorov.

Lo que sí hicieron fue remontar el delta de lodazales radiactivos

durante unos siete kilómetros, permaneciendo por encima de los canales para así volar con mayor desembarazo, dado que de las islas de lodo emergían gigantes vegetales de cuyas ocultas copas y ramas descendían lianas como boas, cadenas de plantas parásitas, raíces aéreas, formando un laberinto tan inextricable como peligroso del que, en ocasiones, surgían ruidos amedrentadores, signos evidentes de la presencia de bestias colosales. Por fin llegaron al punto donde el río unificaba sus brazos formando una corriente perezosa, ancha de doscientos metros más o menos, sembrada de pequeños islotes de lodo y en las orillas cubiertas por la vegetación de pantano. Allí, Suvorov ordenó retroceder y encaminarse a la cosmonave.

—Creo que todos tenemos ya un empacho de bestias antediluvianas y sobresaltos. Además, estamos terminando la provisión de oxígeno. Vamos a metemos por el bosque para cortar hacia la cosmonave. Si el paso entre los árboles se volviera arriesgado, trataremos de elevamos por encima de ellos. Ahora volaremos a distancias de dos metros unos de otros, en formación de triángulo. Usted, Vera, irá en el centro.

Era como volar a ciegas. De hecho, mantenían contacto con la cosmonave gracias al microradar electrónico acoplado al transportador del coronel. Suvorov se colocó en el vértice del triángulo, dirigiendo la maniobra, y Vera Oleskova en el centro de la formación de los cuatro hombres, con Kuratchev a su espalda. Así enfilaron al bosque enigmático y amedrentador.

CAPÍTULO VIII

Era como avanzar por el interior de una gigantesca catedral llena de niebla. Sólo distinguían los colosales troncos de los árboles, los flecos de lianas y plantas parásitas, que se mantenían inmóviles por la falta absoluta de viento. De vez en cuando, un ruido más o menos fuerte, de una criatura de la oscura selva que huía ante el para ella nuevo y, por tanto, atemorizado zumbido. Lo demás, silencio...

Avanzaban a seis kilómetros hora, para evitar una colisión contra cualquier árbol súbitamente brotado en su camino. Allí aún había mayor oscuridad, hasta el extremo de que no tardaron en tener que encender los faros de los transportadores. Luz homogénea, de un blanco intenso, que taladraba la masa de vapores, pero no por ello aumentaba gran cosa el campo de visión, aperas si de una decena de metros. Se movían semejantes a grandes pájaros nocturnos, aunque, según sus cálculos, quedaban más de tres horas de claridad diurna. Se movían en un mundo fantasmal, jamás conocido por el hombre de la Tierra..., y de ahí que sus sensaciones no se parecieran gran cosa a nada que en la Tierra pudieron sentir.

De repente, escucharon un seco chasquido, como de una gran rama rota, al frente y a la derecha. Inmediatamente, una serie de atemorizadores ruidos, y, como colofón, un bramido tal que casi les ensordeció. Vera sintió un repeluzno violento de pánico e incluso los bien templados militares no se pudieron zafar de él.

—¡Cuidado! ¡Viene por ahí!

Por allí venía, atraído sin duda por el zumbido de los transportadores y los faros eléctricos. Algo feroz, colosal, ignorado, y por lo mismo, más amedrentador. Tronchando a su paso todo cuanto se le oponía, menos los grandes árboles, con un ruido como el que produciría una manada de elefantes excitados a través de la floresta.

Y de pronto, le vieron. Vera gritó sin poderlo evitar, el propio Suvorov no dominó un juramento y oyó los de sus acompañantes.

—¡ Dioses!

—¡Atrás, rápidos! ¡Es un alosauro gigantesco!

Allí estaba. La bestia de bestias, el coloso asesino, el máximo carnicero, una criatura de pesadilla como otra no había peor. Inmenso, pareciéndolo aún más, enfurecido y a la vez desconcertado ante los cinco rayos luminosos que debían cegar sus ojos habituados a la eterna penumbra de Venus y el bosque.

Debía medir unos doce metros desde la cima de su horripilante cabezota al suelo, y no era su máxima longitud. Se apoyaba en dos patas traseras grandes como troncos de árboles, sólidamente encajadas en la pelvis. El diámetro de aquellas patas no bajaría de setenta centímetros entre la callosa rodilla, grande como un escudo de hoplita griego, y la zarpa tridáctila, cada uno de cuyos dedos era tan grueso como el cuerpo de un hombre esbelto, terminando en uñas corvas, negras. Aquellas zarpas se hundían bien medio metro en el blando, esponjoso suelo de la selva a cada paso de la gran bestia carnicera. En cambio, las patas delanteras no medirían más de dos metros y medio, a lo sumo. Terminaban en garras prensiles y talonadas, tridáctilas también, con uñas de cuarenta centímetros, corvas y sin duda tan afiladas como sables. El cráneo debía medir unos dos metros y pico, era ligeramente alargado, con su parte delantera más ahusada que la bóveda craneana propiamente dicha. Dos ojos de un brillo salvaje, verdiamarillos y fosforescentes, de unos diez centímetros de diámetro, aparecían colocados algo hacia la parte frontal, lo que debía darle una visión mucho mejor y más completa que la habitual en los saurios. No tenía apenas orejas y sus narices eran simplemente dos agujeros en la parte delantera del hocico. El cráneo propiamente dicho era mucho mayor, pero mucho, que el de los saurios herbívoros antes vistos por los cosmonautas y eso significaba que la gran bestia carnicera poseía mucha mayor inteligencia, cosa lógica, además. Desde la parte delantera, entre los ojos, se le encrespaba una larga cresta ósea en

forma de sierra, con dientes afilados que parecían alcanzar un tamaño máximo de treinta a cuarenta centímetros y le corría a lo largo de la espina dorsal hasta el enorme rabo, o cola, del que se servía sin duda más que nada para sostenerse en equilibrio ,obre sus patas traseras y atacar con las delanteras a sus presas, también para correr a una velocidad muy superior a la que podían lograr en tierra los mucho más pesados dinosaurios herbívoros. La boca, con todo, era lo más terrorífico. Así abierta, como podían verla los cosmonautas, debía tener, desde el hocico a la ligadura lateral carnosa, cerca de dos metros. Las mandíbulas estaban armadas de una doble fila de dientes que debían encajarse en alvéolos al cerrarlas. Cada uno de aquellos dientes mediría entre diez y quince centímetros y eran afilados como cuchillos. Una dentellada de la enorme bestia le permitiría arrancar varios quintales de carne c una de sus presas. Un ser humano sería en aquella boca algo así como un muslo de pollo para un gran comedor.

Cuando emitió un nuevo bramido pareció qué estallaban los tímpanos de los cosmonautas. Pero antes de que reanudara su agresivo avance, Suvorov aulló una orden por el micrófono de su casco:

—¡Atrás a veinte kilómetros! ¡Rápido!

No necesitaron que se lo repitiera. Los otros, como él, hicieron girar con seco viraje a los maniobrabilísimos transportadores y aceleraron, alejándose por entre los grandes árboles mientras a sus espaldas retemblaba un nuevo bramido del alosauro y éste se lanzaba en su persecución.

—¡Arriba, hay que salir de aquí! ¡Sígame, Vera!

—¡Nos va a dar caza!

—¡Suban, yo se lo impediré!

Kuratchev había echado mano a una de las granadas. Rápido, le quitó el seguro y se demoró adrede hasta que el alosauro estuvo a unos diez pasos. Entonces, con una increíble sangre fría, le tiró la granada a las fauces abiertas, que se la tragaron como un cocodrilo a una aceituna.

Diez segundos más tarde, un bramido horrísono indicó a los cosmonautas que la granada había estallado en el paladar del alosauro. Volviéndose, aún pudieron ver al gran carnicero derrumbarse entre convulsiones con la boca abierta y destrozada por la metralla. De ella salían brillantes ríos de sangre que se deslizaban por la convulsionada garganta, sobre la piel color gris-pardo. Yuri

Kruglov dio media vuelta y se puso a tomar fotografías del monstruo malherido con una fruición casi morbosa. Los demás quedáronse también mirándolo como fascinados, pues en verdad era un espectáculo capaz de revolver y trastocar el ánimo a cualquiera, clavándolo en el sitio.

Pero el alosauro, con todo y los tremendos destrozos en su boca, distaba mucho de estar herido de muerte. Lo demostró levantándose, con aquellos rugidos insoportables que en nada se parecían a los primeros por él emitidos y normales, en una reacción increíblemente veloz que estuvo en un tris de costarle un serio disgusto a Kruglov, al que falló un zarpazo por menos de dos metros. Vera llegó a creer que le alcanzaba y gritó angustiada, mientras los demás le gritaban también. Pero Kruglov no había perdido la sangre fría y se retiró velozmente, cumpliendo la orden de Suvorov. El alosauro, sin duda ciego de dolor y rabia asesina, intentó perseguir a aquellos insectos que habían sido capaces de causarle tanto daño. Era, a la vez, espantoso y fascinante verle arremeter contra los cosmonautas, mucho más ágiles en sus transportadores y pronto situados a una altura para sus tarascadas inalcanzable, mientras hacía retumbar la selva con sus espeluznantes bramidos y la sangre se le escapaba a cataratas por la destrozada bocaza, donde grandes brechas rojas aparecían sin varios de los temibles dientes.

Por fin, Suvorov dio la orden de dejarlo en paz y alejarse aprisa. Lo hicieron así y Vera pidió, con voz ronca, que no continuaran por dentro de la selva.

—Tratemos de remontamos por encima. Ya he tenido emociones más que sobradas para hoy.

Era la única mujer del equipo y, a la postre, ellos también las habían tenido. Suvorov ordenó remontarse a velocidad lenta, siguiéndole a él, y así lo hicieron.

No pudieron llegar muy lejos. Como a treinta metros sobre el suelo, las ramas de todos aquellos protoárboles se entrelazaban, formando una maraña inextricable de la que pendían enormes lianas, raíces aéreas, colgaduras de follaje, que eran otras trampas mortales para las pequeñas aspas de los transportadores. Resultó evidente la absoluta imposibilidad de atravesar aquella bóveda vegetal que varias horas después de terminada la lluvia continuaba destilando agua como en una ducha gigantesca, y tuvieron que resignarse a continuar por dentro de la selva. Los bramidos agónicos del alosauro seguían resonando en el silencio empavorecido; sin duda, las criaturas de la

selva y el pantano, habituadas a aquella voz del gran asesino y notando la diferencia de su tono, estaban quietas, aplastadas contra el humus fangoso, esperando que se alejara lo suficiente.

Por fortuna, no distaban los cosmonautas sino escasos tres kilómetros en línea recta de la cosmonave, y manteniéndose a unos diez metros sobre el suelo del bosque podían esquivar, a poca velocidad, todos los obstáculos traicioneros que salíanles al paso mientras avanzaban casi sin desviarse de rumbo. Así salieron, sin otro encuentro, al pantano, y poco después aparecía ante sus ojos, semejante a otro de los monstruos de Venus, la cosmonave.

Se había inclinado un par de grados hacia la horizontal en los últimos días, debido sin duda a que su peso hacía bascular al morro incrustado en el légamo. Suvorov ordenó a Vera y a Brandt que entraran en la nave, mientras él se quedaba con Kruglov y Kuratchev en el exterior, examinando la posición de la cosmonave. Le obedecieron ambos.

Una vez dentro. Vera se excusó con los muy excitados e interesados Jrazek y Malinine, que habían escuchado todas las incidencias del viaje y estaban ansiosos de información.

—Ha sido realmente tremendo. Excúsenme, estoy fatigada, voy a darme una ducha. El profesor Brandt puede contarles todo.

Más que fatigada estaba violentamente excitada por los acontecimientos. Dejando las muestras y demás material de investigación recogido, marchó a su compartimiento. Cada cosmonauta disponía de una litera personal, que se cerraba herméticamente con una compuerta de materia plástica transparente, para dormir. En atención a su sexo, ella disponía de una cabina personal cuyas paredes eran opacas. Allí podía cambiarse de ropa, también realizar su tocado. Se despojó del traje espacial, quedando desnuda totalmente, tomó una bata de piel sintética, esterilizada, envolviéndose en ella, y marchó a la ducha.

Sólo había una ducha para todos. Se utilizaba en ella un agua que volvía al depurador de líquidos, pudiendo ser usada incesantemente. Ahora que disponían de cantidades ilimitadas de agua, a la que naturalmente había que depurar para quitarle la radiactividad excesiva y todos los componentes peligrosos para el organismo humano, ya no había que tener cuidado en dosificar la de la ducha. Esta era una cabina de dos metros por metro y medio, con espejos a todo alrededor. El agua, cuya temperatura podía regularse a

voluntad, salía semipulverizada y mezclada con compuestos químicos estimulantes de la epidermis, que la dejaban sobremanera limpia con un gasto mínimo de líquido. Inmediatamente después de cerrada la ducha, un chorro de aire reseco hacía las veces de toalla. Uno salía de aquella cabina ágil y tonificado. Vera se entretuvo acaso diez minutos, en vez de los cinco usuales. Luego se envolvió en su bata y se dispuso a retomar a su cabina privada.

Apenas puso los pies fuera de la ducha descubrió a Klaus Brandt. Y le bastó una ojeada a su rostro para ponerse en guardia.

CAPÍTULO X

El había cerrado la compuerta de paso hacia la sala de descanso y la sala de mandos. Hacia atrás se encontraban la cámara principal de la nave, asiento y hogar de Dedushka, el supercerebro electrónico que durante el largo vuelo hasta Venus había realmente dirigido a la cosmonave, pero ahora allí no había nadie. Avanzó hacia la mujer con una expresión intensa en su hermoso rostro masculino, mientras le hablaba en tono bajo y ronco:

—Está arrebatadoramente hermosa…

—Y usted loco de remate, profesor Brandt. —Ella no se amilanó, pero se había puesto tensa—. Si se atreve a ponerme las manos encima, lo va a pagar muy caro, se lo advierto.

—¿Llamará al coronel en su ayuda? Entonces diré a todos que les sorprendí antes haciéndose el amor. Ya veremos qué pasa.

—Además de loco, es un canalla. No lo intente.

Pero Brandt lo intentó. Le empujaba el violento deseo de ella, también los celos y un verdadero amor. Cuando trató de sujetarla, Vera Oleskova se echó atrás y le amagó un golpe de judo.

No pudo acertarle, él también sabía métodos de defensa personal.

—Sea sensata, Vera. Nada ganaremos ninguno si provoca un escándalo. Yo la amo, deseo desposarla cuando retomemos a la Tierra…

—Yo no le amo, ni toleraré que me toque.

—Valgo tanto como Suvorov.

—Usted no vale nada, Brandt. Sólo es un miserable y un cobarde…

Era mala táctica para frenar a un hombre obsesionado y ciego de tan elementales y poderosos impulsos. Brandt no tardó en acorralarla. Gritar de nada serviría, estaban cerrados los micrófonos interiores, y el más cercano, al que trató de llegar en su retroceso, se encontraba a más de dos metros. Vera reaccionó apretando la boca, fieramente, al acoso imperioso de Brandt. Pero se encontraba en desventaja y él lo sabía. De un tirón le desnudó el busto, le atrapó las muñecas impidiéndole arañarlo y la pegó contra la pared, comenzando a besuquearla mientras ella, rabiosa, lo insultaba y trataba a su vez de morderle. Pero tal visión había excitado a Brandt… y las cosas comenzaron a ponerse feas para la mujer. Sólo había un hombre dentro de la nave que pudiera ayudarla.

Y precisamente en aquel momento, el doctor Jrazek interrumpió con su aparición la sorda lucha. Vera le vio abrir la compuerta de paso y entrar, detenerse en seco mirando hacia ellos con una expresión indefinible, y le gritó:

—¡Ayúdeme, doctor! ¡Se ha vuelto loco!

Su llamada pareció atravesar el ciego ímpetu erótico de Brandt, que giró la cabeza, y al descubrir al checo, soltó en alemán una ronca maldición. Al tiempo, aflojó su presión y Vera se aprovechó para empujarlo con toda su alma, tironeando para soltarse.

Por un momento, reinó un silencio muy difícil allí. La mujer, con la bata abierta y toda su magnífica belleza al descubierto, jadeaba, roja de coraje y excitación de lucha, uno de los hombres dividía su atención entre ella y el intruso, pálido, convulso y ˆsombrío; el otro parecía no poder apartar la vista de la desnuda perfección femenina. Notándolo, Vera se cubrió veloz con la bata, trémula, y dijo, mordiendo las palabras:

—Me ha atacado de un modo incalificable, como una bestia salaz.

—Es mentira. Le digo, Jrazek, que miente. Me había pedido que viniera a buscarla.

—¡Es usted un canalla y un cerdo, Brandt!

Con el mismo impulso encolerizado, Vera adelantó, alzó la mano y le dio una violenta bofetada. Brandt la recibió casi sin moverse y pareció que le hacía reaccionar. La miró de un modo terrible, luego respiró hondo, avanzó hacia Jrazek, lo apartó con un empellón y salió de allí.

Quedaron solos Vera y el médico. Este tenía una expresión rara, se remojó los labios con la lengua, luego j dijo, suave:

—Muy desagradable... Muy desagradable...

Ella le miró de soslayo. Estaba advirtiendo algo en Jrazek que aún le gustaba menos que la violenta y obcecada actitud de Brandt. Ya había recuperado en gran parte su sangre fría, terminó de acomodarse la bata y dijo, seca:

—Sí que lo es. Espero que no se vuelva a repetir.

—¿Va a contárselo al coronel Suvorov?

—No lo haré, para evitar una situación que a nadie iba a beneficiarnos. Le ruego que guarde silencio también.

—Sí, claro... Sería muy penoso...

Vera fue a meterse en su cabina y mientras se vestía, pensó que sería peor que penoso, peligroso. Un enfrentamiento entre Igor Suvorov y Klaus Brandt, por culpa suya, podía traer muy malas consecuencias en todos los sentidos. No hacía tanto tiempo que los rusos aceptaron firmar los Tratados de Investigación Conjunta Interplanetaria y llevar en sus cosmonaves a científicos de las otras confederaciones. Además, Brandt era alemán. Y aún quedaban ancianos en Rusia, también en Alemania, que recordaban los lejanos días de la guerra de Hitler. El hecho de que ahora Alemania sólo fuese una región autónoma en la Confederación Europea no restaría complicaciones si algo sucedía.

Se prometió no darle a Brandt una nueva oportunidad para acosarla y terminó de vestirse, saliendo de la cabina y encaminándose al puesto de mando de la cosmonave. Llegaba, cuando vio entrar a Suvorov, seguido por sus dos compañeros. El no pareció advertir nada

en su aspecto. Malinine, inmovilizado por su pierna rota, no se había enterado de nada. Jrazek tenía una expresión astuta y ambigua. Brandt no estaba allí.

Llegó más tarde y sin duda había tenido tiempo de reflexionar. Su cara aparecía pétrea, impasible, la mirada que le dirigió al pronto estaba llena de tensión, pero eso fue todo. Dijo que había realizado una primera comprobación de datos tomados allí fuera y habló de modo natural. Suvorov no les quitaba ojo a ambos y por un momento, Vera Oleskova temió que sospechara lo sucedido. Pero si algo recelaba, no le dio voz.

Más tarde, todos reunidos alrededor de la pequeña mesa de conferencias, cómodamente sentados en los sillones plásticos que se amoldaban suavemente a la posición del cuerpo, sosteniéndolo sin rigideces ni incomodidades, resumió los resultados de la expedición.

—Ahora ya sabemos que al menos una parte de Venus tiene las condiciones fisio-biológicas que debieron caracterizar en la Tierra la Edad de los Reptiles... Es evidente que nos encontramos en uno de los bordes de un amplio pantano, donde desagua un río de relativa importancia. Este pantano está poblado por criaturas muy semejantes, en su morfología, a los dinosaurios terrestres, y el tamaño de muchas de ellas las convierte en peligrosas no sólo para nosotros, sino para la cosmonave, inestablemente incrustada en el espeso légamo. Por tanto, debemos apresuramos a completar las reparaciones tanto en el interior como en el exterior de la cosmonave...

Fue lo que se hizo, con ritmo aún más acelerado. Mientras tanto, Vera tenía mucho trabajo que realizar y eso la llevó a medio olvidar el incidente con Brandt, que por su parte no intentó tenderle nuevas trampas, posiblemente a causa de que nunca ella le dio ocasión y los demás estaban muy a mano. Se había tornado más sombrío y eso por fuerza fue advertido. Suvorov, desde luego, lo notó, aunque nada dijera, ni siquiera en las ocasiones en que estaba solo con Vera. Ahora ella había recibido en cierto modo una lección. La conducta de Brandt fue como un espejo donde se vio a sí misma acosando, con muchas más ventajas, al hombre que la amaba, estaba casado y tenía la responsabilidad de aquella expedición. Se sintió culpable y despreciable, se juró no repetir sus maniobras, dejar en paz a Igor Suvorov. Cuando volvieran a la Tierra, entonces sería la ocasión, limpiamente...

El ritmo de la reparación de los circuitos de Dedushka llevaba un camino prometedor. El propio Dedushka cooperaba ya en ello con

sus indicaciones, permitiendo a los tres ingenieros de la tripulación hallar las averías que eran como otras tantas lesiones cerebrales en la complicadísima textura del ingenio cibernético, sin el cual no podrían nunca regresar a la Tierra. Igor se lo dijo así a Vera, mientras tomaban una taza de té.

—Hemos tenido mucha suerte. Dedushka quedará en perfectas condiciones dentro de diez días.

—Entonces, ¿podremos escapar de aquí?

—Ahora creo que sí. Y también puedo decirte que al principio abrigaba mis dudas.

—Hubiera sido tremendo tener que quedarse para siempre en este planeta, sin posibilidad de contactos con el nuestro...

—Sí, lo habría sido. ¿Cómo van tus trabajos?

—Viento en popa. He preparado a todos los animales que trajimos y llegarán a la Tierra en perfecto estado de conservación, varios de ellos con vida. Lamentablemente, no estaba preparada para esta experiencia, no trajimos nada, o casi nada, que pueda ahora serme útil. Pero creo que con este acopio de «testigos» dé la flora y la fauna venusianas, más los filmes, bastará y sobrará para convencer al más escéptico de la inmensa importancia de nuestro descubrimiento. ¿No crees que somos algo así como Colón y sus compañeros del siglo XXI?

—Yo espero que no nos convertiremos en los vikingos perdidos de Vinlandia. Sí, tienes razón, vamos a grabar nuestros nombres en la Historia.

—¿Y luego, Igor?

—Luego...

—Sabes muy bien a qué me refiero. No volveré a cometer estúpidos errores, pero una vez estemos de regreso... Te amo, Igor, con toda mi alma, deseo ser tu esposa. Y tú también me amas, sólo hay una solución.

—Lo sé. Pero antes deseo contárselo todo a Macha. Ha sido para mí una buena esposa durante doce largos años, le debo mucho, tenemos dos hijos... Tiene derecho a algo más que una torpe e hipócrita traición.

Así era Igor Suvorov, por eso, entre otras poderosas razones, ella lo amaba. Por eso no podía querer a otro hombre, aunque fuera tan inteligente, importante y físicamente atractivo como Klaus Brandt.

Había vuelto a llover tras una pausa que apenas si duró veinticuatro horas. Esta vez, hubo de entrada una tempestad eléctrica en las alturas, con tal intensidad que las mayores de la Tierra, resultaban chiquitas en comparación. La atmósfera exterior se sobrecargó de azufre y materias sulfurosas, el pantano, de repente, pareció ponerse a arder cuando el metano fue inflamado. Resultó una espectáculo sobrecogedor, que los cosmonautas pudieron contemplar en parte a través de los «ojos» de buey, en parte gracias a la microcámara de televisión en circuito cerrado, ya reparada, no apta para enviar imágenes a la Tierra desde luego, que habían acoplado al exterior. Luego, la lluvia llegó como una verdadera cortina de agua, borrando toda visibilidad, y en poco tiempo, el nivel del pantano ascendió más de un metro, poniendo en riesgo de inundación los propulsores de popa. Por suerte, los cosmonautas habían tomado ya sus precauciones y estaban listos los flotadores de emergencia. La cosmonave de setenta y dos toneladas de peso «terrestre», flotó como un arca de Noé sobre las negras aguas del pantano, y llevada por las negras aguas, derivó despacio hasta encajarse entre dos de aquellos árboles enormes. Allí quedó, ya a salvo y beneficiada por la inundación al haber sido liberada del abrazo del lodo. Cuando la tremenda lluvia remitió lentamente y las aguas retornaron no menos despacio a su primitivo nivel, gracias a bien medidas y nada fáciles maniobras efectuadas con impecable precisión, la cosmonave quedó tendida sobre el barro viscoso, en una zona de transición entre el bosque y el pantano, hundida casi un metro en el lodo, pero con sus toberas de escape de gases y, lo que era más importante, sus retro-propulsores de combustión nuclear, limpios de lodo.

Tuvieron visitas. Ya parecía raro que no hubiesen llegado antes. Vinieron una especie de diplodocus, unos lagartos-cocodrilos, una gigantesca serpiente de casi veinte metros de longitud y al menos uno de diámetro, con una horripilante cabeza cornuda... Criaturas de pesadilla, emergidas de la noche de los tiempos y que llegaban impulsadas por una mezcla de curiosidad irracional, irritación y miedo a enterarse de qué era aquella «cosa» plateada y más grande que ellos mismos, que no se movía. Para los cosmonautas tales visitas, a seguro dentro de la nave, constituían una excitante variación de las horas monótonas, también un motivo de estudio. De todos modos, cualquiera de aquellas enormes bestias se bastaba por sí sola para provocar averías en .los delicadísimos mecanismos interiores de la cosmonave y había que prevenirlo. Después de que un diplodocus se

entretuviera azotándola con su cola durante más de media hora, Suvorov y colocaron una red de cables conductores que fue conectada luego al reactor. A la siguiente visita, el diplodocus se llevó una desagradable impresión, cuando una descarga de diez mil voltios, aumentada por el cargamento eléctrico de la atmósfera, casi lo coció vivo...

Por lo demás, la vida a bordo era una continuidad exacta de la que los cosmonautas habían llevado durante su viaje desde la Tierra. Y todos trabajaban con el pensamiento puesto allí, precisamente; en la Tierra, tan lejana y tan inaccesible ahora...

CAPÍTULO X

Dos semanas justas después de su caída en Venus, Suvorov, Kruglov, Kuratchev, Brandt y Jrazek partieron a una nueva exploración. Vera Oleskova se quedó en la nave con Malinine. Aún tenía trabajo y obtuvo la promesa de recibir un nuevo lote de material de estudio. Jrazek era experto, a más de en Medicina Espacial, en Zoología y Herpetología.

Esta vez, los cosmonautas encamináronse hacia el sur magnético. Llovía, pero era una lluvia «terrestre», decididamente soportable y con tendencia a escampar, según las observaciones meteorológicas tomadas previamente a la expedición. Ahora la inmensa mayoría de los aparatos averiados a bordo estaban reparados y en funcionamiento, sólo restaban unos pocos arreglos, cortar las barras de sustentación de los laboratorios cilíndricos laterales después de rescatar de ellos y trasladar al cuerpo principal todo el instrumental recuperable o simplemente necesario, soldar debidamente los cortes y cerrar las compuertas de paso de los brazos al interior del fuselaje... En otros ocho o diez días asunto concluido, después realizarían una prueba de motores, y finalmente, lo intentarían. El regreso...

De ahí que, habiéndose anticipado las reparaciones al cálculo de tiempo, Suvorov decidiera intensificar al máximo posible las exploraciones del territorio circundante. La averiada cosmonave no contaba con instrumental ni medios adecuados para una exploración

intensiva, no podía tampoco transportar a la Tierra animales vivos, por ejemplo, ni siquiera en hibernación. Para eso se necesitaba una instalación, una capacidad de carga distintas y superiores. Ya, por la fuerza de los hechos y las circunstancias, ellos estaban jugándose no sólo su propia vida, sino la de la Humanidad entera, al haber entrado en contacto directo con el mundo venusiano, tan diferente al terrestre actual. Ahora mismo podían hallarse incubando virus, enfermedades, gérmenes, mucho peores para la especie humana, para la vida terrestre, que lo fueran la peste negra del Medievo y otras calamidades parecidas.

Sin embargo, Jrazek se mostraba relativamente optimista al respecto. Y la verdad era que ellos no acusaban molestia de ninguna clase. La asepsia era la máxima posible en tales condiciones; salían al exterior después de tomar todas las precauciones, al retomar se «desinfectaban». El agua que ahora utilizaban en abundancia, había sido previamente esterilizada de toda suerte de posibles gérmenes y virus, además de limpiada de cuantos elementos nocivos, químicamente hablando, para el ser humano existían en ella. Quedaba un agua «limpia» al cien por ciento, totalmente potable, que era enriquecida con compuestos químicos para hacerla semejarse a la terrestre.

De todos modos, a su llegada a la estación espacial en órbita lunar deberían someterse a un largo y complicado reconocimiento. Luego pasarían al Campo Lunar número Tres, en el cráter de Aristarco, para una cuarentena especial. No verían la Tierra hasta tanto no existiese absoluta seguridad de que no trajeron de Venus ningún tipo de contaminación perniciosa para la salud y el equilibrio de la Naturaleza terrestre. Claro que cuando la pisaran, lo iban a hacer como los héroes más grandes de la Humanidad desde los días de Colón…

Por el momento, aún se encontraban en Venus. Y bajo la densa, mansa, caliente lluvia de Venus volaron a diez metros sobre el nivel del pantano con dirección al Sur, en escuadrilla, alerta a la aparición de criaturas de aspecto más o menos terrorífico, más o menos colosal. Ahora, cuatro de ellos estaban ya curados de espanto, habituados incluso la súbita aparición de uno de aquellos gigantescos diplodocus justo debajo de ellos no les alteró los nervios más que lo habría hecho en un safari terrestre la aparición de un elefante. Jrazek, en cambio, no tenía nervios tan templados y faltó poco para que, en una falsa y sobresaltada maniobra, se fuera al pantano de cabeza, con las consecuencias previsibles. Suvorov le ordenó colocarse en el centro del grupo, para evitar que aquello volviera a repetirse.

Aquel pantano parecía no tener fin hacia el sur. Como no podían ni querían ir a la máxima velocidad, manteniendo una de doce kilómetros hora, la monotonía del avance entre lluvia y vapores algodonosos, envueltos en aquella luminosidad tristona, gris, pronto las resultó agobiante.

—Esto parece no tener fin...

—Sólo hemos avanzado quince kilómetros. En la Tierra, en la propia Rusia, tenemos pantanos diez veces mayores.

Aquél no lo era tanto. Dos kilómetros escasos más adelante alcanzaron la orilla opuesta. Como la que ya conocían, era baja y la densa selva alzábase oscura e inextricable, sin duda guarida de pavorosos reptiles, ante ellos.

Decidieron seguir hacia el este magnético, para retornar a la cosmonave contorneando el gran pantano. Y no habrían avanzado ni tres kilómetros cuando dieron con la desembocadura del mismo, o mejor dicho, la corriente del río que lo cruzaba.

Aquí era mucho mayor, con cerca de cuatrocientos metros de anchura y negras aguas lentas encaminándose hacia el Sureste. De repente, descubrieron a otra de aquellas increíbles criaturas de Venus.

Nadaba como a cien metros de la orilla derecha. Debido a la niebla vaporosa resultaba imposible calcular su longitud total, dado que la parte posterior hallábase bajo el agua. Podría describírsele como una serpiente injertada en un cetáceo. El cuello no mediría menos de diez metros de longitud, terminado en una cabeza fusiforme, de poco más de medio metro, dos tercios mandíbulas cubiertas por tres filas de afilados dientes no demasiado grandes. Los ojos eran dos ranuras oblicuas, dejando ver unas pupilas verdinegras y crueles. Aquella cabeza se movió a increíble velocidad sobre aquel cuello serpentino, disparándose hacia los cosmonautas, que tuvieron el tiempo justo para dispersarse como una escuadrilla de cazas sorprendida por súbito fuego antiaéreo. Desde distancia prudencial, Kruglov tomó fotografías de la bestia acuática, que continuaba realizando inútiles intentonas para atraparles, mientras emitía un bronco y salvaje pitido que recordaba al de los gansos salvajes del Ártico, pero en un volumen veinte o treinta veces mayor, que hería los tímpanos como el aullido de una sirena a toda potencia.

—¡Miren eso! ¡Tiene aletas de lo menos cuatro metros!

—Es casi un elasmosauro terrestre del jurásico superior, sólo que

algo mayor de los allí conocidos.

—¿Los elasmosauros no eran plesiosauros, o sea, animales marinos?

—Eso es lo que se supone, sí. Sin duda ese tipo de criaturas acuáticas debe alimentarse de peces. Observen la boca y la cabeza, también sus inútiles tarascadas. Dentro de ese cerebro no debe haber más que un ganglio nervioso regulador del aparato óptico y el movimiento de las mandíbulas y el cuello. Esa cabeza sólo es una máquina de atrapar, rasgar y deglutir...

Dejaron al elasmosauro golpeando las aguas del río negro en el paroxismo de su inútil furor. Suvorov había concebido una idea.

—Sigamos la corriente durante diez o quince kilómetros. Es muy posible que nos encontremos a corta distancia del mar o de un gran lago.

Su corazonada demostró ser cierta unos ocho kilómetros más adelante. Allí, el ancho río, se vertía en un mar de un color verdinegro, con reflejos plomizos, sin espumas en las crestas del oleaje que, de hecho, sólo eran enormes y tranquilos lomos deslizantes bajo el eterno telón de vapor de agua. La costa estaba formada en cambio por arenas de deslumbradora blancura, en una faja cuya anchura oscilaba entre los veinte y los cincuenta metros, hasta la selva. El mar de Venus...

Descendieron casi a ras de la playa, examinándola cuidadosamente antes de decidirse a poner en ella los pies.

—Tiene arenas limpias, de tipo silíceo. Son compactas al parecer.

—Y están bien pobladas...

Lo estaba. Cangrejos enormes, con caparazones de treinta centímetros y patas articuladas de medio metro, por lo demás, muy semejantes a los terrestres, pululaban sobre las blancas arenas. Algunos de ellos eran peludos, repulsivos. Vieron irse al agua una tortuga, cuya concha debía medir irnos tres metros de diámetro, pero que era idéntica a las tortugas laúd terrestres. Sin duda venía de desovar. Había una línea casi continua, una franja como de dos metros de ancha, formada por increíble acumulación de caparazones, conchas... de todos los tamaños, como a un metro del punto máximo que lamían unas olas verde intenso con pequeños flecos de espuma.

Por lo demás, la bruma algodonosa parecía ser allí menos compacta, o al menos permitía un poco más de visibilidad, no gran cosa, como hasta treinta metros, con todo suficiente para prevenir el ataque súbito de cualquier bestia peligrosa.

—No hay radiactividad apenas en estas arenas —dijo Brandt, luego de comprobarla—. Eso confirma mi teoría; la carga radiactiva del planeta no se diferencia excesivamente de la terrestre, el hecho de que en Venus sea superior se debe exclusivamente a que la densa capa de nubes que cubre el planeta retiene y cataliza mucho mejor los rayos cósmicos...

—Tenemos que tratar de recolectar una cantidad de restos de esos que se amontonan en la playa. Pero esos cangrejos gigantes me da la impresión de que son bastante agresivos.

Puede apostar a que serán tan voraces y carnívoros como sus congéneres terrestres. Necesitaríamos algo para alejarlos, palos...

¿Se ha fijado bien en ellos, profesor? Juraría que pueden cortar un palo de cinco centímetros con esas negras pinzas tan fácilmente como si fuera un junco. Incluso una varilla de acero sería de poco valor.

—Tenemos las pistolas de láser. Pero me parece excesivo malgastar las cargas con esos bichos asquerosos.

—No olvide que la carne de sus congéneres terrestres es exquisita y sumamente nutritiva, coronel. Podemos matar a uno...

—Y usted se comerá su carne.

Suvorov eligió uno de los mayores y más feos adrede; apuntándole con la pistola, le disparó una descarga. El gigantesco crustáceo emitió un extraño ruido, una especie de chirrido muy áspero, y súbitamente se volvió azul. Sus largas patas articuladas terminadas en uñas negras, moviéronse espasmódicamente, luego se quedó inmóvil. Y de inmediato, una veintena de congéneres se le vinieron encima, con una siniestra algarabía de crujidos chirridos...

—¡Vámonos de aquí! Esto es mucho peor que un dinosaurio.

En efecto, lo era. Resultaba repugnante, provocaba náuseas aquel súbito pulular de enormes cangrejos voraces, luchando por darse un banquete con su compañero recién muerto. Los cosmonautas alejáronse un poco, y descubriendo a cierta distancia otro cangrejo

aparentemente solitario, le dieron muerte, recogiéndolo y atándolo con hilo de nilón estéril al transportador de Jrazek. El crustáceo pesaba lo suyo, unos tres kilos largos de Venus.

Utilizando unas pinzas recogedoras al extremo de un largo brazo metálico, Jrazek acopió una razonable cantidad de conchas y osamentas cálcicas. Por su parte, Brandt recogió un poco de arena y también algunos guijarros, por cierto la única nota de color vista hasta entonces, ya que los había negros, rojos, ocres, veteados, destacándose limpiamente sobre la blancura mate de la arena.

Kruglov y Kuratchev siguieron la clarísima huella dejada por la tortuga gigante. Salía de la playa propiamente dicha, internándose en una zona de montículos cubiertos por densa vegetación. De repente vieron escapar dos relámpagos rojizos ante ellos.

—¡Mira eso, Yuri!

—¡Ya lo veo! ¡Parecen faisanes, diablos!

Eran pequeños dinosaurios depredadores, no mayores de setenta centímetros, ligeros como ardillas y que, probablemente, se alimentaban de huevos. Lo comprobaron al ver excavada la masa de arena y fango con que la gran tortuga marina había cubierto su puesta. Dos o tres de aquellos huevos, grandes como los del avestruz, habían sido rotos y su contenido se desparramaba, blancoamarillento, al haberse visto sorprendidos los pequeños dinosaurios, mientras los devoraban.

Mientras Kruglov, tras tomar una vista del nido, manteniéndose en guardia, Kuratchev, que era un goloso y un tragón, hizo acopio de huevos. Media docena exactamente, ya que su peso y su tamaño no daban posibilidades de cargar más en el transportador. Luego retornaron, ufanos, con su botín junto a los demás.

—¡Me parece que hoy podremos variar nuestra minuta con huevos frescos de tortuga!

CAPÍTULO XI

Huevos frescos de tortuga venusiana, carne de cangrejo venusiano... Jrazek puso su dosis de acíbar en el entusiasmo gastronómico de Kuratchev.

—Tendremos que comprobar previamente si son comestibles. La carne del cangrejo puede ser tóxica, la yema de los huevos estar sobrecargada de radiactividad. Y sólo son dos de las posibilidades peligrosas.

—¡Al diablo con usted, Jrazek! ¿Es que siempre tiene que ver el lado negro de todas las cosas?

Jrazek y Kuratchev se enzarzaron en una viva disputa, mientras los demás contemplábanles divertidos, sin por eso perder de vista los alrededores. Al parecer, los cangrejos no se atrevían a acercárseles, acaso por temor a su tamaño, o al zumbido monótono de los transportadores. Veíaseles pulular como un ejército de enormes arañas vellosas, pero sin acercarse a más de tres o cuatro metros de distancia. Eso les permitió comprobar que aparte ellos y las tortugas, la playa tenía otros moradores. Gusanos largos de diez centímetros, unos pulgones grandes como aceitunas, que saltaban incesantemente, golpeándose contra las perneras de los trajes térmicos; arañas de ocho patas y casi diez centímetros de envergadura... A todas luces, Venus era cualquier cosa menos un planeta estéril y deshabitado. Capturaron un par de pulgones, media docena de aquellos gusanos y una de las repulsivas arañas, siempre con las máximas precauciones, utilizando las pinzas articuladas y guardándolos en las bolsas de materia plástica especial, que poseían una extraordinaria resistencia a pinzas y mandíbulas. En eso estaban cuando oyeron aproximarse a otro de los gigantes de Venus.

—¡Escuchen!

Era como un retemblar de la arena, interminable. Rápidos, los cosmonautas montaron en los transportadores, poniéndolos en

marcha. Sin embargo, se mantuvieron junto al suelo, mientras veían el revuelo de los cangrejos.

—¡Fíjense! ¡Los cangrejos huyen de eso que llega!

—Y nosotros también vamos a escapar aprisa. ¡Miren ahí!

Entre la bruma gris y la suave cortina de lluvia estaba destacándose una mole inmensa en movimientos, la productora de aquellos golpes sordos y rítmicos. Luego, allí arriba, a la altura de las ventanas de un cuarto piso de un edificio terrestre, apareció una cabezota negra, con dos protuberancias nasales en el hocico y otras mayores en la parte alta de la misma, donde estaban encajados unos ojos brillantes y negros, rodeados de un cerco amarillento. Aquella cabeza, que debía medir tal vez setenta y cinco u ochenta centímetros de longitud máxima, con todo no era sino la prolongación terminal de un cuello colosal, que se curvaba desapareciendo entre la bruma para unirse, como a unos diez metros del suelo, con un corpachón tan grande como un edificio. Y aquella colosal criatura venía derecha hacia los cosmonautas, sin duda atraída por el zumbido de los transportadores. Sólo que su avance era pesado y torpe, muy lento.

—¡Arriba, aprisa!

No se lo hicieron de rogar. Miraban fascinados al coloso, que a su vez, contemplábales con una expresión entre irritada y estúpida, meneando la fea cabezota y abriendo la boca, mostrando las grandes muelas que cubrían sus mandíbulas y el paladar, de un color rosa morado.

—Es un brontosauro. Bueno, semejante en sus características morfológicas a los brontosauros terrestres de la Era Secundaria. Pero éste debe medir unos cuarenta metros y pesar unas cien toneladas terrestres...

Ni más, ni menos. Cuarenta metros desde el hocico a la punta de la cola, diez desde la cruz pelvio dorsal al suelo, patas traseras de un diámetro de casi un metro, el abdomen a cuatro metros del suelo... Más de cien toneladas de carne, sangre, músculos y huesos moviéndose pesadamente en busca de comida, sin duda. Aquella cabeza, tan ridículamente pequeña en comparación con el tamaño total de la bestia, no debía poder detenerse apenas en su tarea de masticar y deglutir. Cada vez que una de las patas del brontosauro se alzaba para adelantar y golpeaba la arena, dejaba en ella una huella de casi medio metro de profundidad. Cuando el coloso penetrara en

terrenos pantanosos, o blandos, sin duda quedaría atascado en el barro. Entonces resultaría fácil presa de los alosauros y otros grandes carniceros, pero un golpe de aquella cola de quince metros de longitud debería ser capaz de destrozar incluso a un alosauro...

El coloso no tenía cerebro. Permitió que los cosmonautas lo examinaran a su placer, mientras seguía adelante, hasta meterse en el mar y allí quedó flotando a cosa de cien metros de la orilla, quizá tocando el fondo con las patazas. Su cabezota se inclinó despacio y desapareció en el agua, para resurgir trayendo entre las fauces una carga de algas de un color entre cobre y verde, que se puso a devorar con fruición.

Dejando al brontosauro dedicado a la tarea de alimentarse, los cosmonautas se alejaron hacia el río, cruzándolo por su desembocadura y continuando por la playa, de idénticas características. Jrazek hablaba con tono doctoral, que mal disimulaba su excitación.

—No caben dudas acerca de que Venus y la Tierra han seguido un desarrollo general idéntico, con variantes más bien ligeras. Todos estos animales, o formas muy semejantes a las suyas, existieron en nuestro planeta hace cien, doscientos o trescientos millones de años. Aquí parece como si existiera una mezcla de formas y familias que en la Tierra no creemos fueran coincidentes en el tiempo, pero eso puede, a la postre, ser ilusorio, dado que sólo poseemos información fósil, por así decirlo, muy fragmentaria y a menudo difícil de clasificar, cuanto más de comprender, con respecto a las antiguas edades geológicas terrestres, sin contar que la mayoría de las tierras, entonces emergidas, hoy están en el fondo de los mares. Por otro lado, la mayor envergadura relativa de estos dinosauros venusianos con respecto a sus congéneres terrestres tal vez pueda explicarse por el hecho de que, dadas las menores masa y fuerza de gravedad de Venus, aquí les sea posible soportar una mayor presión atmosférica...

Le dejaron perorar. Suvorov y Kruglov iban delante, alerta y tomando buena nota de todo cuanto surgía ante sus ojos, el segundo tomando casi continuamente vistas del terreno, de cualquier detalle importante o más curioso que lo «normal»... Kuratchev iba pensando en una gigantesca tortilla de huevos de tortuga y un apetitoso guiso de cangrejo, sin duda. Brandt pensaba en Vera Oleskova.

En vista de que la costa parecía continuar ilimitadamente hacia el Este, Suvorov ordenó desviarse en busca del río y luego alcanzar el pantano. Lo hicieron así, manteniendo idénticas precauciones, y

finalmente llegaron a la cosmonave, sin otros encuentros que los que ya podían ser considerados «normales».ˆ

Vera les acogió con un ansioso interés por el botín que traían y por toda la información que habían recogido. Brandt y Jrazek se llevaron el cangrejo y los huevos de tortuga para realizar con ellos una serie de pruebas de laboratorio conducentes a comprobar su innocuidad y posibilidades alimenticias. En realidad, ella, Vera Oleskova, debía habérseles reunido, pero evitó hacerlo porque sentía recelo muy fundado a quedarse sola con el alemán y últimamente una vaga repulsión hacia el checo. Se hizo, pues, la remolona colocando lo traído por la expedición en recipientes esterilizados especiales por ella misma fabricados últimamente para tales efectos. Se dio cuenta de que Suvorov notaba su actitud, pero él nada dijo, tampoco.

Cuando Brandt y Jrazek quedaron solos en el laboratorio de la nave, pusieron de inmediato manos a la obra. Resultó fácil comprobar el índice de radiactividad que contenían los huevos y la carne del cangrejo. Era, aproximadamente, el triple y casi el cuádruple del máximo tolerable por el organismo humano en sus alimentos.

—Se podrán comer, una vez bombardeados con neutrinos y sometidos luego a un lavado con partículas ionizadas...

—Sí. Será mucho más fácil que acostarse con la doctora Oleskova.

Brandt se sobresaltó visiblemente y se volvió veloz, con un fruncimiento de su frente y una mirada llena de cosas.

—¿A qué viene eso, doctor Jrazek?

Una sonrisa ambigua entreabrió los labios de Jrazek. También había muchas cosas en sus ojos.

—He estado esperando esta oportunidad para hablarle, Brandt. Usted está loco por la belleza de la doctora Oleskova y yo también. Después de verla el otro día... —se pasó de modo significativo la lengua por los labios—. Tengo un plan para que consigamos nuestros deseos.

Brandt estaba rígido, pálido y en guardia.

—¿Consigamos?

—Seamos sinceros, amigo mío. Usted solo no tiene ninguna

posibilidad, necesita una ayuda. Y yo puedo dársela, pero, naturalmente, a cambio de mi parte en este asunto.

Siguió hablando con tono persuasivo, la expresión mefistofélica, al arrogante alemán, que le escuchaba del mismo modo que Fausto escucharía a Mefistófeles...

Vera estaba colocando cuidadosamente los largos gusanos venusianos en uno de los estuches, cuando Suvorov llegóse a su espalda. Durante unos instantes permaneció callado allí, contemplando su tarea, luego dijo en tono bajo y lento:

—¿Qué ha ocurrido con el profesor Brandt, Vera?

Volviéndose despacio, ella lo afrontó.

—Nada que tenga importancia, Igorushka —repuso, dándole el dulce diminutivo familiar. Pero sabía que él no iba a conformarse con tal respuesta.

—Os vengo observando desde hace días. Te mira cuando cree no ser observado, lo mismo que un ladrón miraría a una joya de precio. Y tú lo rehúyes cuidadosamente. Ahora mismo deberías estar con él y con Jrazek en el laboratorio.

—Tal vez sean figuraciones tuyas.

—No lo son. Vera, soy el comandante de esta expedición, necesito conocer cuanto pueda resultar grave, importante, peligroso para su buen fin, máxime en nuestras presentes circunstancias. Ya ves que evito mencionar mis sentimientos de hombre. Es el comandante de la expedición quien te pregunta.

—De acuerdo, a él le contestaré. Brandt me acechó el otro día cuando salía de ducharme, se me vino encima. Yo llevaba una bata, vosotros os hallabais fuera, examinando los desperfectos exteriores. Me amenazó con, si pedía ayuda, decir que lo había incitado adrede y provocar una explosión general en todos, afirmando que antes nos había sorprendido a ti y a mí haciendo el amor.

—Canalla...

Se habían hinchado las venas del cuello y sienes del coronel, pero sobre todo, había palidecido. Vera le puso una mano en el brazo, añadiendo:

—Cálmate. Nada ocurrió por la oportuna aparición del doctor Jrazek. Brandt no es demasiado responsable, no le ha hecho efecto el tratamiento adecuado, eso es todo. Debemos pensar en ello fríamente, Igor, no desquiciar las cosas. Carece de tus frenos morales, no es comandante de la nave y tampoco está casado. Como biólogo y como mujer atractiva sé muy bien lo que son estas cosas, muy especialmente, cuando el individuo siente en peligro la supervivencia de la especie. Yo misma he pasado por ese trance, recuerda cómo te incité. Si por desgracia debiéramos quedamos en Venus, perdida la esperanza de volver a la Tierra, inevitablemente deberíamos convertimos, nos gustara o no a nosotros dos, en un grupo poliándrico, conmigo como única representante hembra de la especie, la única capacitada para dar vida a una segunda generación. Aquí, tú lo sabes, de nada nos valen los tabúes y las normas terrestres...

Igor Suvorov la escuchaba reconcentrado y algo pálido, pero ya sereno. Sabía que Vera Oleskova tenía razón, toda la razón. Pero él era un hombre de la Tierra y sentía como tal. El amor contra el deber, el hombre contra el científico... Un duro dilema, en cualquier parte.

CAPÍTULO XII

Hubo que esperar a uno de los breves períodos sin verdadera lluvia para cortar el averiado brazo metálico que unía el fuselaje principal con una de las esferas laterales. Sólo disponían de dos sopletes de láser con la suficiente potencia y había que prevenirse contra la llegada de visitantes peligrosos. Por tumo, los hombres se pusieron a la tarea. Mientras dos de ellos trabajaban, los otros dos, armados con rifles y granadas de mano, manteníanse alerta, utilizando al máximo las posibilidades de un pequeño detector construido por Suvorov y Brandt conjuntamente, y que les permitía conocer la presencia de animales de peso y masa superiores a los de un hombre a una distancia de un kilómetro. Naturalmente, la pantalla del aparato estaba casi siempre ocupada por los signos indicadores, pero pocas veces ninguno de los tales animales se acercó a distancia de peligro, lo cual significaba que permanecían invisibles al otro lado de la bruma gris, eterna. De hecho, los sopletes no producían mido apenas al cortar el metal especial de que estaba construida la astronave, aunque sí una viva llama azul blanca, cegadora.

Tan sólo una vez tuvieron que verse en peligro. Se trataba de uno de los más antiguos conocidos suyos, precisamente un miembro —si no era el mismo— de la especie de aquel que les provocó el primer gran susto cuando salieron por vez primera a comprobar los desperfectos exteriores. Llegó anunciándose con sus horrísonos bramidos y resultó ser una bestia torpe, agresiva. Desde luego, contra ella de nada servían los proyectiles normales. Una corta ráfaga de

proyectiles explosivos, en cambio, le abrió agujeros impresionantes en el pecho y el flanco, haciéndole dar media vuelta y alejarse bramando de dolor y arrollando la vegetación en su huida.

Había que tener cuidado con criaturas del pantano no tan grandes, pero quizá más peligrosas. Escorpiones como el que cazaron una vez, libélulas enormes de mandíbulas acorazadas, serpientes que aún conservaban sus patas, diminutas y casi atrofiadas, lagartos semiacorazados de dientes cónicos... El pantano bullía de vida y aquella vida se sostenía en perpetuo combate por la supervivencia. Dé día y de noche, los instrumentos de a bordo localizaban enormes criaturas errabundas, cuyos ecos se entremezclaban sin cesar, transmitían bramidos, aullidos, trompetazos..., ruidos de animales en feroz lucha por la subsistencia. El bosque era quien más ruidos transmitía, el pantano era casi silencioso...

Cuando se presentó una de las colosales tempestades eléctricas que estallaban súbitamente, incendiando la atmósfera a centenares, o miles de metros sobre la superficie del planeta y seguidas de inmediato por cataratas de agua densa, los cosmonautas casi habían cortado el brazo estropeado. Se encerraron en la nave y soportaron cuatro horas de continuo retemblar de tierra y atmósfera. Dos veces, al menos, sendas exhalaciones cayeron encima de la cosmonave, cuya masa metálica debía atraerlas. Pero con Dedushka completamente reparado, el circuito magnético protector, formaba un escudo reflectante muy eficaz y la descarga eléctrica salía rechazada, yendo a hundirse en el pantano, sin dañar la superestructura o el casco de la nave.

Después volvió el diluvio, cinco días con sus noches, tanta agua como parecía imposible que pudiera caer de lo alto. Era como encontrarse justo debajo de la cascada principal del Niágara, de nada servían los instrumentos ni mucho menos tratar de ver por los «ojos» de buey. Gracias a su perfecto entrenamiento, los cosmonautas podían soportar aquel machaconeo continuo del agua contra la nave sin que sus nervios terminaran por estallar. Tenían trabajo en abundancia y a él se dedicaban, o bien reuníanse, para comer y discutir sus posibilidades de escapar de Venus, contrastar sus observaciones y descubrimientos sobre el planeta, su flora y fauna, sacar conclusiones e hipótesis...

—En mi opinión, geológicamente no existe gran diferencia entre Venus y la Tierra, debieron formarse al mismo tiempo que el Sol y de la misma nube de elementos primigenios se condensaron con diferentes velocidades de tiempo, debido únicamente a su distinto

alejamiento de la masa solar combinado con la diferencia de sus propias masas, sus distintos ritmos de velocidad de rotación... La superficie de Venus en la actualidad, probablemente, está compuesta por mares muy amplios, someros en grandes extensiones, y tierras bajas, arrasadas por la continua erosión de las lluvias eternas...

—Sabemos que nuestros aparatos Han detectado al menos un seísmo, profesor, con la escala cinco y media de Mercalli y epicentro a unos dos mil kilómetros hacia el oeste magnético. Eso más bien indica un orogenismo activo.

—Se puede pensar que todo es probable. Por desgracia, esta eterna niebla de sauna a ras del suelo, no permite perfiles ni horizontes, pero los datos de nuestras expediciones antecesoras señalaron concretamente un océano y un desierto. En mi opinión, debe haber en Venus, como en la Tierra, áreas montañosas y áreas desérticas...

—Debe llover de modo parecido en toda la superficie del planeta...

—¿Por qué? En la Tierra no lo hace. Sí, ya sé, no son válidos los datos terrestres para Venus, de acuerdo. Pero los geólogos afirman que en la Era Secundaria no sólo había selvas pantanosas y cálidas en la Tierra, sino también desiertos de escasa o ninguna vegetación, grandes acumulaciones de rocas estériles primigenias...

Sí, había mucho que hacer y que discutir. También una carga de electricidad emocional, que al menos cuatro de los siete cosmonautas, percibían.

Suvorov había cogido en un aparte a Brandt. Lo hizo en la gran sala de Dedushka, cuando ambos, en compañía de Kruglov y Kuratchev, procedían a dar los últimos toques a los delicadísimos circuitos del cerebro electrónico. En realidad, no fue una disputa. El coronel comenzó a hablar, en tono bajo, lento y cortante, mientras ambos, algo separados de la otra pareja, conectaban dos enlaces electrónicos.

—Brandt, si vuelve a molestar a Vera Oleskova mientras dure este viaje, yo le mataré. ¿Enterado?

Comenzó a decirlo sin mirarle y terminó mirándole a los ojos, una mirada firme y dura que no dejaba lugar a dudas. Palideciendo ligeramente, Brandt le contestó, no menos duro y también bajo:

—Usted no me asusta, coronel. Y no tiene ningún derecho sobre ella.

—No los tengo. Ni nadie a bordo de esta nave.

—Si descubro que se buscan, avisaré a todos...

—No lo hará. Usted la desea para sí en exclusiva, no compartiéndola con los demás. Y Vera no accederá nunca a ser su mujer.

Algo se oscureció en el rostro y las claras pupilas de Brandt.

—¿Se lo ha dicho ella?

—Lo que ella me haya dicho no es cosa que le importe. Lo que ocurrirá si alguien trata de molestarla, en Venus, o durante el viaje de retorno a la Tierra, yo se lo diré. Mataré al que lo haga y asumiré la responsabilidad ante mis superiores. Sabe, como los demás, que antes de partir para esta expedición se les advirtió que la doctora Oleskova era sagrada.

—Para todos. Especialmente para el comandante, casado y con hijos.

—Cierto, para mí más que para nadie. Y por ser así, pienso protegerla contra cualquiera, contra todos los demás, si fuese necesario. Ya está advertido.

Brandt calló. Pero al día siguiente, pudo coger unos momentos aparte a Vera Oleskova.

—No debió contárselo —dijo, mirándola a los ojos—. Porque yo no he de renunciar a usted.

—No volverá a cogerme desprevenida —le repuso ella, sosteniéndole la mirada—. Y si es la mitad de hombre que supone, esperará hasta que estemos de regreso a la Tierra para hacerme sus proposiciones y recibir mi respuesta definitiva.

Era una frase muy ambigua y desconcertó a Brandt.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que he dicho. Tenía en mucho mejor concepto su inteligencia, profesor.

Vera recelaba de Brandt, pero un sexto sentido decíale que le bastaría con vigilarlo y no quedarse sola en la nave con él. En cambio, aquel mismo «sentido», avisábale que no se fiaría en absoluto del doctor Jrazek. Había cambiado sutilmente con respecto a ella; su mirada, cuando a veces la sorprendía, le provocaba instintiva repulsión. Aquel hombre, sin duda, tenía grabada en las retinas, en el cerebro, su imagen desnuda apenas entrevista. Y era el tipo de individuo capaz de acariciar tales imágenes de un modo morboso y obsesivo, que con el tiempo, llegara a retorcer sus pensamientos, dirigiéndolos en peligrosa dirección.

No se atrevió a comentarle nada a Suvorov, temerosa de ser mal interpretada, de provocar aún más malestar. Se prometió no descuidarse tampoco con Jrazek, y de hecho, nunca o casi nunca se quedaban solos. Pero...

Pero no cabían dudas acerca de lo que se estaba cociendo en la mente del checo. En varias ocasiones fue un contacto de manos, o un roce, algo a la vez inesperado y furtivo, que podía considerarse natural, inocente, como a diario ocurríale con todos en las idas y venidas del trabajo y el continuo convivir dentro del reducido espacio dispone dentro de la cosmonave. Antes, nunca Vera había advertido nada especial en tales contactos, ahora, sí lo notó. No eran casuales, indicaban una reprimida virulencia sexual. El doctor Jrazek era un erotómano...

Aparte aquel malestar íntimo que no podía desechar, aquella necesidad de mantenerse en vilo con dos de sus compañeros, Vera no podía quejarse. Tanto Kruglov, como Kuratchev, seguían demostrándole la misma camaradería respetuosa y cordial de siempre, estaban listos en todo momento a echarle una mano en sus tareas incluso cuando se hallaban agotados por las suyas. Sergei Malinine, forzado por su pierna rota a permanecer medio inmovilizado y dentro de la nave, perdiéndose todas las emociones directas que los demás estaban acumulando en su experiencia científica y vital, acudía a ella ansiosamente como una válvula de escape. Estaba desde un principio a cargo de los aparatos de escucha y detección de la cosmonave, se pasaba el tiempo en la cámara de mandos, realizando aquellas tareas, incluso reparaciones, que no requerían tener que desplazarse. Eso, naturalmente, lo había vuelto algo nervioso. Era un gran muchacho, el más joven de toda la tripulación, alegre, activo, inteligente. Vera le tenía un afecto casi filial ahora, reforzado por el hecho de que estaban juntos más tiempo que ella con cualquiera de los demás, Suvorov incluido.

Y ya llevaban diecinueve días perdidos en la superficie del planeta Venus, el enigmático y fascinante Venus…

CAPÍTULO XIII

—Esta vez exploraremos en dirección norte-noroeste, desde el punto donde alcanzamos el acantilado.

La única variante, que Jrazek sustituía a Brandt. Le tocaba a éste, de acuerdo con lo convenido en un principio, quedarse con Malinine.

Se había hecho otra de aquellas pausas entre dos períodos de lluvia y había que aprovecharlo. Estaba ya cortada la barra averiada, sólo quedaba soldar la compuerta de paso debidamente, para cuando pudieran remontar el vuelo. Una vez cortada la otra y eliminadas ambas esferas, podrían efectuar la prueba de los motores y los retropropulsores. Si funcionaban, si podían despegar del suelo de Venus sin dificultades, alcanzando una altura conveniente, entonces vendría la maniobra más difícil, arriesgada y decisiva. Colocar a la cosmonave en posición adecuada para atravesar la atmósfera venusiana, dar toda la potencia a los propulsores nucleares y, aprovechándola, atravesar los muchos kilómetros de atmósfera venusiana sobrecargada de magnetismo, salir del radio gravitatorio del planeta y emprender, averiada la cosmonave, sin posibilidades de conectarse con las estaciones de rastreamiento terrestres porque no se pudo reparar debidamente el macrotransmisor de láser y tampoco el compulsador iónico, esenciales ambos para el perfecto funcionamiento de todo el sistema de comunicaciones a larga distancia, con los generadores de potencia reparados, sí, pero vulnerables; emprender,

pues, el largo viaje de retomo a la estación planetaria en órbita limar.

Por eso, Suvorov quería completar al máximo, en la medida de sus posibilidades de todo tipo, el estudio de la región venusiana en que habían efectuado su «toma de tierra» forzosa. Aunque carecían de medios para calcular matemáticamente el punto exacto de la superficie de Venus en que se encontraban, el conjunto de datos acumulados, sin duda, representaba el más colosal logro de la cosmonáutica desde los ya muy lejanos días de Gagarin y Sephard. Eso sólo ya justificaba cualquier esfuerzo y cualquier riesgo.

Atravesaron el pantano en dirección al acantilado rojo, pero ahora volando a una altura prudencial, de modo que el encuentro con las colosales criaturas de Venus no representó peligro directo para ellos. Una vez junto al acantilado, lo contornearon durante casi cinco kilómetros, sin encontrar novedades importantes de ninguna especie. El pantano, allí, parecía acabar directamente al pie del acantilado.

Pero de repente, llegaron a un punto donde el acantilado cesaba casi bruscamente. Algo más allá, otra corriente de aguas negras —habían comprobado que tal color no era real, sino producido por una combinación de luminosidad ambiental y coloración vegetal—, ancha, de unos cien metros, desaguaba en el pantano, pero corriendo con una perceptible rapidez. La tierra no estaba apenas a pocos centímetros del agua, no se fundía con ella insensiblemente en una zona de lodos. El bosque resurgía igual.

—Sigamos esta corriente de agua.

Podían hacerlo, dado que los enormes árboles no podían unir sus copas de orilla a orilla. Además, resultó pronto evidente que aquel río tenía características diferentes del otro, mucho más caudaloso, que desembocaba en el pantano, unos diez kilómetros al nordeste magnético. Este tenía taludes de corta elevación, apretados por los largos tentáculos de las raíces de los árboles, y eran de un color rojizo, a veces ocre rojo. Tierras firmes...

Avanzaron así una docena de kilómetros. Y de repente, a la derecha brotó lo que, sin dudas de ninguna clase, era una ladera. Abrupta, con derrumbaderos y tupida entre ellos de vegetación. Pero una ladera.

—Hemos tropezado con elevaciones del terreno, señores. Vamos a remontar esa ladera hasta una altura prudencial. Manténganse bien alerta.

Así lo hicieron. Volaban en grupo a irnos diez metros de la ladera, despacio, examinando sus características. Distinguieron una gran variedad de helechos arborescentes, plantas licopodiáceas, equisetos, sigilarías, cuyas ramas terminaban en curiosos pompones vegetales…

Vera y Jrazek estaban absortos en el examen de toda aquella flora.

—Es de distintas características a la que circunda el pantano y podría asimilarse en cierto modo a la terrestre del período cretácico. Eso confirma que en Venus, por razones sin duda peculiares del planeta, conviven ejemplares de la fauna y la flora que en la Tierra no aparecieron conjuntamente, sino separados por millones de años de evolución…

Aunque era mucho más difícil, no dejaron de advertir el movimiento de criaturas vivas entre la vegetación de la empinada ladera. Eran pequeños dinosaurios y lagartos, grandes insectos, que huían veloces a ocultarse al escuchar el zumbido de los transportadores.

—Por aquí no deben venir nunca los grandes saurios cazadores, no hay presas de tamaño suficiente para ellos. Y los colosos herbívoros necesitan la mucho más densa, y rica en sustancias nutritivas, vegetación de los pantanos y las tierras bajas.

—¿Hasta qué altura podemos remontarnos, coronel?

—Llegaremos, si es necesario, al máximo. Pero no creo que estemos delante de verdaderas montañas, sino más bien de colinas que cierran un país bajo y pantanoso. La erosión de las aguas es muy evidente.

Lo era. Se formaban profundas grietas de un denso tono verde violeta, donde la vegetación cubría todo, impidiendo calcular la real profundidad de las mismas. No había flores, a no ser unas inflorescencias de colores muy pálidos. Y los animales tenían el color de la vegetación, o pardoverdoso, o estriado…

No hay sol, no hay espectro, no hay necesidad biológica de variar las cromatismos. Todos los animales que pululan por este mundo caliente y húmedo, verde, gris y negro, han adaptado a tales colores su piel para mejor ocultarse a sus enemigos.

De repente, se encontraron en la cima de la colina, tupida de

vegetación. Se trataba de árboles muy distintos.

—Cordaites y protoaraucarias. Los primeros aparecieron en la Tierra durante el carbonífero y desaparecieron, se cree, durante el pérmico superior. Las segundas aparecieron durante el pérmico inferior...

—¿A qué altura estamos?

—Doscientos once metros sobre el nivel del pantano. ¿Regresamos?

—Continuamos la exploración.

Por el lado opuesto al que subieran, la colina tenía un declive mucho más suave. Y a cosa de cien metros sobre el nivel del pantano, se convertía en un valle que resultó estar recorrido por, al parecer, el río cuya corriente siguieran y que había derivado hacia el Oeste.

—Puede que sea sólo una rama. En todo caso, nos encontramos con un cambio sustancial, no sólo del terreno, sino de la vegetación y la misma atmósfera. La composición de gases ha cambiado.

—¡Eso es imposible! Se necesitarían, en todo caso, alturas mucho mayores para un cambio apreciable en la relación de gases componentes...

—Entonces, el medidor electrónico está averiado. Da cinco centésimas más de oxígeno, veintidós centésimas más de nitrógeno, catorce centésimas menos de metano, nueve centésimas menos de amoníaco y ocho centésimas menos de anhídrido carbónico.

—¡Tiene que estar averiado! Es de todo punto imposible...

—Quizá no. De hecho, hasta el momento, estamos moviéndonos casi al ras del pantano, en tierras muy llanas, sin duda sobrecargadas de metano y anhídrido carbónico...

—¡Pero sólo estamos a poco más de cien metros por encima de ellas!

—Ya lo sé. En la Tierra, eso significaría fallo del medidor electrónico. En Venus, conviene que esperemos. Vigile ese aparato cuidadosamente, Vera. Y usted, Kuratchev, haga lo mismo con el computador radiactivo. Vamos a cruzar el valle hacia el oeste magnético.

Aquel valle difería en bastantes aspectos de las tierras pantanosas. Ligeramente menos espesa la intensa v constante niebla, ligerísimo aumento de luminosidad. Especies vegetales distintas, corrientes de agua con un declive muy acusado, ausencia de vegetación de pantano, espacios libres de vegetación, mostrando una tierra gris rojiza, animales distintos también.

—Esos reptiles son de tierra firme, no deben acercarse nunca a los pantanos. Mucho más pequeños y ágiles. He visto ya un par de compsognatos, o algo muy semejante, y uno o dos saltoposucos.

—¿Qué significa eso?

—En la Tierra, los primeros se cree fueron los antepasados de los mamíferos y los primeros animales de sangre caliente.*Los segundos están considerados como antepasados de las aves y los grandes dinosaurios.

—Pero parece bastante absurdo…

—Tanto como la mezcla de floras y el hecho de que la atmósfera cambie tanto con sólo elevarse un centenar de metros. Peculiaridades de Venus, sin duda. ¿Qué es eso?

Todos lo habían escuchado. Uno de los más horrísonos, espeluznantes ruidos jamás por ellos escuchados desde su caída en Venus, tan potente que casi les hizo daño en los tímpanos. Y acto seguido, una mezcla de chillido y trompetazo no menos fenomenal. Hacia el Norte, más allá de la barrera de brumas.

—Juraría que dos dinosaurios se pelean no lejos de aquí.

—Es tremendo…

—Sólo ruidos. Vamos a verlo. Vera, usted al centro. Elevación a veinte metros, velocidad siete kilómetros hora. Adelante.

No necesitaban orientarse entre la niebla, porque los ruidos de la lucha de colosos, retumbaban como truenos allí delante, aumentando sus efectos por el hecho de la invisibilidad. Llegó un momento en que tuvieron que tuvieron que desconectar los micrófonos exteriores para no sufrir las consecuencias. El microrradar del coronel indicaba que dos moles del tamaño de coches de monorail, pugnaban a una distancia de doscientos metros. Ordenó elevarse a veinticinco y reducir velocidad a cinco kilómetros hora.

Y luego lo vieron.

—¡Dioses…!

—¡Es espantoso…!

Era algo que jamás vieron ojos humanos, aunque la fantasía del hombre había imaginado cómo pudo ser. La lucha a muerte entre dos dinosaurios.

—Un alosauro y un plateosauro. Pero descomunales…

Descomunales. El primero debía medir sus buenos quince metros de hocico a punta de cola. El segundo le sobrepasaba en cinco o seis. La piel del plateosauro era de un gris azulado, con enormes manchas color de orín de hierro, bifurcadas, y luego polifurcadas, en los extremos, que cubrían todo su lomo, desde el arranque del mello al de la cola. El vientre tenía un color más blanquecino. La cabeza, como la de casi todos los dinosaurios herbívoros, era poco más que una prolongación del largo cuello y debía caminar apoyándose en las patas traseras y la cola. El emitía aquella mezcla de silbido y trompetazo. Había sido sin duda sorprendido por el alosauro, y aunque se defendía ferozmente, utilizando no sólo la cola, sino sus zarpas delanteras tridáctilas, terminadas en largas uñas corvas, era evidente que sus minutos estaban contados. El alosauro lo iba desgarrando rápidamente, causándole heridas atroces, por donde escapaba la sangre, de un color escarlata claro a torrentes; la carne, de un color rosa vivo, aparecía palpitante al descubierto en una docena de brechas, donde casi cabía un ser humano.

Los seres humanos contemplaron con una fascinación horrorizada aquella tragedia de edades perdidas. Kruglov, sobreponiéndose, comenzó a merodear alrededor de ambos colosos combatientes, filmando su pelea a muerte desde lo más cerca posible, sin poner en peligro su propia vida. Los demás tenían que mantenerse alerta también, porque los dinosaurios, enzarzados, rodaban por tierra entre rugidos y bramidos, haciéndole retemblar con el golpe de sus corpachones y bañándolo con su sangre. Con la sangre del plateosauro… Un descuido, habría costado la muerte al cosmonauta que lo tuviera.

La increíble lucha duró un tiempo que difícilmente sus espectadores humanos habían podido apreciar, absortos como estaban en ella. De hecho, casi quince minutos desde el momento de su llegada hasta que por fin el alosauro atenazó con sus terroríficas mandíbulas

el cuello del plateosauro, derribándolo de espaldas. Sin soltarlo, comenzó a desgarrarle el vientre con sus garras, mientras la víctima pugnaba inútilmente por defenderse, entre trompetazos silbantes de agonía...

—¡No puedo más! —gritó Vera. Y era cierto—. ¡Vámonos de aquí, por favor!

Suvorov fue a su lado y la ayudó a alejarse. También Jrazek les acompañó. Le oyeron gruñir que tenía revuelto el estómago. A Vera le ocurría lo mismo y sólo gracias a una gran dosis de voluntad no vomitó, lo que habríales provocado un gravísimo problema, sin duda. Aquella horrenda pugna de colosos había sido demasiado para su sensibilidad...

CAPÍTULO XIV

Dejaron atrás el banquete del alosauro y siguieron su exploración rumbo al Nordeste. A cierta distancia, en un lugar que aparecía despejado, descendieron para que Vera pudiera terminar de serenarse, así como Jrazek. Mientras ambos lo hacían, los tres rusos manteníanse alerta, algo separados y observando incluso el menor movimiento de animales pequeños, insectos incluidos.

Cuando la mujer y el médico se repusieron, decidieron aprovechar la parada para realizar una detenida exploración del terreno y recoger todo lo que pudiera serles útil para sus estudias de la flora y la fauna. Utilizaban para ellos las pinzas articuladas, y Suvorov, que una especie de venablo que él mismo había construido para casos semejantes al de apoderarse del escorpión, manteníase alerta, puesto que algunos de aquellos grandes insectos venusianos, al ser analizados, habían demostrado poseer como defensa glándulas venenosas conectadas a sus pinzas o aguijones, venenos muy poderosos, y desde luego, capaces de matar a un ser humano. Venus era, sin duda, un mundo cruel, cuyos habitantes permanecían en perpetua lucha por la supervivencia.

La tierra, allí, aparecía como erosionada por las eternas lluvias, pero también sujeta, retenida, por la densa vegetación. En muchos lugares era posible estudiar directamente el terreno, de areniscas y arcillas, rojizo, grisáceo, con *puddings* de guijarros de todos los tamaños entre los que, pudieron comprobarlo con no poco sobresalto,

podían ocultarse lagartos pequeños, serpientes que todavía conservaban unas patas en vías de atrofia, grandes arañas de repugnante aspecto... También hallaron una especie de hormigas negras, de unos dos centímetros de longitud y dotadas de potentes mandíbulas, que formaban curiosos hormigueros con aberturas de entrada en los taludes de los regatos, cucarachas, grandes saltamontes de un color verde intenso, largos gusanos negros y unos caracoles de hermosas conchas como cinceladas. Kuratchev acertó a matar un pequeño dinosaurio depredador, que no mediría arriba de medio metro y tenía la piel de un vivo color azul negro, con manchas en el lomo color de sangre seca y hacia el vientre una tonalidad verdosa. Debía pesar sus buenos cuatro o cinco kilos terrestres y Vera se alegró, porque estaba segura de poder conservarlo, congelado, hasta su hipotético retorno a la Tierra. Encontraron en un lugar oculto y resguardado, entre las raíces de un pequeño lepidodenro, lo que era, sin duda, un nido de saurio. Había tres huevos de una coloración blancoverdosa y el tamaño de los de una pava terrestre. Se los llevaron para su estudio también. En conjunto, media hora de reconocimiento del terreno proporcionóles un botín por lo menos tan excelente como el logrado en lo alto del acantilado durante la primera expedición.

Después siguieron. Y no habrían avanzado más de tres kilómetros en aquella dirección, cuando la tierra comenzó de nuevo a alzarse. Durante acaso veinte minutos, fueron contorneando colinas cada vez más altas, y de pronto se vieron ante otro acantilado. A su derecha y no lejos, escuchábase un ruido inconfundible.

—Hay cerca una cascada. Y bastante importante.

Llegaron a ella. Era totalmente imposible calcular el volumen de agua que se despeñaba y la altura de que lo hacía, pero a todas luces, tratábase de una verdadera catarata, que producía un ruido ensordecedor. Hubo que desconectar los micrófonos exteriores y servirse únicamente de la radiocomunicación.

—¡Vamos a averiguar la altura de este murallón!

Pronto descubrieron que era mucho más alto que el farallón junto al pantano. Pero mucho más.

Y también otra formación geológica. Rocas negruzcas, basaltos, se despeñaban, o se alzaban, como se prefiera, envueltas en festones de vegetación, entre los cuales desflecábanse a veces hilos líquidos. A los trescientos metros sobre el nivel del mar, había una mezcla de

basaltos y pórfidos, esquistos y otras rocas metamórficas. A los quinientos y pico, una nueva floración de rocas, esta vez sedimentarias, areniscas y conglomerados. A los ochocientos cuarenta...

Llegaron por fin a la cima. Estaban exactamente a mil seiscientos once metros sobre el nivel del pantano.

Y habían entrado en otro mundo.

Durante algún tiempo, el pequeño grupo de cosmonautas se detuvo sobre un lomo basáltico de color rojizo, consultando ansiosamente sus instrumentos, mientras miraban a todo alrededor.

—¡ Hay visibilidad en cien metros largos!

—¡ Temperatura, sesenta y seis, coma, dos grados centígrados; humedad relativa noventa y siete, coma, seis por ciento; presión barométrica novecientos ochenta y dos milibares terrestres!

—¡Escuchen esto! ¡Nitrógeno, 58’33. Oxígeno, 18’92. Vapor de agua, 1’04. Argón, 0’81. Anhídrido de carbono, 979. Metano, 4’62. Amoníaco, 2’97. Dióxido de carbono, 0’086. Hidrógeno, 0'0011! ¡Podemos respirar el aire aquí arriba sin peligro inmediato para nuestro organismo!

—¡Esa medición es asombrosa, inconcebible! ¿Cómo se puede explicar?

—¡No tiene explicación científica, a menos que admitamos que las condiciones imperantes en Venus nada tienen que ver con las terrestres!

—¿Qué hacemos, coronel?

—¡Continuar por el momento como hasta ahora, no vamos a arriesgamos sin poseer otros testimonios que corroboren las mediciones de ese computador! ¡No olviden que no se trata sólo de la respirabilidad pasible del aire venusiano, sino también de que esta atmósfera puede hallarse contaminada de virus, bacterias, organismos, potencialmente peligrosos para la vida terrestre!

—¡En todo caso, nos afectaría a nosotros! ¿Por qué no correr el riesgo?

—¡No por ahora! ¡Más adelante, tal vez! Vamos, investiguemos

el terreno ahí delante.

El terreno allí delante... Una selva, una verdadera selva, sin lugar a dudas. Pero formada por especies arbóreas, vegetales, en su mayoría diferentes a las ya conocidas y señaladas mil seiscientos metros más abajo. El suelo no tenía tampoco aquella densa capa de humus, ni era tan embarrado, ni aparecía tan erosionado.

—¡Juraría que este terreno es de formación geológicamente reciente! ¡Habrá que venir con el profesor Brandt para que lo compruebe!

—¡Puede afirmar desde ahora que la flora aquí es millones de años más moderna que la de abajo, en la llanura y el pantano, al menos desde el punto de medición de nuestro planeta! ¡Miren, hay cicadáceas de varios tipos, cipreses, gingkos, araucarias...!

—¡Y algo más! ¡Miren lo que se nos viene encima!

—¡Rayos! ¡Un pterodáctilo!

—¡Cuidado! ¡Dispárenle o nos echará al abismo!

Había surgido entre la bruma allí delante, donde se alzaba el alto muro de la selva, con enormes árboles vagamente parecidos a los gingkos, las araucarias, los cipreses de la Tierra, irguiéndose muchos metros, con sus soberbias copas, sobre el ras normal de los restantes árboles, igual que lo harían las torres en una muralla. Otra de aquellas criaturas del mesozoico que ojos humanos no habían visto jamás vivas en la Tierra, pero que allí, en Venus, pervivían por alguna ignota conjunción de circunstancias que parecían haber trastocado el orden de la aparición de las especies, mezclando unas con otras aquéllas en el mesozoico terrestre separadas por muchos millones de años. El bramido de la catarata había hecho que los cosmonautas mantuvieran desconectados sus micrófonos exteriores, sólo visualmente pudieron descubrir a la colosal ave del Cretácico...

Sin duda andaba de caza, buscando con qué aplacar su hambre. Debía tener unos diez metros de envergadura de ala y tenía una cabeza totalmente desproporcionada con el resto del cuerpo, con un largo pico como de pelícano, de unos dos metros y medio. Por detrás del cráneo le salía una enorme cresta, que casi doblaba la longitud del cráneo. En lo demás, recordaba a un murciélago.

—¡ Es un pteranodonte! —chilló Vera, atemorizada al verle descender sobre ellos, batiendo sus enormes alas membranosas—.

¡Puede llevarse a uno de nosotros entre las garras con facilidad!

—¡A mí, no! —gruñó Kuratchev, al tiempo que apretaba el gatillo de su rifle, enviándole al pteranodonte una ráfaga de proyectiles. Suvorov hizo lo mismo, mientras Kruglov, disciplinado y demostrando una vez más su sangre fría, accionaba la cámara, tomando tranquilamente el ataque del monstruo alado.

Grande era, pero no tanto como para poder resistir a una veintena de proyectiles blindados y cuatro explosivos. Alcanzado de lleno por ambas ráfagas, el pteranodonte batió espasmódicamente las alas y pareció ir a precipitarse sobre los cosmonautas, que se tiraron instintivamente al suelo. De hecho, les pasó casi rozando y un aletazo falló a Kruglov y a Jrazek por poco, golpeando a uno de los transportadores y lanzándolo fuera del lomo rocoso. Sin duda, el monstruo alado gritaba su dolor al sentirse morir, pero los cosmonautas sólo percibieron el viento removido por sus alas. Luego le vieron desaparecer por el borde del farallón rocoso.

Todos sudaban frío cuando se incorporaron. Kuratchev maldijo, y al propio Suvorov se le escapó una interjección disgustada al ver que faltaba uno de los transportadores. De hecho, su pérdida, ponía en apuros a la expedición.

—¿Qué hacemos ahora?

Sí. ¿Qué hacían? Los transportadores estaban diseñados para soportar hasta cien kilos de peso, con un ligero margen de seguridad hacia arriba. Por tanto, uno de ellos, ahora, tendría que quedarse allí sin remedio.

—De momento, alejémonos del borde, antes de que aparezca otro pteranodon.

Así lo hicieron, Suvorov a pie, los demás rodeándole a escasa altura y vigilando el terreno. Unos veinte metros más dentro del reborde, volvieron a detenerse y Suvorov decidió:

—Kruglov, usted regresará a la nave con la doctora Oleskova y el doctor Jrazek. Irán directamente allí y a buena altura, para evitar tropiezos peligrosos. Una vez a bordo, ustedes dos se quedarán y el profesor Brandt acompañará al comandante Kruglov hasta aquí, trayendo entre ambos el transportador libre. Kuratchev y yo nos vamos a quedar.

No había otra opción, lo sabían todos. Pero Vera sintió un

repeluzno aprensivo, sin poderlo evitar.

—Coronel, ustedes no llevan suficiente reserva de oxígeno. ..

—Ya lo sé. Ahora tendremos ocasión de comprobar que ese computador no está loco. Váyanse.

En silencio, abrumados por el incidente que tan brutalmente les indicaba cuál era su verdadera fuerza en aquel mundo hostil y diferente al suyo, los tres que debían partir, montaron en los transportadores. Antes, Vera tuvo un arranque no pudo evitar. Fue a cogerle las manos a Suvorov y le pidió, trémula, nerviosa:

—Por favor, Igor Sergeievitch, no hagan nada que pueda poner sus vidas en peligro...

Mirándola a través del casco, apretándole también las manos con fuerza, él la tranquilizó:

—Pierda cuidado. Kuratchev y yo vamos a ser muy prudentes, por la cuenta que nos trae.

Cuando los tres transportadores se elevaron y se perdieron en la bruma, Kuratchev gruñó, con su característica voz de bajo:

—Bueno, Igor Sergeievitch, no me dirá que no somos dos héroes de novela de aventuras...

CAPÍTULO XV

—Una hora y veintisiete minutos. Si todo ha ido bien, deben estar llegando.

—Se mantienen en contacto con la nave. Malinine informa que han alcanzado las colinas.

—Eso significa que dentro de veinte minutos, a lo sumo, estarán aquí. Pero ya no nos queda oxígeno.

—¿Qué hacemos?

—Arriesgamos. Entre morir de asfixia dentro de las escafandras y comprobar las indicaciones de ese computador, prefiero lo segundo. Yo me quitaré el casco, usted esperará. En caso de fallo, puede conectar mi reserva de oxígeno a la suya y resistir hasta que lleguen nuestros camaradas.

—De ninguna manera, Igor Sergeievitch. Usted es el comandante de esta expedición, seré yo quien me quite el casco. Además, gasto más oxígeno que usted. Ayúdeme.

No era tiempo de discusiones, tenían escasamente oxígeno para diez minutos. Si el aire allí arriba era razonablemente respirable, quien se quitara el casco aguantaría hasta la llegada de Kruglov y Brandt con el transportador y repuestos de oxígeno; pero además,

habría demostrado que el ser humano podría explorar parte de la superficie de Venus sin necesidad de escafandras y equipos de oxígeno, lo cual representaría un hallazgo de máxima importancia para el futuro de las exploraciones. En caso contrario, tal vez unos minutos de respirar el aire metílico de Venus no le resultaran irreparables.

Lentamente, Sovorov desencajó el casco de Kuratchev. Era un momento tan solemne como aquél, días atrás, en que abandonaron la cosmonave para salir a la atmósfera y el suelo de Venus.

—Prepárese.

—Lo estoy. Adelante.

El casco de Kuratchev abandonó su cabeza. Suvorov le vio respirar lentamente. Ahora no podía oírle, pero advirtió que no daba síntomas de envenenamiento. Rápido, se puso el casco bajo un brazo y conectó el micrófono exterior. Pero sólo oyó el bramido de la catarata.

Kuratchev tosió, fuerte y seguido. Pero se repuso y por señas, le indicó que se encontraba bien. Suvorov le tendió su casco, indicándole que conectara el intercomunicador. La voz de Kuratchev sonó excitada, alegre, en sus oídos. Hablaba colocándose el casco a modo de bocina para poder utilizar el intercomunicador.

—¡Sólo siento una picazón fuerte en la garganta, los pulmones y las fauces, también escozor en los ojos! ¡Pero puedo respirar bastante bien!

—¡Evite movimientos, procure respirar despacio y la menor cantidad de aire cada vez!

—¡ Me parece que no vamos a tener dificultad en respirar este aire venusiano, Igor Sergeievitch, una vez nuestros pulmones se habitúen a él! ¡Créame, es una sensación magnífica, saber que uno está con la cabeza descubierta encima del mismísimo Venus! ¡Pero estoy ya bañado en sudor, es como meterse en una sauna!

Cuando aparecieron, ocho minutos después, Kruglov y Brandt, Kuratchev se encontraba perfectamente. Y no fue poca la alegría de ellos al comprobarlo.

—¡Es una comprobación sensacional!

Pero no había que excederse en ella. Suvorov ayudó, con Brandt,

a colocar el casco de nuevo a Kuratchev y acoplarle el repuesto de oxígeno, mientras Kruglov se lo ponía a él mismo. Luego montaron en los transportadores y se encaminaron hacia el denso bosque de coníferas y cicadáceas.

—¡Vamos a aprovechar para una exploración a fondo de esta zona!

Esta selva a gran altura no era tan densa como las que había más abajo. Llegaba hasta el borde del río, cuyá anchura no sobrepasaba los cien metros y era de aguas verdes, rápidas, en las cuales descubrieron, saltando, unos peces de color azul plateado con aspecto de sollos. También había reptiles peligrosos, una mezcla de lagarto y cocodrilo de casi tres metros de longitud, color gris verdoso, que se agazapaba entre las plantas de la orilla o nadaba entre dos aguas. Y las sorpresas continuaron.

—¡Eh, miren eso!

—¡Diablos, es un mamífero!

Era un mamífero. No mayor que un gato grande, con una pelambre rojiza y el curioso aspecto de una ardilla con cuerpo de puma y alas membranosas. Había saltado de una rama alta a otra, planeando, y sus características morfológicas resultaban evidentes.

También había verdaderas serpientes, ya sin patas. Descubrieron una que no desmerecía de las anacondas terrestres en tamaño, verde oscura, con dibujos negro- azulados en el dorso, deslizándose sinuosamente desde un árbol joven hacia el suelo.

Y aves, verdaderas aves. Arqueoptérix, hesperomis... Un verdadero ejército alado, que volaba bajo el tupido toldo de la selva, a salvo de ataques de los grandes reptiles. Formas de aves asombrosas, pero por suerte ninguna de gran tamaño, que escapaban veloces entre el denso follaje al acercarse los cosmonautas. Estos tenían una visibilidad mucho mejor que en las selvas pantanosas y eso les permitía avanzar más seguros, aunque sin confiarse. Porque también en esta selva, con árboles más gruesos que columnas de viejas catedrales, los peligros acechaban por doquiera.

Lo comprobaron con facilidad.. Un dinosaurio carnívoro de tamaño muy respetable, aunque no como el gigantesco alosaurio, estaba dando caza a un animal mayor y de formas totalmente indescriptibles a través de la selva. Poco después, otra de aquellas criaturas de pesadilla, enorme como una casa, con una fantástica

cabezota de tres metros de longitud cubierta por una especie de escudo óseo del que sobresalían cuatro cuernos de más de un metro de longitud, por parejas a ambos lados, bramó irritadísima cuando le molestaron en su comida. Aquel monstruo era herbívoro...

Sí, aquella selva estaba llena de peligros y sorpresas. La atravesaron para salir de pronto a un llano sembrado de vegetación, pero que por contraste, casi parecía desnudo. Allí, con sumo cuidado, los cosmonautas decidieron experimentar conjuntamente la calidad del aire venusiano. Era un riesgo menor, después de lo ocurrido a Kuratchev.

Era una experiencia fascinante. Aquel aire parecía sobrecargado de miasmas, como el que sesenta o setenta años atrás se acumulaba en las absurdas macro- ciudades convertidas en garajes por donde continuamente circulaban, quemando gases de petróleo, los imperfectos y burdos automóviles de la época. Hacía mucho tiempo que la energía nuclear y la electricidad, en todas sus facetas, habían sustituido al asqueroso combustible líquido, las fábricas no contaminaban la atmósfera ni las aguas dulces, los mares estaban libres de nuevo de mugre letal, las naves aéreas se deslizaban silenciosas por los cielos limpios...

Los pulmones de los astronautas sufrían el contacto de tal aire, pero no al extremo de no poder soportarlo. Con toses y carraspeos, para protestar de la sobrecarga miásmica, tiraban, como tira una chimenea sucia, es verdad, pero permitiendo toda clase de movimientos y tareas.

>—Los antiguos mineros, obreros metalúrgicos y de las factorías químicas del siglo pasado, no respiraban aires más puros. Es evidente que el hombre puede caminar por esta zona del planeta, sin necesitar escafandra. A lo sumo, le bastará con inhalar oxígeno de vez en cuando para limpiar sus pulmones, pero fuera de eso no hallará dificultades en aclimatarse. Más difícil será hacerlo a este calor húmedo y sofocante.

—Yo estoy chorreando. Y pienso que podríamos aprovechar para tomar una verdadera ducha venusiana. Miren, ahí hay lasca de piedra tan lisa que ni siquiera las bacterias deben tener dónde agarrarse. ¿Qué tal si nos desnudamos y dejamos que esta atmósfera impregnada de vapor de agua nos limpie la piel?

Lo hicieron de dos en dos y con las debidas precauciones. Era como un juego, a decir verdad. Tras tantos días de encierro en la nave,

luego del accidente, de encontrarse perdidos e incomunicados en Venus, con la tremenda probabilidad de no poder retomar a la Tierra e ignorantes de lo que en Venus iban a encontrar. Después del cúmulo de trabajos, excitaciones, sorpresas, descubrimientos... aquel asueto infantil y temerario lo necesitaban. Y sin duda les hizo bien.

Pero Venus no les permitió, como sin duda no permitía a nadie, el alegre asueto. Estaban justo terminando de vestirse, cuando por debajo de unos árboles aparecieron varias moles gigantescas y de tardo andar. Kruglov fue el primero en descubrirlas y señalárselas a sus compañeros.

—¡Cuidado, miren hacia allí! ¡Megaterios!

No eran megaterios. Pero sí se les parecían. Tenían unos ocho metros de altura y parecían cubiertos por una pelusa amarillenta. De hecho, entre la bruma, al pronto, parecían dinosaurios, dado que avanzaban apoyándose en sus patazas traseras y en una cola más bien corta, gruesa, lo mismo que aquéllos. Pero no podían caber dudas de que se trataba de verdaderos mamíferos, exactamente de gigantescos marsupiales. Habían descubierto a los cosmonautas y les obligaron a montar a toda prisa en sus transportadores y elevarse, con el tiempo justo para eludir la impetuosa carga de cinco colosos furibundos, cuyas voces se asemejaban mucho a la del oso y que arañaron el aire con sus cuatro garras de quince centímetros largos de cada pata delantera, tratando de cazar a los intrusos.

—Ya no pueden caber dudas de ningún género. La vida ha evolucionado en Venus de modo muy distinto a como lo hizo en la Tierra. Eso tal vez refuerce la teoría de que la súbita desaparición de los dinosaurios, y la no menos súbita y muy posterior de los colosales mamíferos del mioceno, obedecieron a la caída sobre nuestro planeta de sendas «lunas», cuyo impacto provocó tremendos cataclismos geológicos, desviación del polo magnético y del eje de rotación terrestre, súbitos cambios de gran envergadura en las condiciones climatológicas y subsiguiente aniquilación masiva de las especies entonces vivientes, al no darles tiempo material para adaptarse a las nuevas condiciones biológicas.

—En cambio, aquí no parece haber ocurrido así. Es muy posible que la evolución haya tomado otros rumbos. Por ejemplo, la atmósfera de capas superpuestas, permaneciendo en equilibrio constante. En cada capa, especies animales diferentes han aparecido, evolucionado y, eventualmente, desaparecido, pero con gradaciones que permitieron a ciertos de sus individuos explorar otros ambientes y aclimatarse a

ellos, dando lugar a nuevas formas y especies, sin que por ello desaparezcan las anteriores. Lo mismo, sin duda, ocurre con la flora. Quinientos millones de años terrestres se han condensado aquí en un espacio pequeñísimo, pero en capas superpuestas, exactamente igual que pueden verse las capas geológicas terrestres. Sólo que aquí es zoología viva y entremezclada...

Suvorov mantenía contacto constantemente con la cosmonave, al igual que en todas las expediciones. Malinine era el encargado de mantenerla allí, naturalmente. Toda la información por él recibida, pasaba de modo instantáneo, simultáneo, a una microcinta, donde quedaba grabada. De este modo, ni la menor impresión momentánea, ningún detalle, o hallazgo, se perdían. Pero ahora, Suvorov pidió que se pusiese Vera al aparato, para consultar con ella todo lo referente a la flora y fauna que descubrían. Así, la biólogo podía orientar mejor a los exploradores con respecto a la recolección de datos y de material de estudio. Por su parte, Brandt andaba de lo más atareado con sus mediciones físicas y su recogida de tierras, piedras...

Así, la expedición de descubierta atravesó la llanada herbosa y arbolada, con pequeñas corrientes de agua cantando en todas partes. Salvo Suvorov, los demás se mantenían con el casco quitado, se hablaban a gritos, espantando la salvajina pequeña, se movían en todas direcciones, como chiquillos en día de asueto, sudaban de lo lindo, capturaban pequeñas presas, en su mayoría grandes y extraños insectos venusianos, recolectaban hojas, tallos, ramitas, piedrecillas, barro, arena... Por el momento no tropezaron con bestias grandes en aquel ancho praderío, las aves eran de tamaños como el de un cuervo, o una gaviota, a lo sumo. Dispararon a un hermoso ejemplar de arqueopteryx y también a otros tres de aquellos seres voladores de extrañas formas de transición entre el reptil y el ave. Pesaban relativamente poco y sus plumas eran de colores apagados, todos tenían en común largos rabos reptilianos, terminados en verdaderas plumas, pero por lo demás, eran diferentes. Sin duda, también las aves estaban ya muy diferenciadas...

Brandt dio nuevos datos.

—Hay una fuerte proporción de materias sulfurosas en el aire. Juraría que a no mucha distancia existe un volcán activo o bien un campo de solfataras.

—¿No podría obedecer a la enorme carga eléctrica de la atmósfera?

—No. Las características son distintas. Creo que se puede avanzar una compleja, fascinante y extraordinaria teoría explicativa de lo que sucede aquí, en Venus. El amoníaco, el metano y el anhídrido de carbono se mantienen altamente concentrados abajo, en una capa de unos quinientos metros de grosor por encima de la superficie del mar, gracias a la continua lluvia y las constantes tempestades eléctricas que los condensan allí, pero sobre todo a una faja de unos cien metros de profundidad que he detectado entre los quinientos y los seiscientos metros de altura. En ella existe una inesperada densidad del campo eléctrico.

Se extendió en explicaciones altamente científicas que los otros podían desde luego entender, y concluyó:

—Por encima de esa capa que actúa como una manta térmica, la atmósfera se purifica de esos elementos venenosos, aumenta su proporción de oxígeno y nitrógeno, pero, además, recibe los beneficios derivados de las intensas tormentas eléctricas, cuyas partículas gamma y otras de no menos valor son en gran parte refractadas por dicha capa electromagnética. El resultado es una atmósfera casi perfectamente respirable, animales de sangre caliente, pulmonados como los terrestres casi seguramente, árboles mucho más modernos y que contribuyen mucho mejor a purificar la atmósfera.

Debía ser eso. Y por eso, ellos no podían abandonar aquella exploración de lo que ya se perfilaba como una vasta meseta a más de mil seiscientos metros sobre el nivel del mar venusiano. Penetraron de nuevo en la densa selva, alzándose a veces hasta las copas de los enormes árboles, otras descendiendo a casi el ras del suelo; eludieron hábilmente a las gigantescas y peligrosas criaturas que lo poblaban, observaron sus reacciones, también persiguieron a otros animales más pequeños que huían asustados o les plantaban cara ferozmente... Su capacidad de asombro estaba saturada, ya ni siquiera las criaturas de más estrambótico aspecto se la excitaba. Tampoco, después de habérselas visto con un alosaurio, podían atemorizarles los mayores carnívoros. Y dentro de la selva no volaban los gigantescos pteranodontes. Pero aún les faltaba algo.

Ocurrió de pronto, inesperadamente, como sucedía casi todo entre la algodonosa atmósfera de Venus. Suvorov iba a media altura, con Brandt más abajo y Kuratchev más alto, mientras Kruglov, con su cámara, se movía incesantemente buscando nuevas tomas de interés científico. Se había adelantado algo a sus compañeros, persiguiendo a uno de los extraños habitantes de la selva, una especie de gran ardilla alada con el lomo erizado de largos pinchos que saltaba planeando de

una rama a otra, cuando se detuvo y le oyeron decir, súbitamente excitado:

—¡Imposible! ¡Dios, no puede… no puede ser…!

Súbitamente alarmados, los demás se le acercaron y Suvorov inquirió:

—¿Qué pasa?

—Venga a verlo usted mismo, coronel. Yo no puedo creer a mis ojos.

Había una nota distinta en su voz, profunda y vibrante, poco usual en él. Los demás llegaron a su lado y le vieron mirar, derecho, a un punto en lo alto, entre el denso follaje. Notaron que estaba pálido. Claro que podía ser debido al agobiante calor húmedo y a la pesantez de aquella atmósfera a la que sus pulmones no estaban aún habituados.

Pero todos los demás, incluso Suvorov, se habían despojado de sus escafandras y volaban sin sentir mayores molestias respiratorias, antes bien parecía que éstas disminuían aprisa. Además, allí delante no había nada.

—¿De qué se trata, Kruglov? Nada se distingue. ¿Qué vio?

Kruglov le miró. Una rara mirada. Estaba tenso.

—Tal vez fuera una alucinación. Trepó por ese tronco velozmente y se perdió en el follaje. Era… era un mono.

—¿Un mono?

—Pero… no era exactamente un mono…

Suvorov sintió algo así como un golpe en el pecho. Los demás se habían también alertado, atensado.

—¿Quiere decir… que ha visto a un primate, Kruglov?

—Tal vez lo haya imaginado, coronel. Yo…

Los hombres de la Tierra se miraron. Una mirada que expresaba sus pensamientos. Brandt murmuró:

—Si fuera cierto…

Miraron hacia arriba. Nada, una densa masa vegetal, con grandes ramas metiéndose entre ella. Suvorov volvió a mirar a Kruglov.

—¿Está seguro de haber visto algo así?

—Sí, lo estoy. No de que mis ojos no me hayan jugado una mala pasada.

—Vamos. Iremos a averiguarlo.

—¿Cómo? Las palas de los transportadores se enredarán en el follaje y nos enviarán al suelo.

—Esa rama. Kruglov y yo vamos a intentarlo.

No hubo objeciones. Era demasiado lo implicado por la afirmación del Kruglov.

La rama en cuestión era más que suficientemente gruesa para soportar a dos hombres. De hecho, medía unos cuarenta centímetros de diámetro a tres metros del tronco. Y quedaba, entre ella y el follaje de las más altas, espacio para la maniobra. Con riesgo.

Suvorov y Kruglov abandonaron los transportadores tras encajarlos en la gruesa rama y parar los motores. Brandt y Kuratchev se mantuvieron alerta, con sus carabinas empuñadas. Kruglov llevaba la cámara, Suvorov y él sólo sus pistolas.

Utilizaron adecuadamente sus posibilidades. Ambos, de niños, habían trepado a los grandes árboles de los bosques rusos. Los trajes térmicos no servían de ayuda, pero se compensaban, así como el húmedo calor, con la menor gravitación de Venus, que les permitía una gran agilidad de movimientos. Las grandes ramas del árbol —una cicadácea curiosamente parecida a las «squoias» californianas— les permitían una ascensión relativamente fácil y segura, con la ayuda de sus zapatos magnéticos y sendos garfios de acero que traían en su equipo de exploración.

No tuvieron que subir mucho. Súbito, un gruñido sordo, amenazador, brotó de la espesura sobre sus cabezas, directamente encima de Kruglov. Suvorov estaba algo más abajo, vio aparecer una cabeza, unos hombros, un brazo y una mano armada con un trozo de rama que iba a descargarse contra la cabeza de Kruglov, momentáneamente indefenso. El hizo lo único que podía: gritar.

—¡Cuidado, agáchese!

Allí abajo, Kuratchev sólo podía advertir el peligro para sus camaradas y la aparición de algo claro entre el follaje. Disparó. Y tenía muy buena puntería.

«Aquello» que estaba entre el follaje emitió un alarido de dolor agónico, emergió por entero y pasó rozando a Kruglov y a Suvorov, para ir a estrellarse, veinte metros abajo, en el blando suelo del bosque.

Los dos cosmonautas se miraron. Estaban muy pálidos.

—No puede ser...

—Vea ahí arriba.

Muy poco sobre sus cabezas, en la horquilla de dos de aquellas ramas gruesas, había una verdadera plataforma fabricada con lianas y ramas rotat, peladas, sobre la que notábanse hojas que no eran de aquel árbol, unas hojas grandes y esponjosas de una especie de palmácea que crecía en el bosque. Una plataforma.

—Sigamos arriba.

Subieron despacio, en silencio. Allí arriba, sobre la plataforma, se escuchaban ahora unos sonidos que les ponían frío en la nuca, a pesar de la temperatura ambiente. Aquello era un nido, una choza, una guarida...

Meramente una pequeña plataforma de ramas y hojas cubierta del mismo modo por un somero techo, con una especie de pared del mismo tejido vegetal hacia ambos lados y abierta a la parte del tronco y la del extremo opuesto.

Allí dentro, formando un lastimoso grupo, había una hembra y dos cachorros. Una hembra y, dos cachorros.

Miraban aterrorizados a los intrusos con sus grandes ojos y la madre les enseñaba los dientes emitiendo unos sonidos guturales, entrecortados, reveladores de su pánico y su decisión de defender a las crías. La más pequeña se agarraba nerviosamente a su cuerpo liso, con los lomos y los antebrazos, también las piernas, cubiertos por un vello blanquecino, la otra se le apretujaba al costado temblando espasmódicamente. Ambas crías carecían de vello, pero las recubría una especie de pelusa blanquecina, salvo en el cráneo.

El pecho y el vientre, los muslos, la parte interior de los brazos de la madre mostraban una piel lisa, dura, de un tono sonrosado. Tenía, en cambio, mucha vellosidad en el pubis.

Y un largo cabello oscuro que le caía por los hombros ,y la espalda. También tenía un rabo, largo, de un metro por lo menos. Como sus crías.

Pero no eran monos. No eran monos.

Los dos astronautas descendieron en silencio hacia donde tenía los transportadores y se acomodaron en ellos. Brandt, excitado, los interpeló:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué hallaron? ¿Qué era eso que mató Kuratchev?

Mirándole fijo, Suvorov se lo dijo lentamente.

—No era un mono. La hembra y dos hijos están ahí arriba, aterrorizados. Tienen rabo, parecen simios blancos. Pero no son monos...

—¡Santo Dios!

Quedaron abrumados por la increíble realidad. De todo cuanto hasta entonces les ocurriera en Venus, aquello era lo más trascendental, sin lugar a dudas. Y no lograban reaccionar. Habían visto cosas que ningún hombre en la Tierra vio nunca, llegaron a luchar contra dinosaurios. Pero esto...

Descendieron al pie del árbol y rodearon al cadáver de aquel ser de Venus. Mediría tal vez un metro y medio de estatura, tenía brazos desmesuradamente largos y también rabo, largo, nervudo, fuerte, como el de un mono.

Pero no era un mono. No era un mono...

Suvorov tomó su casco y se lo encajó, ayudado por Kruglov. Abriendo el conmutador de radio de larga distancia, llamó a Malinine.

Pero Malinine no le contestó. Fueron inútiles sus repetidas llamadas. Y eso añadía un nuevo dramatismo a la situación.

—La nave no responde. Algo ha sucedido.

Su tenso aviso los sobresaltó grandemente. Pero fue Brandt

quien más se sobresaltó.

—¡Ese maldito! —dijo con alterada voz—. ¡Lo ha hecho, debí sospecharlo!

Todos le miraron intrigados, Suvorov con súbita sospecha.

—¿Ha hecho qué, quién?

—Jrazek. Me ofreció ayuda para conseguir a Vera Oleskova, a cambio de que la compartiera con él...

Kuratchev maldijo con violencia. Suvorov se le vino encima y lo atrapó con manos como zarpas de acero.

—¿Qué está diciendo, Brandt? ¿Qué canallada prepararon?

—Yo, ninguna. Amo a Vera tanto como pueda amarla usted, pude perder un día la cabeza y asaltarla, pero no soy un degenerado. Jrazek sí lo es.

CAPÍTULO XVI

Jrazek lo era.

Vera Oleskova lo recelaba, instintivamente, y por lo mismo, le disgustó tener que quedarse con él y con Malinine, inválido, en la nave. Pero la preocupación por la suerte que pudiera correr Suvorov hízola olvidar sus aprensiones. Y cuando supo que habían sido encontrados sanos y salvos por Brandt y Kruglov, que era razonablemente respirable la atmósfera en lo alto de aquella meseta, su espíritu científico pudo más que sus recelos femeninos. Se puso de lleno a la tarea de mantener con Suvorov el contacto por radio para guiarles a los expedicionarios en su tarea con respecto a la flora y la fauna que encontraban, olvidándose por completo de Jrazek.

Cuando le vio aparecer trayendo tazas y la tetera humeante, no receló. Precisamente estaba ahora Malinine a su lado y momentáneamente no tenían contacto con los expedicionarios, Suvorov había advertido que se disponía a quitarse también la escafandra para comprobar los efectos de marchar sin ella por el aire de Venus.

La expresión de Jrazek era de lo más anodina.

—Pensé que les sentaría bien una taza de té.

—No, gracias, no me apetece.

—Yo sí lo tomaré. Es odiosamente aburrido tener que permanecer aquí atado todo el tiempo mientras todos ustedes viven tamañas experiencias. Cuando volvamos a la Tierra no tendré casi nada que contar.

—Por favor, doctora, no me lo rechace.

Lo aceptó. Estaba bien preparado, un poco demasiado dulce, tal vez. Y después de todo, nada iba a suceder.

Se habría bebido un par de tazas normalmente. Pero algo, una especie de sexto sentido, estaba advirtiéndole que corría peligro. ¿Qué clase de peligro? No lo podía imaginar. De todos modos, tomó un par de sorbos con desgana, y casi sin saber por qué, se excusó con sus compañeros, encaminándose a su cabina personal. No la llevaba ninguna necesidad específica, sólo un intenso desasosiego, algo que no se podía explicar.

No había hecho sino entrar cuando le dio un vahído. ¿Qué era aquello? De repente, comenzaba a sentirse mal, pero más exactamente como flotando, mareada, le bailoteaban ante los ojos los objetos...

De modo casi automático, súbitamente presa de angustia y aprensión, abrió y salió de la cabina. ¿Y si estaba siendo atacada por algún desconocido germen venusiano? Cabía...

Apenas vio a Jrazek allí delante supo que Venus, el planeta, nada tenía que ver con su mal. Era Venus, la diosa, y en su peor, más túrbida, acepción.

Jrazek se había quitado la máscara, en sus ojos, en su expresión toda, había una exultancia turbia unida a un deseo bestial y otras emociones por igual de innobles.

—Ya se ha dado cuenta. —Su voz ronca y espesa por el deseo genésico llegó a los oídos de Vera Oleskova como lejana, deformada, irreal—. Bueno, de veras lo lamento.

—¿Qué... qué me ha dado...?

También su propia voz le sonó lejana, dormida. Y se le estaban doblando las rodillas, no conseguía sostenerse en pie ni aun apoyándose en la pared, sus manos eran como gelatina calentada, todo su cuerpo... Podía coordinar ideas vagamente, darse cuenta de lo que le ocurría, pero no reaccionar para evitarlo. Vio una distorsionada mueca en la cara de Jrazek y cómo avanzaba, cual agrandándose,

llegando al techo. No, no era eso, ella se estaba cayendo lentamente.

—Un compuesto de mi invención, una mezcla muy efectiva y nada perceptible. De haberse bebido al menos toda la taza de té, ahora estaría absolutamente dormida, tranquila, relajada. Su cuerpo percibiría las sensaciones, reaccionaría, pero en su mente no iba a quedar otra cosa sino una difusa impresión de un sueño. Así, ya sabe lo que pienso hacerle.

—No... se atreverá... Canalla... Gritaré...

—Malinine duerme tranquilamente. Lástima, de veras, porque a él tendré que matarlo.

—¿Matar...?

—No puedo correr riesgos. Suvorov y los demás advertirán que no se contesta a sus llamadas. De todos modos, antes de una hora no podrán estar de regreso, y para cuando lleguen, tampoco conseguirán entrar aquí. Me va a sobrar tiempo para todo.

—Está loco...

—Loco por usted, por su belleza. Llevo deseándola mucho tiempo, sobre todo desde que la sorprendí cuando ese estúpido de Brandt la asaltó al salir de la ducha. El la ama, no quiso compartirla conmigo. Ahora ni él ni Suvorov la tendrán, será para mí sólo, mi querida amiga. Para mí solo, usted y yo seremos el Adán y la Eva de este planeta...

Vera intentaba reaccionar, defenderse, pero no podía ni siquiera mover un dedo, era como si todo su cuerpo se hubiera convertido en una cosa blanda, sin resortes nerviosos ni energía. Sólo podía oír, entender, y eso a duras penas.

—Sí, lo vamos a ser. Usted y yo solos, aquí, sin problemas mayores. Conozco lo bastante del funcionamiento de esta nave para poder al menos elevarla y trasladarla arriba, a esa meseta que hemos encontrado, donde el aire es respirable y sin duda la vida más fácil. Será nuestro hogar y nuestra fortaleza, ninguna de las criaturas de Venus podrá destruirla...

—Está loco... No me toque... Canalla... Cerdo... Ellos lo matarán...

—¿Ellos? Ellos no tienen ninguna posibilidad, mi querida amiga,

mi bienamada. Su adorado coronel Suvorov, y ese Sigfrido impetuoso de Brandt, nunca podrán entrar aquí si yo no quiero. Y no voy a querer. Les dejaré que se las arreglen como puedan, sólo les queda una alternativa: retornar a la meseta para sobrevivir todo el tiempo que les duren los proyectiles, expuestos a todo lo que Venus puede echarles encima, o perecer por falta de aire respirable aquí abajo. Sé que elegirán lo primero. Volverán allí arriba y allí se quedarán, impotentes... En cuanto al pobre tonto de Malinine, lo mataré después de hacerle conducir, bien vigilado por mí, la nave a un punto lo bastante alejado para que los otros nunca nos puedan encontrar. Después nos quedaremos solos, únicos terrestres en Venus, protegidos por la cosmonave, disponiendo de todo lo necesario para poder sobrevivir. Y usted tendrá que ser muy dócil, muy buena conmigo, querida mía, sin necesidad de forzarla. Porque fuera de mí, a nadie tendrá que la proteja...

—No puede actuar así, no...

—Claro que puedo. Es una idea magnífica, sí, magnífica... Si usted se hubiera dormido totalmente, me habría limitado a gozar su belleza y luego arreglarlo todo de manera que nadie hubiera podido sospechar, haciendo creer que sufrimos los efectos de cualquier miasma infiltrada en la nave. Pero al verla despierta y a mi merced, las ideas han sacudido mi cerebro, deslumbrándolo. Tardarán aún mucho en descender nuestros compañeros terrestres al suelo del planeta, creyéndonos destruidos en su atmósfera, y cuando desciendan, las probabilidades de que lo hagan junto a nosotros ya se imagina las que serán. Pueden pasar incluso docenas de años antes de que nos encuentren, a nosotros y a nuestros descendientes.

Loco. Loco de remate... Una insania larvada que se desataba de golpe, abocando a toda la expedición al desastre total e irremediable. Y ella no iba a poder evitarlo, no mientras no recuperara el dominio de su cuerpo, tan fláccido, tan inerme, tan inútil para la autodefensa. Regresarían Igor y los demás a averiguar qué sucedía y no podrían entrar, mientras ese sapo inmundo la mancillaba tranquilamente. Morirían de modo irremediable, desprovistos de defensa adecuada contra los monstruosos dinosaurios. Y ella... ella... Ella no podía hacer nada, no podía impedir nada...

Y de repente, los ruidos. Golpes sonoros, secos, contra la pared de la nave, en algún punto del exterior. Habían llegado, Igor y los demás estaban allí, estaban allí...

Jrazek alzóse con un rictus insano, maligno.

—Bueno, ya están aquí. Ahora dejaré que enloquezcan de rabia impotente ahí fuera, ni siquiera les voy a contestar. Iré a asegurarme de que no dejé ninguna rendija en mis defensas; luego regresaré.

Loco... Un loco asesino, un sapo asqueroso... Vera le vio alejarse y escuchó su risa seca, cortada. Loco... Asesino... Cerdo...

Algo pareció estallar, con un chasquido, en su cerebro. Y de repente, notó que le volvía el vigor al cuerpo. Muy despacio, pero con toda certeza. Recuperaba su energía.

En parte, sólo en parte. Y muy despacio, pero con un enorme esfuerzo de su voluntad, consiguió levantarse, apoyándose contra la pared. Y su cerebro coordinaba mejor. Podía escuchar los desesperados golpes en el exterior, también oyó la risa repulsiva de Jrazek. Loco... Trataba de asesinar a los demás, únicamente para quedarse en Venus con ella.

¡La cámara de Igor! Tenía allí las armas. No se llevaron todas, si pudiera encontrar alguna...

Era muy pequeña la distancia hasta allí, muy pequeña. Pero parecía tan larga... Y todo su cuerpo era como de trapo. Tuvo que agacharse e ir a gatas, luego trepó, reptó, pegada a la pared, hasta pulsar la célula fotoeléctrica.

Abrir el armarito adosado a una de las paredes era sencillísimo en estado normal, no necesitaba ningún esfuerzo. Ahora necesitó hacerlo muy grande. Y para alzar la pistola de largo alcance necesitó de sus dos manos, aún así le pesaba como un cañón antiguo. Tenía que cogerla bien fuerte, meter el índice contra el gatillo, pulsar el botón del seguro... Tenía que matar a Jrazek, el canalla, el cerdo, el loco...

Le vio aparecer cuando apenas si había llegado a trasponer la entrada de la cabina de Suvorov, viniendo sin duda en su busca para seguir mancillándola, seguro de su indefensión. Le vio pararse en seco y cómo su expresión cambiaba, tornándose súbitamente atemorizada. El cerdo canalla... No se había esperado aquello...

—Vera! ¿Qué...? ¡No, no dispa...!

Su voz fue el fulminante que crispó sus dedos sobre el disparador de la pistola. Oyó el seco ruido del disparo como si viniera de lejos, vio estremecerse violentamente a Jrazek y cómo cortaba de raíz su avance para toser, encogerse y crisparse, con una mueca de terror y dolor.

Entonces volvió a apretar el disparador de modo convulsivo, con una ciega ansia de aniquilar a aquel individuo que había hecho lo que habíale hecho…

EPILOGO

—¿Todo listo?

—Energía lista.

—Motores a punto.

—Dedushka avisa presión y potencia adecuadas, circuitos y reactores sin novedad.

—Está bien. Que Dios nos ayude.

Todos estaban rígidos, conteniendo la respiración sabiendo lo que se jugaban en los segundos siguientes. Después de treinta y tres días terrestres caídos en la superficie del planeta Venus, primeros humanos de la Tierra en el planeta gemelo, intentaban despegar y elevarse, tomar altura y retornar a la Tierra. Habían reparado cuidadosamente todo lo averiado, suplido lo que no se pudo reparar en la medida de sus posibilidades Con todo, sus probabilidades de volver a la Tierra eran en el mejor de los casos, mitad por mitad.

Con la boca fuertemente apretada y la mirada cuajada en el

punto de máxima tensión, Igor Suvorov disparo los propulsores nucleares, alimentados con hidrógeno puro, que deberían elevarles... si todo iba bien. Si no. .

La cosmonave sufrió una violenta sacudida. Los cosmonautas hallábanse bien sujetos en sus asientos, en la posición de partida. Incluso los no religiosos en aquel momento instintivamente pensaron en un Supremo Poder, el mismo que les había salvado al caer allí.

Y luego, la cosmonave flotaba, impulsada por los reactores nucleares, en la atmósfera de Venus, a cientos, a miles de metros sobre su superficie...

—¡Estamos arriba!

—¡Navegamos hacia las estrellas!

Vera Oleskova no dijo nada. Aún estaba rezando, ella que no creía en ninguna religión. Lo que sí hizo fue mirar al comandante de la nave, al hombre que amaba con todas las potencias de su ser. Mirarle y pensar...

Ella aún estaba enferma, sufriendo las consecuencias de lo que le hiciera Jrazek. Cuando después de matarlo pudo llegarse hasta los controles de la compuerta de la nave y accionarlos, abriéndola, ellos habían entrado casi sin detenerse en la cámara de descompresión y descontaminación. Igor y Brandt, ambos con parecida expresión de ansiedad y de angustia. Y ella aún no tenía ni fuerzas para tenerse en pie.

Tiraron el cuerpo de Jrazek al pantano, ni se molestaron en enterrarlo, que se lo comieran las criaturas de Venus, a ver si se envenenaban, como dijo gráficamente Kuratchev. Y nadie, en los días siguientes, había mencionado lo ocurrido, después que Igor, con voz clara y cortante, dijo lo que tenía que decir.

—Oficialmente, si logramos regresar a la Tierra, el doctor Jrazek habrá muerto en un accidente desgraciado, mientras explorábamos la superficie de Venus. El súbito asalto de un pteranodonte mientras hacíamos frente a un dinosaurio carnívoro provocó su muerte, recibió un tremendo golpe del ala del pteranodonte y fue a parar entre las garras del dinosaurio, que acabó con él antes de que lo pudiéramos evitar. Tenemos mucho tiempo para concretar hasta el detalle más pequeño de su muerte, volveremos a tratar del asunto antes de que aterricemos en la base espacial.

Ninguno de aquellos hombres, Brandt incluido, desmentiría jamás tal versión. Y ella tampoco iba a hacerlo. Jrazek estaba bien muerto.

Sí, lo estaba. Y ellos iban abandonando Venus a cuarenta mil kilómetros hora, con la astronave seriamente averiada, pero ya sin duda en condiciones de emprender el largo camino de retorno. Sin duda para siempre, no regresarían, no había vuelos con aterrizaje planeados para el próximo futuro. De todos modos, cuando los hubiera probablemente a ella no iban a solicitarla, ni puede que a ninguno de los demás. No le importaba, Venus le había dado ya mucho, demasiado, en todos los sentidos.

Retomarían a la Tierra. Y nadie sabría lo que le pasó, ninguno de estos cinco compañeros suyos hablaría, Igor menos que nadie. Se divorciaría de su esposa a su debido tiempo, y a su debido tiempo se casarían. Dos héroes de la Humanidad, los primeros que pusieron en la superficie de Venus los pies.

Tenía la cabeza repleta de pensamientos de todo género. Casi le dolía. Aún no estaba repuesta del shock psíquico, pero lo estaría antes de llegar a la base espacial. Porque llegarían, sí, llegarían. Estaban abandonando la atmósfera de Venus, salían de su órbita de gravitación, llegarían, no podían fallar ahora los retropropulsores, no, no...

—Mira, las estrellas...

Las estrellas... Después de treinta y tres noches sin verlas, casi sin esperanzas de volver a verlas. Las estrellas, los millones de astros refulgentes en el negro tapiz del Universo, otras tantas llamadas al ser humano y a su espíritu de iniciativa, su ansia de más conocimientos y aventuras...

Y debajo de ellos, la atmósfera de Venus. Kilómetro; y kilómetros de gases, de oscuridad, sobre el planeta maravilloso que superaba todas las fantasías, con su eterna claridad gris y aquel bullente, cruel, fascinador *melting pot* de todo lo que en la Tierra había existido millones de años atrás durante millones y millones de años. ¿Quiénes irían los primeros, después de ellos? ¿Y qué hallarían, dónde irían a caer?

¿Qué importaba? Ellos habían sido los primeros, eso nadie se lo podía disputar. Se llevaban a la Tierra pruebas más que sobradas de cuanto habían visto, descubierto y comprobado. Pero, sobre todo, un

caudal de recuerdos que nunca, nunca, se las borrarían de la mente y las retinas.

Y habían salvado la vida, volvían a la Tierra...

—¡ Atención, altura alcanzada! ¡Deme los datos de Dedushka, Kruglov!

Un vibrante intercambio de palabras, un par de nerviosas, firmes, pulsaciones... Una sacudida fuerte, la sensación desagradable siempre de estar siendo vaciado de sí mismo, seguida de instantánea ingravidez...

Y el rostro de Igor volviéndose hacia ella, sereno, hermoso, viril, con su mirada cálida y profunda. Y su voz, tan sedante...

—Salió bien, Vera. Estamos de regreso a casa. ¿Te sientes bien?

Todo lo bien que se puede sentir una mujer normal cuando escapa a todo lo que ellos estaban escapando. Cuando sabe que, al final de su viaje, le esperan la paz y el amor.

—Sí, Igor, muy bien. Muy bien.

—Mira, ahí se queda.

Allí se quedaba. Alejándose velozmente, con el ascua blanca del sol surgiendo por uno de sus bordes e iluminando con cegadora claridad su densa atmósfera, oculto eternamente a todos los ojos de todos los seres que vinieron de otros mundos a visitarlo. Venus, el enigmático, la Estrella por antonomasia, allá abajo en la demasiado lejana Tierra, tan entrañable. El símbolo del Amor, del verdadero Amor...

Mirándolo, Vera Oleskova se relajó en su asiento y esbozó una lenta sonrisa. Luego, cerró los ojos. Y nada le dijeron los hombres que sabían, o sospechaban, lo que estaba pasando por su imaginación. Volvían a la Tierra. Así estaba bien.

F I N

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Una
ventana
abierta al futuro
gracias a la pluma
de unos autores
que constituyen
para los aficio-
nados a
la

"CIENCIA-FICCION"

la mejor garantía de calidad



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain